



El Carambolo

50 años de un tesoro

M.^a Luisa de la Bandera Romero
Eduardo Ferrer Albelda
(coordinadores)

EDITORIAL UNIVERSIDAD DE SEVILLA

ÍNDICE >>>

RESEÑA >>>



EL CARAMBOLO

50 AÑOS DE UN TESORO



M.^a LUISA DE LA BANDERA ROMERO
EDUARDO FERRER ALBELDA
(COORDINADORES)

UNIVERSIDAD DE SEVILLA
**u eus**
Editorial Universidad de Sevilla

Sevilla 2019

Colección: Historia y Geografía

COMITÉ EDITORIAL:

José Beltrán Fortes
(Director de la Editorial Universidad de Sevilla)
Araceli López Serena
(Subdirectora)

Concepción Barrero Rodríguez
Rafael Fernández Chacón
María Gracia García Martín
Ana Ilundáin Larrañeta
Emilio José Luque Azcona
María del Pópulo Pablo-Romero Gil-Delgado
Manuel Padilla Cruz
Marta Palenque Sánchez
María Eugenia Petit-Breuilh Sepúlveda
José-Leonardo Ruiz Sánchez
Antonio Tejedor Cabrera

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito de la Editorial Universidad de Sevilla.

EDICIÓN DIGITAL DE LA EDICIÓN IMPRESA EN 2010

© EDITORIAL UNIVERSIDAD DE SEVILLA 2019

C/ Porvenir, 27 - 41013 Sevilla
Tlfs.: 954 487 447; 954 487 452; Fax: 954 487 443
Correo electrónico: eus4@us.es
Web: <<http://www.editorial.us.es>>

© M.^a LUISA DE LA BANDERA ROMERO

EDUARDO FERRER ALBELDA (coordinadores) 2019

© De los textos, LOS AUTORES 2019

ISBNe: 978-84-472-2170-7

DOI: <http://dx.doi.org/10.12795/9788447221707>

Realización interactiva:

Santi García. santi@elmaquetador.es



ÍNDICE

PRÓLOGO.....



VISIONES HISTORIOGRÁFICAS SOBRE EL CARAMBOLO (1958-2002)

Tarteso-Turdetania o la deconstrucción de un mito identitario 17
GONZALO CRUZ ANDREOTTI

Carriazo y su interpretación de los hallazgos de El Carambolo en el
contexto de los estudios sobre Tartesos 53
MANUEL ÁLVAREZ MARTÍ-AGUILAR

El Carambolo y la construcción de la arqueología tartésica..... 99
JOSÉ LUIS ESCACENA CARRASCO

LAS NUEVAS INVESTIGACIONES (2002-2008)

El Carambolo: Entre la cornisa del Aljarafe y la vega del Guadalquivir.. 151
FRANCISCO BORJA BARRERA, CÉSAR BORJA BARRERA

El Carambolo. Aproximación geoarqueológica..... 177
FRANCISCO BORJA BARRERA

El Carambolo, secuencia cronocultural del yacimiento. Síntesis de las
intervenciones 2002-2005..... 203
ÁLVARO FERNÁNDEZ FLORES Y ARACELI RODRÍGUEZ AZOGUE

Estudio arqueométrico del registro de carácter metálico y metalúrgico
de las campañas 2002-2005 en el yacimiento de “El Carambolo”
(Camas, Sevilla)..... 271
*MARK A. HUNT ORTIZ, IGNACIO MONTERO RUIZ, SALVADOR ROVIRA LLORENS,
ÁLVARO FERNÁNDEZ FLORES Y ARACELI RODRÍGUEZ AZOGUE*

El Tesoro de El Carambolo: Técnica, simbología y poder 297
*M.^a L. DE LA BANDERA ROMERO, B. GÓMEZ TUBÍO, M. Á. ONTALBA SALAMANCA,
M. Á. RESPALDIZA Y I. ORTEGA FELIU*

Los elementos de oro prehistóricos y protohistóricos de las últimas campañas de excavación (2002-2005) en el yacimiento de El Carambolo (Camas, Sevilla).....	335
<i>MARK A. HUNT ORTIZ, M. ÁNGELES ONTALBA, INÉS ORTEGA FELIU, BLANCA GÓMEZ TUBÍO, MIGUEL ÁNGEL RESPALDIZA, ÁLVARO FERNÁNDEZ FLORES, ARACELI RODRÍGUEZ AZOGUE</i>	
Del mar al basurero: Una historia de costumbres.....	345
<i>ELOÍSA BERNÁLDEZ SÁNCHEZ, ESTEBAN GARCÍA-VIÑAS, ESTHER ONTIVEROS ORTEGA, AUXILIADORA GÓMEZ MORÓN Y AURORA OCAÑA GARCÍA DE VEAS</i>	
En torno a la conservación de El Carambolo. Realidades, ficciones, intereses y reflexiones.....	387
<i>FERNANDO AMORES CARREDANO</i>	

EL CARAMBOLO EN EL CONTEXTO DEL MEDITERRÁNEO

El proceso de la precolonización del Mediterráneo oriental en Iberia...	425
<i>MANUEL PELLICER CATALÁN</i>	
Fenícios no território actualmente português: e nada ficou como antes	439
<i>ANA MARGARIDA ARRUDA</i>	
Astarté en Mediterranée. Reflexions sur une identité divine une et plurielle	453
<i>CORINNE BONNET</i>	
Astarte a Malta: il santuario di Tas Silg.....	465
<i>MARÍA GIULIA AMADASI GUZZO</i>	
Imagen y culto de Astarté en la Península Ibérica. I: Las fuentes griegas y latinas.....	491
<i>M.^a CRUZ MARÍN CEBALLOS</i>	



PRÓLOGO

En septiembre de 2008 se cumplieron cincuenta años del hallazgo del tesoro de El Carambolo, un aniversario que casi ha coincidido en el tiempo con la finalización de las últimas campañas de excavaciones en el cerro. Ambas circunstancias hicieron de esta efeméride la ocasión propicia para que el Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Sevilla, vinculado a El Carambolo a través de la figura del profesor Juan de Mata Carriazo y Arroquia, decidiera programar diversas actividades bajo el patrocinio de tres instituciones implicadas de una manera u otra en la investigación, protección y difusión del citado yacimiento: la Universidad de Sevilla, a través del Vicerrectorado de Relaciones Institucionales, la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía y el Ayuntamiento de Sevilla. La conmemoración ha consistido en dos eventos, el *Simposio Internacional El Carambolo. 50 años de un tesoro*, celebrado del 1 al 3 de octubre de 2008, y una exposición del mismo título con sede en el Museo Arqueológico de Sevilla, inaugurada un año después, el 2 de octubre de 2009.

El Carambolo. 50 años de un tesoro, sin ser las actas del Simposio, pues no recoge todas las intervenciones e incorpora nuevos trabajos escritos con posterioridad, tiene como objetivo prioritario exponer los resultados de las últimas campañas arqueológicas en el yacimiento, dirigidas por Álvaro Fernández Flores y Araceli Rodríguez Azogue, y una presentación pormenorizada de los análisis de los materiales exhumados en éstas. El índice puede dar cumplida cuenta de la consecución de este propósito, pues en el cuerpo central de la monografía tienen cabida los análisis paleogeográficos del yacimiento y de su entorno; el estudio arqueológico del enclave, que integra la definición de las fases cronológicas y la descripción de los contextos protohistóricos; la exposición de los análisis realizados sobre la fauna documentada en las fases prerromanas; el estudio arqueometalúrgico de los materiales hallados en las campañas de excavaciones recientes, así como la aplicación en el estudio del tesoro de las más modernas técnicas nucleares; y, por último, la valoración del yacimiento como bien patrimonial y la complejidad de su gestión.



Los capítulos que anteceden al estudio del yacimiento tienen por objeto situar al lector en el contexto historiográfico en el que fue descubierto el tesoro, por el que El Carambolo acabó convirtiéndose en el paradigma de yacimiento tartésico. La idea no ha sido la de confeccionar unas historias de las investigaciones sobre el yacimiento y su relación con Tartessos, labor ya hecha con anterioridad, sino tres estudios críticos sobre la construcción histórica de Tartessos, tanto antigua como contemporánea, y la necesidad de buscar nuevas líneas de interpretación.

Esta tarea no ha surgido de la nada: tres monografías recientes, *El emporio fenicio precolonial de Huelva (ca. 900-770 a.C.)* (González, Serrano y Llompart 2004), *Tarteso. La construcción de un mito en la historiografía española* (Álvarez 2005) y *Tartessos desvelado. La colonización fenicia del Suroeste peninsular y el origen y ocaso de Tartessos* (Fernández y Rodríguez 2007), han hecho tambalear los cimientos de la llamada “Arqueología tartésica” en su versión más tradicional al introducir datos recientes y nuevos planteamientos que proponen un cambio radical en la identidad cultural, la función y la cronología de dos yacimientos arqueológicos considerados símbolos de la cultura tartésica, Huelva y El Carambolo, y con ellos reflexiones sobre qué fue Tartessos. ¿Se trata de una provocación más de las que surgen por doquier para erosionar hipótesis consolidadas?; es más, ¿una disciplina científica, como la que se supone que es la Arqueología, puede permitir que lo que ayer era considerado indígena hoy pueda ser interpretado como fenicio?

No se trata, a nuestro entender, ni de provocaciones ni de acientificidad de la disciplina arqueológica, sino de la confluencia de una serie de circunstancias, algunas de ellas casuales, y de esfuerzos personales que han permitido valorar y madurar hipótesis hasta hace poco minoritarias. Se trata por tanto de un paso más, nunca el definitivo, en la construcción histórica que tiene como protagonista a *Tartessos*, un nombre de lugar, una cultura arqueológica, un mito. Y como todos los mitos, cualquier pretensión de historizarlo y de racionalizarlo colisiona con la lectura literal del mismo, con los argumentos de autoridad e incluso con una determinada imagen consolidada en la opinión pública. Cuando a un mito clásico le sucede uno contemporáneo, el proceso de desmitificación resulta doblemente arduo.

En un congreso reciente, un eminente especialista en la materia manifestó en un debate, no sin cierta ironía, que Tartessos ya no existía porque los investigadores de la Universidad de Sevilla lo habían hecho desaparecer. Lógicamente, el colectivo aludido, tanto en su acepción amplia como en la restrictiva –Departamento de Prehistoria y Arqueología–, no ha mostrado nunca una postura única ni coincidente. Ni siquiera esta desmitificación corresponde solamente a investigadores de la Universidad de Sevilla; otros

colegas de las universidades de Madrid y de Málaga llevan años, algunos de ellos décadas, escribiendo contracorriente. Tampoco creemos que en ningún momento se haya pretendido hacer desaparecer nada, ni siquiera derribar un mito, sino promover un cambio de paradigma que en 2008 había cumplido 50 años, y que se había quedado obsoleto porque los pilares de la interpretación histórica –la exégesis de los textos griegos y latinos y el análisis de la documentación arqueológica– no contribuían a apuntalarlo, sino a enmendarlo, y, en su versión más radical, a sustituirlo.

La tercera parte de la monografía, de acuerdo con las ideas sugeridas sobre la funcionalidad de los edificios de El Carambolo como santuario fenicio, es una colección de estudios llevados a cabo por prestigiosos especialistas sobre la colonización fenicia en el Mediterráneo –el contexto en el que se explica el yacimiento–, y sobre el culto a Astarté, la diosa fenicia adorada en dicho lugar. En este sentido, las excavaciones recientes han confirmado lo que algunos autores ya habían intuido o propuesto explícitamente (Blanco 1979; Blázquez 1995; Amores 1995; Belén y Escacena 1997): que el asentamiento no era de época precolonial ni se podía interpretar como un poblado de cabañas, sino como un santuario fenicio ubicado en un promontorio estratégico y en un entorno geográfico de estuario, cercano a la desembocadura del actual río Guadalquivir, conocido por los griegos como *Tartessos* y en época romana como *Baetis*.

Se va conformando así el cambio de paradigma, que no se limita sólo a evaluar el mayor o menor grado de orientalización de la cultura tartésica por la incidencia de la colonización fenicia, sino a sustraer el nombre de Tartessos a esa cultura indígena que El Carambolo había contribuido a definir. Los griegos jonios, frecuentadores de las costas meridionales de la Península Ibérica en la segunda mitad del siglo VII a.C., fueron los primeros en hablar de *Tartessos* –un río, un territorio, un emporio–, y la realidad que describían no se corresponde con la imagen creada por los historiadores contemporáneos (una civilización indígena opulenta), sino con otra, la de un territorio situado más allá de las Columnas de Heracles colonizado por los fenicios desde hacía, al menos, dos siglos. Por ello no resulta extraño que en época romana hubiera una gran controversia en la identificación de Tartessos con dos antiguas colonias fenicias, *Gadir* y *Carteia*, situadas en las orillas atlántica y mediterránea del Estrecho de Gibraltar respectivamente.

El Carambolo, siguiendo este razonamiento, es un yacimiento arqueológico tartésico (por fenicio), y no es difícil imaginar que algunos comerciantes griegos que habían amarrado sus barcos en determinados emporios fenicios, como *Gadir* y *Onoba*, conocidos en todo el Mediterráneo por su intermediación en el tráfico de la plata y del estaño, oyeran hablar de otro

emporio de segundo rango, *Spal*, situado cerca de la desembocadura del río *Tartessos*, frente al cual se situaba un gran santuario dedicado a Astarté, pero donde podían adorar a Afrodita, como se hacía en otros emporios del Mediterráneo. A principios del siglo VI a.C. el santuario fue abandonado con premura, su tesoro se ocultó ante un peligro inminente, pero nunca fue recuperado por los fieles, de forma que la memoria del lugar quedó silenciada y oculta hasta que en 1958 un hallazgo casual la desempolvó después de más de dos mil quinientos años.

Para finalizar este proemio, nos queda agradecer a las instituciones antes mencionadas los medios puestos a nuestro alcance para la celebración de los eventos, especialmente a la Profra. Dra. Teresa García y al personal del Vicerrectorado de Relaciones Institucionales de la Universidad de Sevilla, a Dña. Concepción San Martín, directora del Museo Arqueológico de Sevilla, y al Ayuntamiento de Sevilla. Este agradecimiento lo hacemos extensivo a todos los autores, especialmente a los directores de las campañas de excavación en El Carambolo, Álvaro Fernández Flores y Araceli Rodríguez Azogue, que han contribuido con su esfuerzo y conocimientos, y en un plazo apretado de tiempo, a la conclusión de la monografía; y cómo no, al Secretariado de Publicaciones, representado por su director, el Prof. Dr. Antonio Caballos, por las facilidades prestadas. Agradecemos, por último, las contribuciones a la financiación de la publicación del Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Sevilla, del Proyecto de Investigación *La construcción y evolución de las entidades étnicas en Andalucía en la Antigüedad (siglos VII a.C. - II d.C.)* (HUM-2006-03154/HIST), cuyo investigador principal es el Prof. Dr. Gonzalo Cruz Andreotti, y del Prof. Dr. Fernando Amores Carredano.

En Sevilla, a 29 de septiembre de 2009

Eduardo Ferrer Albelda
María Luisa de la Bandera Romero
Universidad de Sevilla

BIBLIOGRAFÍA

- ÁLVAREZ MARTÍ-AGUILAR, M. (2005): *Tarteso. La construcción de un mito en la historiografía española*. Universidad de Málaga.
- AMORES CARREDANO, F. (1995): “La cerámica pintada estilo Carambolo: una revisión necesaria de su cronología”, *Tartessos. 25 años después 1968-1993. Congreso Conmemorativo del V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular*: 159-178. Jerez de la Frontera.
- BELÉN, M.^a y ESCACENA, J.L. (1997): “Testimonios religiosos de la influencia fenicia en Andalucía Occidental”, *Spal* 6: 103-132. Universidad de Sevilla.
- BLANCO FREIJEIRO, A. (1989): *Historia de Sevilla. La ciudad antigua. De la prehistoria a los visigodos*. Sevilla.
- BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J.M.^a. (1995): “El legado fenicio en la formación de la religión ibera”, *I Fenici: ieri oggi domani*: 107-117. Roma.
- FERNÁNDEZ FLORES, Á. y RODRÍGUEZ AZOGUE, A. (2007): *Tartessos desvelado. La colonización fenicia del Suroeste peninsular y el origen y ocaso de Tartessos*. Ed. Almuzara, Sevilla.
- GONZÁLEZ DE CANALES, F.; SERRANO, L. y LLOMPART, J. (2004): *El emporio fenicio precolonial de Huelva (ca. 900-770 a.C.)*. Madrid.

M.^a LUISA DE LA BANDERA ROMERO
EDUARDO FERRER ALBELDA
(coords.)

VISIONES
HISTORIOGRÁFICAS
SOBRE
EL CARAMBOLO (1958-2002)

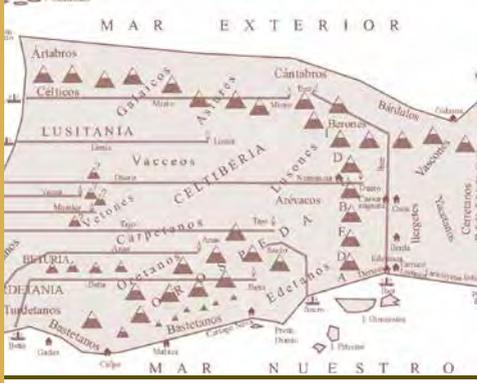
15

EL CARAMBOLO
50 años de un tesoro



ÍNDICE >>>





TARTESO-TURDETANIA O LA DECONSTRUCCIÓN DE UN MITO IDENTITARIO*

GONZALO CRUZ ANDREOTTI
Universidad de Málaga

Con las líneas que siguen no pretendemos aportar una nueva lectura de Tarteso desde la literatura antigua siguiendo la línea del inefable Schulten¹; por el contrario, nuestra intención y nuestro deseo será deshacer algunas confusiones en la lectura de las fuentes, y con ello contribuir a abrir otras perspectivas históricas –en la medida de que nuestra documentación lo permita– que no sean las que tradicionalmente se manejan para este tema en cuestión: las de la identidad / continuidad Tarteso-Turdetania y, a la vez, la de Turdetania como realidad histórica corroborada por las fuentes escritas o Tarteso como el nombre representativo de un mundo autóctono incontestable.

* Este trabajo se enmarca en el Proyecto de Investigación HUM 2007-61305/HIST del Ministerio de Educación y Ciencia, en el Proyecto de Excelencia HUM 03482 de la Consejería de Innovación, Ciencia y Empresa de la Junta de Andalucía y en el Grupo de Investigación de Estudios Historiográficos (Nº Hum. 0394) de la Consejería de Educación de la Junta de Andalucía.

Agradezco a los colegas Manuel Álvarez Martí-Aguilar, Eduardo Ferrer Albelda y Pierre Moret el habernos permitido consultar sus trabajos aún inéditos. Acompañamos el texto con algunos mapas a título ilustrativo.

1. Para la impronta del trabajo “filológico” de A. Schulten sobre la historiografía tartésica hispana de formación esencialmente proto-histórica véase la contribución de Manuel Álvarez Martí-Aguilar en estas mismas páginas, y en extenso su 2005: 87 ss. No nos resistimos a reproducir una demolidora crítica de E. Meyer (1931: vol. 11.2, p. 105, n. 2) que dice mucho de su “método”:

“A. Schulten (*Tartessos*, Hamburgo 1922) ha hecho el intento de reconstruir la historia de Tartessos. Sus esfuerzos sobre Avieno y la localización de la ciudad merecen todo reconocimiento, y se le puede excusar su sobrevaloración del significado de Tartessos. Pero desgraciadamente ha ligado a esto construcciones y fantasías del todo insostenibles, así sobre los «pretartesios», sobre luchas entre Gades y Tartessos, sobre la destrucción de Tartessos por los cartagineses, a la que traslada de una manera totalmente gratuita la noticia del sometimiento de Cádiz por Cartago en el siglo V; aparte de la ingenua historización de los relatos sobre Gerión y sobre el supuesto rey Gerón etc., y la interpretación de la utopía de Atlantis forjada por Platón a partir de Tartessos, que sólo prueba que cualquier comprensión de Platón le es bien lejana. ¡Y, por supuesto, que ha encontrado, y ha seguido, el corolario de trasladar juntos a Tartessos con la Atlántida, los feacios y los cíclopes al ámbito de las Sirtes y ni que decir tiene que también probándolo con certeza! Se avergüenza uno de que tales desvaríos de una fantasía totalmente indisciplinada hayan encontrado acogida en revistas científicas prestigiosas” (trad. de Wulff, 2004: CLXXXIII ss).



A. ALGUNAS PRECISIONES PREVIAS

Seguimos todavía encorsetados en torno a un viejo paradigma: el de Tarteso como una realidad histórica homogénea y coherente que, ni desde el campo de la arqueología como de la historia antigua, nos atrevemos a derribar. En el fondo partimos de un equívoco inconfesado: *debemos rescatar de las sombras del pasado una realidad que se supone que las fuentes sí reconocieron como tal* (la cursiva es nuestra). Cuando leemos en una fuente el término “Tarteso” pensamos que realmente tuvo que existir, porque cuenta con el aval incontrastable y prestigioso del dato antiguo. Una vez aquí, ya iremos cotejándolo con una realidad arqueológica que, por su propia condición y diversidad, va cambiando con el tiempo.

Dígase lo que se diga ésta ha sido la percepción de una investigación –repetimos: de formación mayoritariamente pre y protohistórica– que no ha querido ver en Tarteso más de lo que en apariencia las fuentes dejaban traslucir: una pujante sociedad prerromana instalada en el bajo Guadalquivir que, de una manera u otra, continuó su camino como cultura civilizada hasta la plena romanización, allanando con ello el éxito de esta última. Y parte además de otro error, asimismo no por menos inconfesado más repetido: colocar al mismo nivel documentación de naturaleza radicalmente diferente, la material y la literaria.

Parece una obviedad pero conviene repetirlo una vez más: la noticia literaria hace visible una realidad en contextos cronológicos y culturales distantes y diferentes al del hecho histórico que nos interesa; circunstancias bélicas, parajes geográficos, grupos étnicos o curiosidades etnográficas se recuperan para la memoria en condiciones que a menudo se nos escapan. Pongamos un ejemplo: está más que constatado que hay étnicos que perviven en la tradición literaria cuando hace siglos que han desaparecido del paisaje histórico, a menudo por convencionalismo o comodidad del autor de turno; y, viceversa, étnicos que son pura creación literaria y terminan, con el tiempo, siendo asumidos por aquéllos a los que inicialmente iban dirigidos: obviamente, el sentido del étnico en uno y otro momento es radicalmente distinto. La cultura material, muy al contrario, con todas las limitaciones analíticas que conocemos, sí indica aspectos *in situ* de las sociedades originarias. En este orden de cosas, ¿cómo podemos poner a priori en la misma balanza información *ab origine* esencialmente distinta, sino contrapuesta? Por ejemplo, la enorme dificultad de hacer coincidir la definición-delimitación de lo turdetano con una cultura material o cualquier signo que desde ésta le otorgue una identidad más allá del propio nombre, es un ejemplo claro de que nos movemos en esferas distintas².

2. Tal como evidencian los recientes estudios de F.J. García Fernández (2002: 191-202; 2007: 117-143) y F. Chaves Tristán, F.J. García Fernández y E. Ferrer Albelda (2006: 813-828).

A dónde queremos llegar: no se trata de contextualizar la información literaria, para librarla así de los elementos artificiosos que pueda tener y quedarnos con la supuesta raíz histórica, porque previamente hay que ver si esa base histórica es real. Hay que salirse del discurso intencional, de lo que estamos imperiosamente deseando encontrar; no hay que contextualizar sino entender la fuente literaria; no hay que cotejar, hay que complementar y hay que reconocer, en última instancia, las insuficiencias de nuestra documentación en cualquier caso. La desconfianza de fondo de la arqueología en sus propias posibilidades y límites, y los miedos a que los temas pueden quedarse abiertos y sin respuesta, ha conducido a esa costumbre tan arraigada del “cotejo con la fuente”, guiados también por esa atracción reverencial de su principio de autoridad. La literatura antigua sobre y acerca de sociedades ágrafas no es, por el contrario y en principio, más que literatura, y no sirve para afirmar, negar o complementar nada desde la perspectiva de la reconstrucción histórica con las hipótesis y los métodos modernos. No le hagamos decir a priori lo que no están diciendo.

Por ello, y en segundo lugar, hay un elemento no menos incontestable: todas las menciones de la literatura antigua a realidades etno-territoriales hispanas, y más las meridionales, son términos importados y definidos desde el exterior, y del que conservamos –en muchas ocasiones– un simple nombre, de condición aglutinante³. Los mecanismos de creación y difusión de estos etno-territorios son a menudo complejos, diversos y hasta casuales y anecdóticos, pero deben ser explicados –en primer lugar– desde éstos sin tener a las supuestas sociedades meridionales frente al espejo. Definir qué es una etnia o un territorio étnico en un autor o en una época es previo a cualquier esfuerzo de identidad histórica; si poseemos material epigráfico –aunque sea tardío– nuestras posibilidades de análisis se multiplican exponencialmente, ya que se ha dado un paso de gigante desde el texto a la realidad,

Una reflexión reciente sobre los caminos que ha seguido la arqueología y la etnicidad / identidad hasta nuestros días en M.A. Fernández Gótz (2008).

3. El siguiente texto de Estrabón –muy significativo de la forma de actuar de la geografía griega desde sus inicios–, y en el que se hace explícito ese afán simplificador, ha pasado a menudo desapercibido: “Esta es la forma de vida de los habitantes de las montañas, como ya he expuesto; me refiero a los que bordean el lado norte de Iberia: galaicos, astures y cántabros hasta los vascos y el Pirineo; pues la forma de vida de todos ellos es muy similar (*pero temo abusar de los nombres, y evito lo fastidioso de la transcripción a no ser que a alguno le resulte agradable oír hablar de pleutauros, bardietas, alotriges y otros nombres peores y más irreconocibles que estos*)” –la cursiva es nuestra– (STR., III 3.7; trad. F.J. Gómez Espelósín); razonamiento similar utiliza para los pueblos de Lusitania: cita únicamente “a los más conocidos” cf. STR., III 3.3.

aunque no debemos ir más allá de la casuística y el momento concreto⁴. Paradójicamente, no es esta la condición que vivimos en el sur.

Y, en tercer lugar, la simple mención de un etnónimo no debe llevarnos a pensar que existe, detrás, una identidad de grupo fundamentada en una cierta autoconciencia o incluso un pueblo concreto; o, al revés, definida una identidad étnica, ésta no funciona igual en unos momentos y otros. *Ethnos* –en tanto que grupo que se reconoce y funciona colectivamente ante determinados retos– e identidad son cuestiones sensiblemente diferentes: esta última puede ser tan variada y diversa, como contrapuesta y múltiple dentro de una misma comunidad⁵. Pero además, y como bien saben los estudiosos de la etno-geografía greco-romana (la mejor conocida y constatada históricamente), el problema se complica cuando sabemos que el término heleno *ethnos* posee un significado esencialmente político, es decir, el de explicar determinada política de alianzas o de rupturas y diferencias (que, obviamente, cambian con el tiempo y las circunstancias): ¿es esa la esencia que le reconocen las fuentes greco-romanas a nuestros *ethne* peninsulares? (cf. Cardete Del Olmo 2004: 15-29; Prontera 2003: 103-120).

B. Y EN EL COMIENZO FUE ESTRABÓN...⁶

Podrá parecer anacrónico y paradójico que, para empezar, hablemos de Estrabón, un autor a caballo con el cambio de era. Pero, como veremos, será su visión de Turdetania y Tarteso la que se proyecte hacia la historiografía contemporánea y condicione, de facto, la perspectiva y

4. El caso galaico es el más evidente: los *callaeci* son presentados por Estrabón (III 3.2; 4.20) como una realidad nueva escindida de lo lusitano; sabemos que este pequeño grupo termina por definir y aglutinar –por imperativo romano– a un colectivo más amplio, hasta constituir una de sus identidades etno-culturales en plena romanización. Será Roma, por tanto, quien dará cuerpo y tutelaré todo este complejo proceso, que poco o nada tiene de prerromano, salvo la adopción del nombre; Los trabajos de G. Pereira son ejemplificadores al respecto: destaquemos, entre otros, 1992: 35-44 o 1988: 245-258.

5. Y, además, no entramos en el espinoso tema de que –en paralelo– hay que aclarar con qué concepto / os de identidad / es nos movemos para cada una de las sociedades que estudiamos [son muy aclaratorios al respecto la primera parte del trabajo de F.J. García Fernández (2007) o F. Beltrán Lloris (2004: 89-92)].

6. La bibliografía sobre Estrabón e Iberia –afortunadamente– está siendo muy abundante en los últimos años, fruto de la revalorización de esta fuente única por parte de la historiografía contemporánea, frente al desprecio schulteniano. Nos remitimos a una recopilación de trabajos que editamos en 1999 y, recientemente, a la traducción del libro III profusamente comentada y editada en Alianza. Para Tarteso y Turdetania en concreto ver asimismo nuestros trabajos: 1993: 13-31; 2007: 251-270; 2008: 297-316.

Para nuestro autor siguen siendo fundamentales las contribuciones contenidas en los dos volúmenes editados en Perugia en 1984 y 1986 por F. Prontera y G. Maddoli.

el acercamiento hacia todas fuentes anteriores, de carácter fragmentario y disperso y, por ende, muy discutibles. Explicar Estrabón es, en suma, explicar Tarteso y abrir otras posibilidades de análisis no señaladas por el geógrafo de Amasia.

Antes que nada decir que a Estrabón no le interesa Tarteso en cuanto tal, sino enmarcado en torno a la reconstrucción histórica de Turdetania asimilable finalmente *–mutatis mutandi–* a la provincia *Baetica*. Su *Geografía* –“enmendada” la cartografía matemática en los libros introductorios– es, antes que nada, una geografía cultural, complemento de sus *Comentarios Históricos* (STR., XI 9.9). El Tarteso que se nos aparece es una imagen sin aristas que, con más o menos fortuna, tiene un claro hilo de continuidad con el presente turdetano y que consta de los siguientes elementos:

- ✓ Ante todo, Tarteso es un espacio definido en torno al Betis –no por nada eje nuclear de la Bética– (STR., III 2.11), con una geografía precisa y un pasado propio y diferenciado –resultado de una conveniente evemerización y ordenación de mitos y leyendas–, conocido a través de griegos y fenicios (STR., III 2.12 a 14). Es decir, enmarcado dentro de coordenadas clásicas cronológicas y culturales de cualquier civilización mediterránea arcaica.
- ✓ Precisamente por ello estuvo dotado de una cultura característica –desgraciadamente perdida– que adquiere formas literarias (poesía e historia) y jurídicas particulares, y expresada con una lengua ibérica de peculiaridades propias (STR, III 1.6). No es casual que casi por la misma época tengamos la construcción de la etnogénesis tartésica más elaborada (y siguiendo unos patrones helenísticos característicos) alrededor de la monarquía tartésica de Gárgoris y Habis, de la mano de Pompeyo Trogo –epitomizado por Justino, LXIV 4–, y que vienen a incidir sobre los mismos temas (*cf.* García Moreno 1979: 111-130 y en general 1993: 199-212). Esta cultura ha terminado por configurar un poso de civilidad –la *pronoia* que dirían los griegos– que inunda el territorio y sus gentes (III 2.15).
- ✓ Sus inmejorables condiciones naturales han ayudado mucho, pero ante todo será esta predisposición natural la que ha permitido que el nivel de prosperidad en el sentido más amplio del término se haya mantenido hasta la actualidad a pesar de los avatares históricos y de sucesivas conquistas y dominaciones (III 2.14 y 15).
- ✓ En este sentido –y dentro de un debate que es muy característico de la historiografía y la geografía del helenismo (y que está en relación

con las discusiones que se viven en la propia Grecia tras la llegada de Roma)– la pulsión dialéctica entre los factores naturales y las influencias externas siempre se ha sucedido a favor de los habitantes del lugar: cada invasión siempre ha significado un avance, dada la superioridad a priori; cada una de ellas no ha hecho sino reforzar más si cabe esa identidad civilizada y hospitalaria del lugar, a pesar de la división interna y la incapacidad de evitar las conquistas exteriores (III 2.15; *cf.* III 4.5).

Obviamente, Turdetania es el punto final de todo esto, que responde claramente a una idealización del proceso de implantación romana. No es baladí que la red de ciudades al torno al Betis sea uno de los puntos fuertes de la descripción estraboniana (STR., III 2.1 y 2) (*cf.* Castro Páez 2004: 169-199) y que, a diferencia de Plinio, las que destacan especialmente son aquellas en las que se ha producido un fenómeno sinoicístico sin conflictos entre lo indígena y lo romano (Pax Augusta; Augusta Emérita y Caesar Augusta, además de Corduba, como colofón al capítulo turdetano –STR., III 2.15; 2.1–). En este contexto, tampoco es de extrañar que la información más puramente administrativa (divisiones provinciales, estatutos jurídicos, etc.) sea escasa y a menudo confusa, sobre todo cuando se superponen los límites de Turdetania –que como entidad étno / geográfica son cambiantes– y de la Bética⁷. Y que, por otro lado, lo que más valore son las posibilidades de comunicación y flujo de personas y bienes con Roma, una de las claves del modelo imperial exitoso (STR., III 2.4 a 8). En fin, la Turdetania de Estrabón es la que según él se ha ido construyendo a lo largo del siglo I, con la confluencia de factores históricos –articulación en torno a una etnia central–, naturales y políticos –la *simpatía* entre las elites de uno y otro signo–, y con el indispensable precedente tartésico como telón de fondo.

Es así que todo parece demasiado artificial y articulado. No deja de ser importante que sólo para este caso Estrabón elabora una etnogénesis más o menos compleja: remontándose a la autoridad de Polibio establece un fenómeno de confluencia entre túrdulos y turdetanos (STR., III 1.6), entre lo turdetano y los bástulo / bastetano (STR., III 2.1) o incluso con las poblaciones más allá del Anas (*ibidem*), confundiendo límites étnicos, proceso de conquista y, finalmente, demarcaciones administrativas.

7. Para la problemática *cf.* la n. 7 y la voz Turdetania de nuestro comentario a Estrabón *cit.* en n. 6 (con todas las referencias); *vid.*, asimismo L. Pérez Vilatela (1991: 459-467) y G. Cruz Andreotti (2007: *passim*). Dos síntesis útiles sobre Turdetania en la literatura en: F.J. García Fernández (2002a: *passim*; 2004: 61-108).

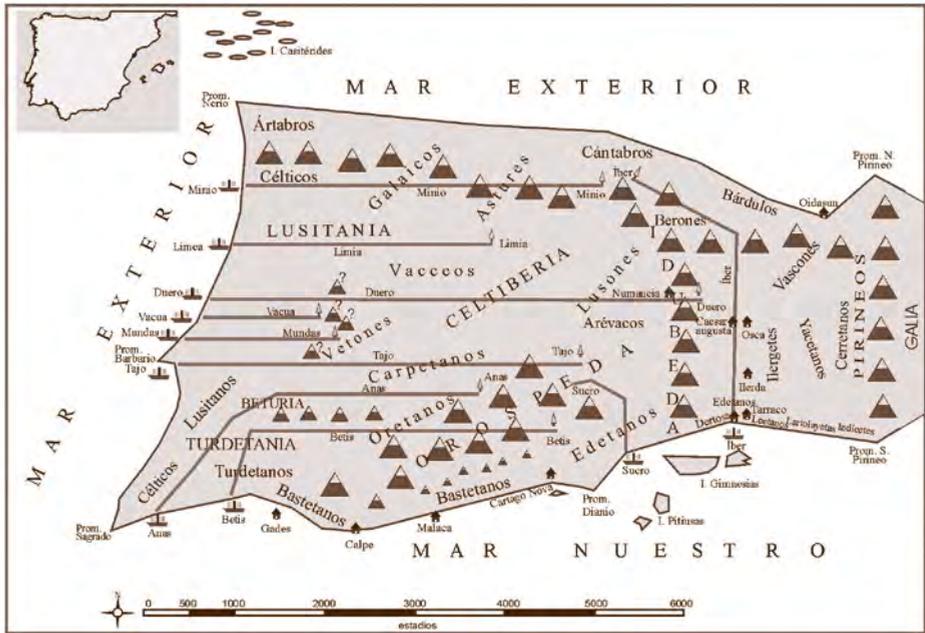


Figura 1. Restablecimiento de la Iberia de Estrabón, con los principales pueblos y accidentes geográficos (en Estrabón, 2007: 505)

No olvidemos, tampoco, que el término cuanto tal es completamente nuevo (y romano), y del que no sabemos prácticamente nada antes del mismo Estrabón; aparte de la cita de Polibio, la Turdetania pre-estraboniana no aparece nada clara: Catón (frg. 40 y 41 Malcovati) y Livio (XXXIII 44.4) la hacen levantina –como se apunta recientemente (Moret, e.p.)–, y es posible que sea el afán ordenador de la geografía de tradición helenística (de la que participa Polibio, Artemidoro y obviamente Estrabón) el culpable de hacerla finalmente bética hasta construir una “macro-etnia” única y consistente (*vid. infra*).

Es por todo ello que necesita que entre en juego Tarteso; para darle un mayor grado de coherencia fundamenta su existencia histórica inicialmente en las homfonías terminológicas Tarteso-Turdetania⁸ y, en segundo lugar,

8. Descartando, obviamente, el Tártaro / Tarteso por su exceso de carga mítica (STR., III 2.12); ver para ello a E. Gangutia (1989: especialmente 104-105), donde defiende que dicha asociación corresponde a una fase antigua de la exégesis homérica (en el sch. Il. 8.479 se consideraba que fue en Tarteso donde se dieron el destronamiento de Zeus y la guerra de los Titanes); curiosamente el reputado gramático y geógrafo Crates de Malos (frg. 4a y b Broggiato) pensaba que todo el mito hesiódico de la expulsión de Cronos al extremo del mundo como “de origen fenicio”;

en antiguas fuentes –Homero incluido– que le dan tintes de verosimilitud: desde la lectura de mitos (como el hercúleo) en claves invasionistas y la inclusión de fenicios y púnicos en la secuencia histórica, hasta la crítica a los predecesores más afamados (Eratóstenes y Artemidoro) y sus postulados sobre la geografía y la topografía tartésica (STR., III 2.11 a 14; para Artemidoro también STR., III 1.4 y 5). A falta de autopsia, este es el método de reconstrucción habitual de todo buen geógrafo o historiador de gabinete que se precie: a partir de la crítica textual y la lógica, discriminar los autores y las informaciones espurias de las veraces, lo cual te viene dado asimismo por un corpus académico preestablecido elaborado por la tradición⁹.

Estrabón no pretende ofrecer al lector una “verdad histórica” y, en consecuencia, reconstruir el pasado “tal como fue”; este tipo de consideraciones se reservan –en todo caso, y con muchos matices que no vienen al caso recordar– para el género propiamente historiográfico. Igualmente, la “selección del material” se rige por criterios académicos y estilísticos –retóricos en suma–¹⁰. Estrabón quiere ofrecer, por tanto, un instrumento de enseñanza que sea, a la vez, placentero a la lectura; que enseñe y entretenga, después que su lector venga de unos *Comentarios Históricos* que precisamente continúan a Polibio y llegan hasta Accio. Es lo que explica, asimismo, que le evite al lector –culto pero no especialista– unas disquisiciones cartográficas demasiado complejas o unas digresiones históricas fuera de lugar.

Es, por ello, que no es una geografía del Imperio, sino al servicio de la causa romana: al reconocimiento de las consecuencias positivas de tan vasta empresa y de lo que queda por hacer; un tributo a la necesidad de conocer que es también de controlar, intelectualmente hablando; no es exactamente

Crates fue, por otro lado, fuente de Posidonio y Asclepiades, muy usados por Estrabón. Todo este conjunto de coincidencias no son casuales.

9. Es opinión común considerar que sus fuentes para la Iberia meridional son Éforo, Posidonio, Artemidoro, Asclepiades, Polibio y Timóstenes, y, en menor medida, las derivadas de las campañas de Sertorio y César, además de recuperar otras más antiguas (Estesícoro, Heródoto...), tomadas posiblemente o de Asclepiades (particularmente interesado en estos temas) o de Artemidoro, que escribió en torno al año 100 a.C. una *Geografía* a modo de periplo y de las más afamadas en su época (*vid.* Morr 1926). Será particularmente a través de estos últimos como recoge nuestro autor todo el conjunto de diatribas alrededor de los mitos hercúleos, Tarteso, las Columnas y su topografía homérica y religiosa vinculada, tan del gusto de la crítica textual helenística. Su rechazo a Píteas como “fuente no autorizada” (que le viene ya desde la descalificación que hizo en su día Polibio) –y precisamente la que usa Eratóstenes para occidente–, es muy elocuente (*vid.* STR., III 2.11). *Vel.* el sugerente trabajo de F. Trotta (1999: 81-99); para los mecanismos de selección / rectificación basados en el “criterio de autoridad” de la geografía griega ver Ch. Jacob (1986: 30-64, y más en general, 1998: 19-37; una síntesis en su manual, 2008: 150 ss).

10. Para los distintos mecanismos que explican la organización interna de toda la información del Libro III es fundamental P. Counillon (2007: 65-80).

un instrumento de gobierno aunque si ayuda a ello: cuanto más se conozca y se reflexione, mejor se gestiona. Permite el disfrute de la lectura fácil y el debate, desde una superioridad cultural manifiesta de lo greco-romano (y de lo griego ante todo¹¹), parecido al papel que tuvieron de los libros de viajes de los siglos XVIII y XIX a lugares exóticos o recién conquistados. Por ello, fomenta incluso un acercamiento displicente y comprensivo hacia el conquistado, antaño feroz enemigo y bárbaro en muchos casos, ahora integrado en formas políticas y militares útiles; no es el lenguaje de la realidad sobre el terreno: ésta se deja, en todo caso, para los informes de los militares o las cancillerías¹². Compárese, por ejemplo, su geografía turdetana con la pliniana: ésta si es una geografía del Imperio directamente heredera del modelo de Agripa –al que cita repetidamente–; aquí desaparecen Tarteso / Turdetania (cf. PLIN., *nat.* 3-17) y reaparecen Gades, Carteya, etc., ciudades con historia real, ¡no envueltas en el mito! (para una perspectiva global de la geografía pliniana *vid.* Beltrán Lloris 2007: 115-160)¹³.

11. Véase la fina ironía que utiliza para dejar clara la superioridad de los historiadores griegos frente a los romanos en III 4.19.

12. Como ha sido repetido en varias ocasiones, el militar o el comerciante no necesita de la geografía descriptiva o de la cartografía general para actuar; unos y otros responden a las contingencias del momento y, en todo caso, se guían o bien por los informes locales sobre los movimientos de tropas, los lugares de abastecimiento y los accidentes del terreno en caso de los generales (cf. al respecto el reciente y denso trabajo de F. Cadiou 2008); o bien los periplos sobre las rutas y los mercados más favorables en caso de los comerciantes.

13. Los intereses de la geografía de Estrabón son explícitos en la siguiente referencia: “Pues por medio de ellos [el mar, los ríos, las montañas...] pueden reconocerse los continentes, los pueblos, los emplazamientos convenientes de ciudades y las demás variedades de que está lleno un mapa corográfico –en ellos también está la multitud de islas diseminadas en los mares y junto a toda región costera– mostrando cada lugar sus factores positivos y negativos con las ventajas y desventajas que de ellos derivan, unas por la naturaleza, otras por la disposición. *Y hay que hablar de las que dependen de la naturaleza porque son permanentes, mientras que las que son adjetivas sufren variaciones. Pero también hay que mostrar de éstas las que son capaces de permanecer mayor tiempo, o que aunque no duren mucho tienen, sin embargo, cierta notoriedad y fama, que hace que en adelante permanezcan de algún modo como algo connatural con los lugares y no ya como una simple disposición, de tal manera que hay que acordarse también de ellas (...)* Así también hemos recordado leyes y regímenes políticos que ya no existen, impulsados por la utilidad lo mismo en este caso que en el de los beebos, bien por mor de la emulación o de la repulión de los mímos” (STR., II 5.17, C 125; trad. de J. García Blanco: Gredos) –la cursiva es nuestra–.

Es obvia, y como complemento a la n. 12 *supra*, la clara complementariedad con el pensamiento de unas élites romanas que sienten que están dominando el mundo: frente al concepto justificativo del imperialismo basado en la *tyché* por parte de Polibio, véase el conocido “Sueño de Escipión” en CIC., *Rep.* 6.22, que constituye un verdadero alegato al dominio universal. La geografía es útil porque ayuda a conocer, y conocer es reflexionar sobre la acción inmediata o futura desde un punto de vista político e ideológico (para la utilidad de la geografía en este sentido es clarividente STR., I 1.1; 16; 18 y 22-23). Vid. para ello el trabajo de conjunto de Cl. Nicolet (1989); recientemente la sugerente introducción historiográfica de G. Traina (2008: 17-23) o la

El Tarteso y la Turdetania de Estrabón son, en este contexto, una ficción literaria elaborada con los elementos propios de la geografía descriptiva del helenismo: unas referencias muy antiguas como fuentes de autoridad, y un paisaje idílico debidamente convertido en historia proyectado sobre el presente para hacerlo más comprensible al gusto greco-romano; salvando las distancias, es como en el caso griego, donde los conflictos internos y las sucesivas hegemonías no han impedido la continuidad de una supuesta civilización, en este caso la tartésico-turdetana que alcanza su *floruit* precisamente con la *pax* augustea.

C. TARTESO SIN TURDETANIA

Si se quiere hacer un esfuerzo de proyección de este marco ideal hacia el pasado, hágase; pero actuar así es no es entender ni la naturaleza ni la intencionalidad de la descripción de cada uno de los territorios hispanos en Estrabón. Es cierto que Tarteso existe antes de que Estrabón lo rescatase del olvido, pero –y que se nos perdone la expresión– si lo “desturdetanizamos” y Tarteso no es necesariamente la Turdetania de Estrabón, tal como lo hemos entendido siempre, ¿qué nos queda?

Decir, en primer lugar, que realmente –y como apuntamos– sólo será Estrabón (¿de Polibio?) quien haga coincidir Turdetania con el valle del Betis, hasta convertirlo en sinónimos (STR., III 1.6). Un término este último creado posiblemente por Catón a partir de la ciudad de *Turta* (o *Turda*) (frg. 40 y 41 Malcovati; cf. LIV., XXXIII 44.4 y PLAUTO, *Capt.* 163), y que designaría un pueblo bien concreto al sudeste de la Citerior, vecinos de los celtíberos y los saguntinos y, por tanto, muy lejos del valle del Guadalquivir. Dicha localización geográfica –y no la estraboniana– es la que se observa en los libros XXXIII y XXXIV de Livio hablando de las campañas de Catón de la primera década del siglo II a.C. e, incluso, en las referencias a un pueblo enemigo de Sagunto en los momentos previos de la Segunda Guerra Púnica (libros XXI, XXIV y XXVIII): esa sería, en todo caso, la Turdetania de la Segunda Guerra Púnica y los sucesos bélicos posteriores de la pacificación del corredor Cartago Nova-Cástulo, el estratégico *saltus castulonensis*. Es significativo que sea imposible localizar los turdetanos-túrdulos de Polibio (*apud.* STR., III 1.6; 2.15) o de Artemidoro (St. Byz., s.v. *Tourdetania*)¹⁴ –es

recomendable síntesis de P. Arnaud (2007: 15-48), además nuestro trabajo del 2009 específicamente referido a Estrabón.

14. Tampoco en los fragmentos del geógrafo de Éfeso aparecidos en el Papiro de reciente edición [Gallazzi, Kramer, Settis *et al.* (eds.) 2008]; no entro aquí, porque en este caso no afecta al contenido de lo conocido de Artemidoro, en las dudas razonables sobre su autenticidad expuestas

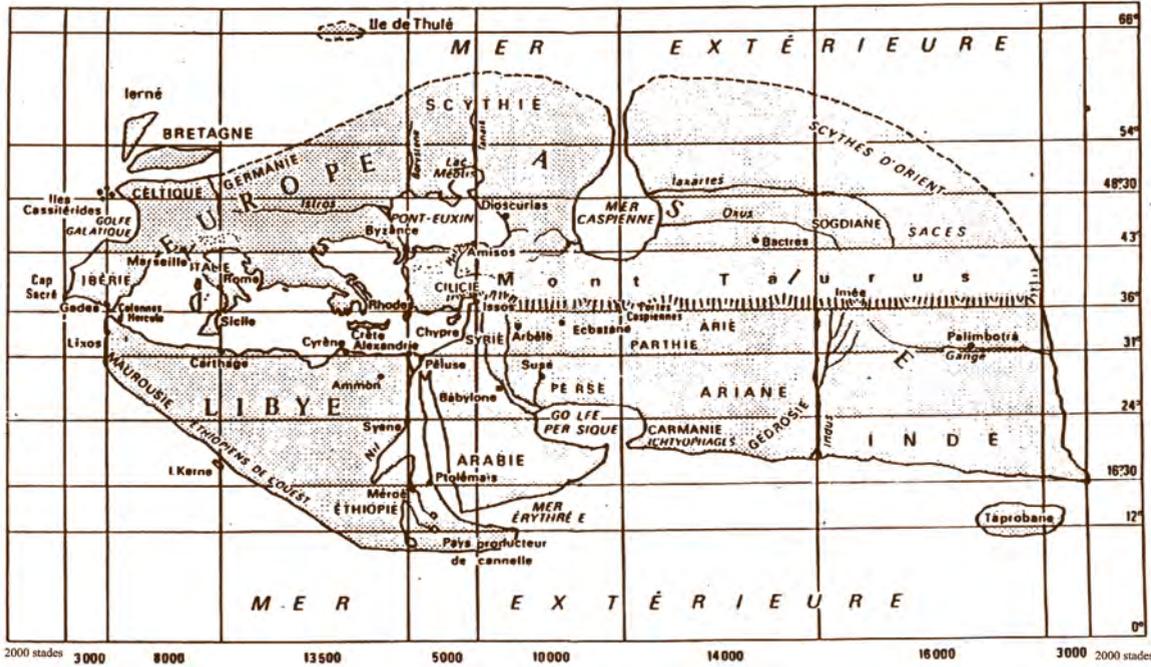


Figura 2. La ecúmene eratóstenica (según Aujac 2001)

decir: “desaparecen” durante casi todo el siglo II a.C., y que Plinio ni los cite (siguiendo posiblemente a Varrón o a Agripa). Plinio habla de los túrdulos confinados en las zonas periféricas de la Bética (PLIN., *nat.* 3.8; 3.25), e incluso al norte del Duero (los *turduli ueteres* de 4.113), pero el núcleo central del valle del Guadalquivir aparecerá sin adscripción étnica alguna¹⁵.

en extenso por L. Canfora (2008 y 2008a). Una buena reseña al respecto sobre ambas posiciones en A. Domínguez Monedero (2008: 305-331).

15. P. Moret e.p. *Cf.* n. 22, *infra*: obviamente Moret (2002: 275) no considera los *thersitai* polibianos (III 33.9) como tartesios, frente a E. Ferrer (2006 y e.p.). Un problema sería la asociación polibiana de turdetanos-túrdulos (conservada como vimos a través de Estrabón): ¿dónde estarían estos túrdulos polibianos que en Estrabón tendrían una adscripción geográfica más precisa?; y más cuando –como se ha visto recientemente, J. Untermann (2004: 204-208)– los “túrdulos” también son un concepto aglutinante por homofonía que, en realidad, agrupa a realidades étno-lingüísticas y geográficas muy distintas. Otra cuestión a plantear serían las fuentes de Estrabón que trasladaron la Turdetania hacia el oeste, a no ser que éste hubiera reordenado el mapa étnico por su cuenta y riesgo a partir de la homonimia con tartesios / túrdulos; todo lleva a pensar que

Por otro lado, hay un conjunto de tradiciones que, por ser de naturaleza fragmentaria y de condición muy diversa, se las ha considerado poco útiles históricamente hablando. Nos referimos a la identificación Tarteso-Gades o Tarteso-Carteia. Schulten (1925: 29 y 43) lo atribuía al resultado de la destrucción del emporio mítico y la “injusta apropiación de su fama” por parte púnico-gaditana; más recientemente J. Alvar (1989: 295-305) niega tal planteamiento imperialista y no duda que desde temprano Gadir fuera identificada con Tarteso, al ser la única ciudad extremo-occidental que pueda considerarse como tal, pero “naturalmente Gades no era Tartessos, ni probablemente su capital, que jamás existió” (p. 305): para ambos, en el fondo, no se duda en última instancia de que las dos realidades –como en Estrabón– son singularmente diferentes. En realidad el peso y la coherencia de la construcción de Estrabón¹⁶ conducen a seguir abrazando la tesis clásica y a llevarla, por extensión, hasta los comienzos de la presencia grecofenicia en occidente.

Con todo, en un reciente y sólido trabajo se apuntan otras posibilidades de análisis historiográfico e histórico¹⁷. Afirma que es difícil de creer que la identificación Tarteso-Gadir / Carteia sea una simple confusión erudita elaborada en el siglo I a.C.; debe responder a algo más que la casualidad la asociación de Tarteso con el entorno fenicio-gaditano cuando se da en autores muy diversos y de géneros tan distintos y sin conexión aparente (Salustio, Cicerón, Columela, Mela, Plinio, Silio Itálico, Apiano, Arriano, Valerio, Máximo, Avieno, Solino, Lido o Tzetzes). Un autor al que no podemos acusar de mal informado como Plinio habla en *nat.* 4.120 de unas “fuentes latinas”, posiblemente las mismas que las de Avieno (*Des.* 610-16; *Ora.* 85 y 267-70)¹⁸, y no olvidemos que Eratóstenes (en STR., III 2.11)

sería Polibio, puesto que por lo conservado de Artemidoro su geografía responde más al modelo del periplo.

16. La coherencia del almacén de nuestro geógrafo es relativa, puesto que no puede dejar de citar la identificación Tarteso-Gadir (*cf.* III 2.11) o Tarteso-Carteia (III 2.14), lo que implica pensar que esta tradición tiene un cierto peso y está también extendida en las fuentes griegas que mayormente utiliza (Polibio, Posidonio, Artemidoro, Asclepíades) y que, por tanto, no es simple casualidad. No deja de ser significativo que la ciudad sobre la que más se explaya nuestro geógrafo sea Gades: localización, extensión, población, mitos fundacionales, etc. (STR., III 5.3 ss.), lo que viene a indicar que existía toda una tradición y una leyenda alrededor de ella suficientemente extendida. Para el cambio de paradigma en relación a la fuerza de lo semita también en el período púnico-romano *vid.* Ferrer Albelda (2007: 195-23) y Ferrer Albelda y Álvarez Martí-Aguilar (2008: 205-235).

17. Álvarez Martí-Aguilar (2007: 477-492). Nos remitimos a él para todas las referencias y la bibliografía.

18. Avieno es una fuente muy problemática si, como hizo Schulten, le buscamos una única base y a partir de aquí elaboramos un único mapa; no obstante, es indudable que –muy a pesar de

–posiblemente tomado de Píteas– asocia la tartésida al entorno de Calpe-Eritía, frente a lo que piensa Artemidoro (y obviamente Estrabón).

No podemos afirmar con rotundidad cuándo, dónde y a quién atribuir esta asociación que, al menos, tiene un recorrido más allá del siglo I a.C. y que por la variedad y heterogeneidad de los testimonios es tan sólida como el Tarteso autóctono. Es evidente que, por lo conservado, tiene un claro sabor helenizante por esa búsqueda de equivalencias y etimologías; pero dicho sabor no deja de ser normal en un ambiente como el gaditano y en el entorno de un templo como el de Heracles-Melkart¹⁹. Por qué no pensar –como hace el colega citado– que en realidad Tarteso sea el epónimo con que los fenicios llamaban a Gades desde antiguo (como, en realidad, reconoce el mismo Plinio): a fin de cuentas sólo tenemos el testimonio de Ps. Escimno (*Orbis D.* 162-164) como el único en el que se establece con claridad una posición geográfica diferenciada entre uno y otro²⁰, donde Tarteso podría corresponder al entorno de Huelva²¹. Como veremos a continuación, tampoco los testimonios más antiguos van en apoyo en realidad de la tesis clásica que tiende a proyectar una Turdetania idealizada al pasado tartésico.

No deja de ser significativo, además, que de las etnias / topónimos hecataicos que veremos a continuación sean los mastienos y Tarteso / ios los únicos que se continúan en la tradición posterior hasta Polibio: Teopompo (*Phil.* 115 Jacoby) –fuente de Polibio– habla de los mastienos vecinos de los tartesios (esta vez étnico, frente a Hecateo –*vid. infra*–), y el mismo Polibio (III 33.9: en un contexto donde no aparece Turdetania) cita a *mastios* y *ther-sitai* (¿tartesios?) junto a un conjunto de pueblos de la zona a los que Aníbal

sus intenciones más literarias que históricas– no se duda de la antigüedad de sus referencias Para las dos distintas posiciones: González Ponce (1995) y Antonelli (1998).

19. Al clásico estudio de A García Bellido (1963: 70-153), hemos de añadirle ahora los trabajos de Marín Ceballos, en especial el realizado con Jiménez Flores (2004: 215-239).

20. Editado recientemente por Marcotte (2002).

21. Posiblemente, como afirma nuestro colega (p. 489 y n. 70, con toda la bibliografía) también un emporio fenicio. En otro trabajo anterior, el autor interpreta los testimonios de Diodoro (XXV 10.1) acerca de las derrotas de “íberos y tartesios” a cargo de Amílcar, o el de Livio (XXII 19-20) sobre las desercciones de “gentes tartesias” instigados en el 216 a.C. por los prefectos de las naves tras la derrota de la batalla naval en la desembocadura del Ebro, como referido a poblaciones de origen fenicio, en el contexto de las tensas (y violentas) relaciones entre Gadir y Cartago ya desde la llegada de Amílcar en el 217; ello obligaría, en suma, a retrasar cronológicamente el uso del etnónimo “tartesio” como sinónimo de fenicio al menos hasta finales del siglo III a.C. (en extenso 2006: 125-140).

En todo caso, parece construirse en el entorno del Gadir helenístico toda una asociación con un pasado mítico e histórico particular (casualmente no asociado con Cartago) del dominio de buena parte de las tierras meridionales, que reaparece con fuerza en todo el siglo I a.C. y que Estrabón no tiene por menos que reconocer: recuérdese su afirmación de que los fenicios dominaban todo el sur (III 2.13 y 14).

capturó rehenes para trasladarlos al norte de África; *interpretatio* como “tartesios” que hace Esteban de Bizancio comentando al megalopolitano (*vi*). *THA* II B, 142 cc y cf = Meineke, 604 y 606)²².

D. EL TARTESO ARCAICO ¿GEOGRAFÍA O ETNIA?

Se nos olvida a menudo que el Tarteso arcaico aparece en un contexto literario derivado de los códigos lingüísticos marineros y coloniales posteriormente literaturizados, donde se va creando todo un grupo de noticias en la que se entrelazan accidentes, peligros y ventajas para la navegación de cada ruta, con toponimia, etnonimia, leyendas o historias asociadas a cada hito o lugar sacadas del rico corpus mítico asociado por lo general al héroe hercúleo: las menciones a Tarteso en Estesícoro (frg. 154 Page), Ferécides (frg. 17 Jacoby), Anacreonte (frg. 4 Gentili) e incluso Herodoro (frg. 2a Jacoby) responden, en el fondo, a este proceder. Llevados por un cierto afán historicista pasamos por alto que este cúmulo de noticias constituirá durante mucho tiempo una base substancial de conocimiento: el origen de la tan afamada crítica textual helenística al conjunto de tradiciones homéricas o arcaicas está precisamente en la distinción –con criterios de lógica, verosimilitud o estilo– entre lo podía ser susceptible de ser real o simple leyenda, sobre todo de aquellos lugares en los que no se tienen elementos de referencia cronológica o histórica clara, como es caso del extremo occidental mediterráneo; entre otras razones porque se consideraba una forma tan natural de “aproximación a la realidad” como la *historiè* herodotea (Prontera 2003a: 11-26). Algunos trabajos recientes de toda la toponimia y los mitos asociados a la primera colonización euboica es buena muestra de ello (López Pardo 2005: 1-42; Antonelli 1997). Tan es consciente Estrabón de esta realidad heredada que tiene que dedicar sendos parágrafos (III 2.12 y 13) a

22. *Testimonia Hispaniae Antiqua* II B [*THA* II B]. *La Península Ibérica prerromana: de Éforo a Eustacio*. Madrid: Fundación de Estudios Romanos, 1999. Mientras que para P. Moret (2002: 275) los *thersitai* constituyen un hápax, y defiende la inconsistencia histórica de la inclusión de *mastia tarveion* como topónimos que marcan el límite de la navegación en el Segundo Tratado romano-cartaginés, y añade además las dificultades de aceptar la *Mastia / mastienos* de Hecateo como lugares referidos a Iberia, dado los problemas de transmisión que plantea Esteban de Bizancio (*ibidem*, 273-75); E. Ferrer (2006: *passim*), por el contrario, recurre a la autoridad de Teopompo –contemporáneo al tratado– como engarce con Polibio e, igualmente, a la línea que reivindica recientemente la fiabilidad de Esteban, y en concreto sus fuentes geográficas, especialmente Hecateo, además de argüir sólidos argumentos que pueden corroborar la historicidad y vigencia del tratado incluyendo a Iberia, ya en la esfera de los intereses de los púnicos de Cartago y de los fenicios peninsulares (en extenso, ID., e.p.). Parece obvio, pensamos, que la solidez y la continuidad de la localización geográfica hispana del binomio Tarteso-Mastia en toda la tradición historiográfica (más allá de las confusiones iniciales –*vide infra*–) hace inclinar la balanza en este segundo sentido.

delimitar claramente qué leyendas relativas al extremo occidente en general, y a Tarteso en particular, son atendibles o no, lo que significa que todavía en su época este asunto era causa de polémica²³.

Igualmente, y guiados inconscientemente por ese afán comparativo entre las maneras de aprehender la realidad del “antes” y del “ahora” que tanto nos confunde, no caemos en la cuenta que en el mal llamado “paso” del *mitos* al *logos* en el campo de la geografía es más teórico que real: se trata, como los presocráticos hacían con el Universo, de dar coherencia y orden lógico y armónico al mundo, entenderlo y comprenderlo en suma, antes que representarlo tal como era; el mapa circular de Hecateo, a caballo entre la tradición homérica, la perfección que significaba la figura del círculo y la representación simplificada de las “nuevas tierras” descubiertas, es un buen ejemplo de ello (Prontera 2001: 127-136); la vocación universal con que nace la primera geografía (y la historia) es otra buena respuesta de cuáles eran sus pretensiones desde el principio; en este contexto el uso del comparativismo y las continuas transferencias culturales para definir el “nuevo mundo” occidental con parámetros mejor conocidos, de carácter mítico o puramente geográfico, era bastante habitual²⁴. Valgan estas breves consideraciones para saber en que mundo y campo nos movemos, donde mito, historia, geografía, toponimia, etnonimia o coronimia son elementos fácilmente intercambiables hasta bien entrada la época helenística²⁵.

23. Detrás de este “racionalismo” hay todavía una conciencia real de que se puede “conocer” a través de las distintas construcciones etimológicas o míticas, ya que el mito y las tradiciones son consubstanciales a la historia y la esencia de los lugares (cf. STR., II 5.17 y nuestros trabajos: 2008 a y 2009)

24. Para occidente véase P. Moret (2006: 40-67). No entramos a analizar en profundidad las citadas referencias de Estesicoro, Ferécides o Anacreonte que, para el grueso de nuestra argumentación, nos sirven de poco –como veremos– más allá de las acotaciones cronológicas; es mejor centrarnos en aquellos autores que, por moverse en un contexto “no mítico”, han sido esgrimidos por la historiografía como pruebas indiscutibles de la existencia de determinado Tarteso. De todas maneras, nos remitimos a nuestra Tesis para el análisis en extenso de dichas fuentes: G. Cruz Andreotti (1991).

25. Sería excesivo extendernos en los orígenes de la historiografía y la geografía entre los siglos VI y V, lo que es hablar, sobre todo, de Heródoto y Tucídides y lo que implican, así como sus “herencias” y “rupturas” con lo inmediatamente anterior y posterior. La bibliografía a citar es interminable; en relación a lo que nos viene ocupando recomendamos los estudios de R. Bichler (2001), A.M^a Biraschi (1989) o, recientemente, los trabajos al respecto contenidos en J.M^a. Candau Morón, F.J. González Ponce y G. Cruz Andreotti, eds. (2004); en general el siempre insustituible L. Canfora (1981: 357-429). Tomemos nota de unas breves pero certeras palabras de Ch. Jacob (2008: 74-75):

“A partir del texto de Heródoto, los griegos –por un abuso simbólico– proyectan su lengua y su mitología sobre el conjunto de la tierra habitada. Y los eruditos posteriores nos muestran que la eponimia de los continentes pasó a ser una de las cosas que ideológicamente estaba en juego en la rivalidad de las ciudades y las regiones griegas, jactándose cada una de ser el lugar de origen del personaje que había dado su nombre al espacio continental. Entre el mapa geométrico de Anaximandro

Pero ciñámonos a dos autores sobre los que se ha montado toda la imagen clásica del Tarteso arcaico: Hecateo y Heródoto. El primero no sólo es más complejo de analizar por el grado de conservación fragmentaria de sus textos, sino también porque representa una fase de transición hacia otra manera de ver el pasado que explotará definitivamente con el historiador de Halicarnaso. Desde las magníficas introducciones de F. Jacoby y G. Nenci (1923: 317-375; 1954: IX-XXXII, respectivamente), todo el mundo está de acuerdo en que Hecateo desarrolla un verdadero y encomiable esfuerzo de ordenación y conexión cronológica de todo un conjunto de genealogías fundacionales, relatos de héroes locales, rutas, geografías y etnografías variadas de la Hélade peninsular y colonial, de base esencialmente oral y periplética, más abundante y sustanciosa a medida que se acerca a las áreas nucleares de la aventura colonial (y al contrario).

Aceptemos la autenticidad y la ordenación de los fragmentos de estos dos grandes sabios, que provienen como sabemos en su inmensa mayoría de Esteban de Bizancio y, en menor medida, de Arriano. Pasemos por alto, como ya nos advierte la última editora y comentarista española del corpus hecataico hispano (Gangutia 1998: n. 292), que es difícil saber qué aporta cada uno de su cosecha, máxime cuando Esteban no sólo ordena alfabéticamente los fragmentos sino que también los glosa y les atribuye una geografía (como la adscripción continental) que en origen no tenían²⁶. Obviemos, en fin, que Esteban usa tanto obras originales (entre los geógrafos sobre todo a Estrabón, Dionisio Periegeta y Pausanias), como léxicos varios, y que no está resuelta aún la cuestión de sus fuentes, como es de sobra conocido²⁷.

—proyección de un orden intelectual sobre un espacio gráfico regido por la geometría—, y la representación herodotea de un espacio dividido y asignado, marcado por la división política y étnica, se ha dado un cambio de perspectiva importante. Podemos preguntarnos si el predecesor inmediato de Heródoto, Hecateo, no ha desempeñado en todo ello un rol esencial. (...) Los escasos fragmentos conservados testimonian la voluntad de ordenar las tradiciones míticas de los griegos, así como una atención particular a los topónimos. Hecateo aparece así como el fundador de una serie de genealogistas griegos, que comprenderá autores como Helánico de Lesbos, Acusilao de Argos o Ferécides de Atenas. Es probable que en esta obra perdida se haya establecido la unión entre la mitología y la geografía, puesto que la tierra habitada ofrece un espacio de clasificación y de orden de las tradiciones que permiten rendir cuenta de la emergencia progresiva de un mundo dividido en unidades designadas y autónomas" (la cursiva es nuestra).

26. Las dudas más que razonables de Heródoto (y la ironía con que se aplica para ello) sobre lo artificioso de la divisiones continentales son una prueba más que elocuente de lo que estamos diciendo: lo problemático de leer *ad litteram* fuentes arcaicas conservadas tan tardíamente (cf. HDT., IV 42 y 45).

27. Recientemente M. Billerbeck (2006: 48 ss.). Muchas dudas en P. Moret (2004: 40-43; 2006: 42-45 ss.); para la "rehabilitación" Esteban de Bizancio (a través de Hecateo y otros) véase D. Whitehead (1994: especialmente 109-117, y para Hecateo 119-120).

Un comentario especial merece un denso trabajo de Th. Braun (2004: 287-347) en el que se hace un repaso exhaustivo de todas las referencias hecataicas sobre el occidente mediterráneo.

Dejando a un lado todas estas objeciones –que no son pocas– podemos admitir que tenemos ante nosotros la primera sucesión de etnónimos / topónimos conocida a fines del siglo VI a.C. bajo la secuencia de elbestios-mastienos-tarteso (ios ¿?)-iberos. De lo conservado por Esteban de Bizancio sólo podemos considerar genuinamente hecateico por el rasgo jonio de la lengua las menciones a *mastienos* de los frgs. 40, 42, 43 y 44; a los *elbestios* del frg. 40, y a *Tarteso* en el frg. 38, todos de Jacoby, si seguimos a Elvira Gangutia. La forma de actuar de Hecateo queda muy clara en el conocido fragmento 26 de Jacoby, donde duda –guiándose por un criterio de lógica y verosimilitud– que podamos ubicar a Gerión en el extremo occidente²⁸. Aunque el resto de los fragmentos conservados son muy escuetos, y no sabemos por tanto si sigue su razonamiento en la misma línea crítica, en la definición etno-territorial parece que en ocasiones o bien recurre a la comparación con la tradición homérica convenientemente evemerizada, o bien a otro tipo de lógicas, como puede ser un nombre parlante aludiendo a la riqueza o la singularidad del lugar, posiblemente a partir de una tradición oral bien extendida y construida en torno a “simetrías geográficas y correspondencias míticas” entre los dos extremos del mundo, el Ponto y Occidente, como bien aclara Pierre Moret (2006: 64-67). Así, por ejemplo, y como apunta Gangutia (1998: 149-50 y n. 299), sus Elbestios (que son los de Herodoro –frg. 2a Jacoby–) son los Selbisinos de Avieno –*Ora* 421–, conectados con la *Alube / Alubas* del catálogo de los aliados troyanos (HOM., *Il.* 2.857), que en algunas tradiciones tardías se la asocia al espacio de las Columnas anterior a la llegada de Heracles (sch. DION.

Dejando a un lado que desconoce la bibliografía histórico-arqueológica sobre la Península Ibérica de los últimos 30 años, desde el punto de vista metodológico da por hecha la lectura automática Esteban-Hecateo, y eso que afirma textualmente que “Esteban es un gramático interesado en las formas –no en la historia– de los nombres de lugar que encuentra en la literatura” (p. 291) y que actúa “de manera lógica desde la definición y la subdivisión a la demarcación de los derivados gramaticales” (p. 292). El estudio que sigue no deja de ser un recorrido literal de la fuente al más puro estilo de la “arqueología filológica”, a pesar reconocer las “limitaciones” de Hecateo (como desconocer la “latitud y la longitud”, guiarse de un “mapa circular con microconcepciones esquemáticas” y “depender de informaciones de segunda mano” p. 294). Más centrado y con toda la bibliografía: Ferrer (e.p.).

28. Conviene citarlo: “En cuanto a Gerión, contra el que Heracles argivo fue enviado de parte de Euristeo para arrear las vacas de Gerión y llevarlas a Micenas, dice Hecateo el logógrafo que no se acomoda en nada a la tierra de los iberos, ni a ninguna isla Eritea fuera del Gran Mar fue enviado Heracles, sino que Ceriones fue rey del continente en torno a Ampracia [Ambracia] y los anfílicos y que desde esa región continental Heracles arreó las vacas, no habiendo sido poca esta hazaña impuesta. (Arriano, *An.* 2.16, 5; trad. de E. Gangutia, *THA II A*, p. 137; cf. 138-41, con las fuentes y un análisis básico). Apunta la autora una razón de carácter geográfico que conviene resaltar: Hecateo saca a los mitos del espacio oceánico, porque éste deja de ser un espacio mítico para pasar a constituir uno geográfico, un amplio piélago en suma (cf. Janni 1997: 23-40).

PER., v. 64), o con la *Alibante* de Odiseo, unida también a Sicania / Sicilia (*Od.* 24.304): nombres parlantes todos ellos que hacen alusión a “espacios de la plata” finalmente (y fácilmente) convertidos en toponimia a un lado y a otro del estrecho (*cf.* Gangutia 1998: ns. 299-300, pp. 149-150 y n. 8 y 10, y pp. 9-11)²⁹. Este proceder se continua en la cita de algunas ciudades: Molibdine (frg. 44 Jacoby) era la “ciudad de Plomo”, como Menobora “del boquerón” (frg. 42 Jacoby), etc. Este conjunto de noticias de carácter coronímico / toponímico –que parecen construir una “geografía popular” derivada de fáciles etimologías o evermerismos sacados de la hidronimia o el mito en la mayoría de los casos– es ordenado en torno a una serie de criterios preestablecidos (sucesión de continentes –¿?– / referencia geográfica de localización y – o orientación y/o etnia correspondiente y/o polis, en su caso), y que terminan por llenar de contenido un mapa previo diseñado geoméricamente (*cf.* Prontera 2001).

En este contexto, sorprende el escaso eco que tiene Tarteso en lo conservado en Hecateo en comparación con los mastienos, cuyas *poléis* inundan el conjunto de la costa extremo occidental³⁰. Aquí Tarteso es un territorio (*cf.* Anacreonte, frg. 4 Gentili) –derivado obviamente de un hidrónimo (*cf.* Este-sícoro, frg. 154 Page)–, una de cuyas ciudades –*Ibila*, frg. 45 Nenci– recuerda a los elbestios comentados; en todo caso no es un étnico, lo que no deja de ser paradójico. Es curioso que Esteban de Bizancio recoja en el mismo fragmento hecataico que Filisto (frg. 30 Jacoby) haga alusión al origen líbico de los elbestios, unidos por Avieno (*Ora* 421) a los controvertidos libiofenicios junto con los mastienos³¹. En todo caso su raíz está en relación con la riqueza de la plata y es un claro nombre parlante; la otra ciudad mencionada, *Elibirge* (frg. 38 Jacoby), pertenece al horizonte lingüístico común en “Ili” o “Urgi” (Hoz 1989: 534). Otros textos de Esteban (como el frg. 606, 15.8) que hablan de Tarteso como “ciudad” o “río de la plata” que nace en las “montañas de la

29. Pero también al área entre el río Halys y Trapezonte, en el Ponto (al este de la Tróade), zona que Estrabón conocía bien (*STR.*, XII 20-27) (*cf.* Moret 2006: 58-59, para quien la occidentalización de *Alube* es una especulación tardía, resultado de las distintas –y extedidísimas– tentativas de localizar los lugares de Homero, y más si es un país lejano y rico en plata).

30. Para la problemática del término *polis* en Hecateo *vid.* Whitehead (1994: 119-120) y recientemente M.H. Hansen (1997: especialmente pp. 20 y 27), quien analiza únicamente los fragmentos atribuidos textualmente a Hecateo o los que Esteban piensa que debe haber usado la palabra citada, terminando por concluir que el milesio usa el vocablo de manera indistinta tanto para un emplazamiento urbano, como para una simple aldea e incluso una ciudad-estado en sentido estricto.

31. Al igual que hay una Calate hispana (*HEC.*, frg. 39 Jacoby), hay otra en el Ponto (*ibídem*) o en el norte de África (*PTOL.*, IV 3.12).

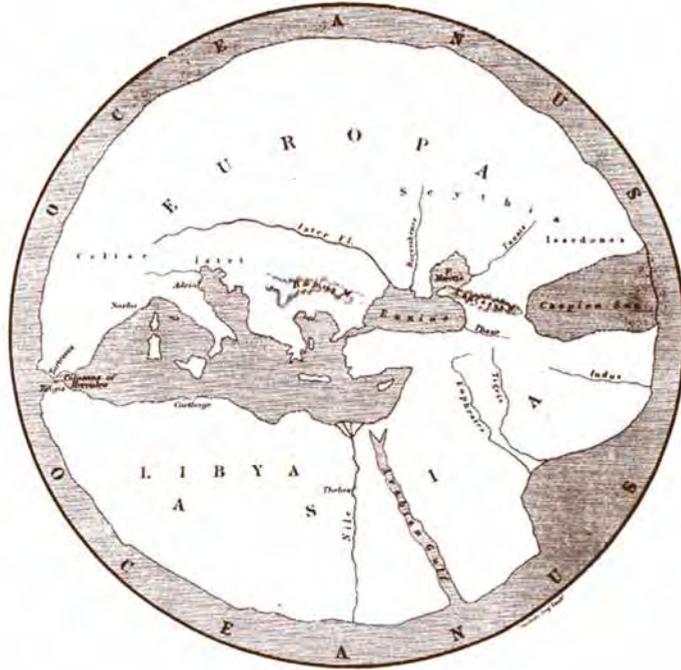


Figura 3. Reconstrucción de la imagen del mundo de Hecateo (según E.H. Bunbury 1879)

plata” lo ponen en relación con tradiciones más modernas que llegan hasta Estrabón, antes que con Hecateo (Braun 2004: 307-308).

Más allá de las dificultades objetivas de establecer una geografía precisa del extremo occidente mediterráneo, está claro que desde muy temprano –y más desde época helenística en adelante (cf. n. 8, *supra*)– están confluyendo hacia el mundo griego informaciones de clara procedencia fenicio occidental y peripléticas para ambas orillas del Estrecho (en lo que entraría Tarteso –recuérdese, sino, el dato “anecdótico” de los etíopes occidentales que lo “colonizaron”³²–), con estas primeras elaboraciones a las que les interesa la

32. Según Eforo, frg. 128 Jacoby *apud* STR., I 2.26, a propósito de la controversia sobre la ubicación de los etíopes –los hombres de “tez morena” o de donde “se oculta el sol”– en Homero, *Od.* 1.22-24, (también en PS. SCYMNUS, *Orbis D.* vv. 157-58). Es significativo, por ejemplo, que Heródoto (IV 192) califique a unos hurones norteafricanos con el adjetivo de “tartesio”, lo que acertadamente E. Gangutia (1998: 237) define como una “cierta imagen especular entre la Península y África”.

construcción de una geografía a partir de la exégesis homérica: de ahí el conjunto de “confusiones”, como la mastiena –por citar la más polémica³³. Todo ello posiblemente no es más que el resultado de la conciencia vaga (y antigua) de la existencia de las mismas etnias / pueblos a un lado y otro del estrecho –como atestigua la polémica Filisto / Hecateo anotada–, y la dificultad de ordenarlo con precisión; este poso semita no tendrá por menos que reconocerlo indirectamente Estrabón cuando afirma que fueron los “fenicios” los informantes del mismísimo Homero (STR., III 2.13 y 14)³⁴. En todo caso, y en este contexto, donde mito, geografía, poesía y prosa se entremezclan –como no podía ser de otra manera–, Tarteso se nos aparece como un hidrónimo que muy pronto (en una secuencia bastante habitual) termina por definir un lugar y/o una región en el entorno de las Columnas y “más allá de Iberia”, los únicos referentes geográficos incontestables; una definición territorial que no entra en la adscripción cultural o étnica que comúnmente se le viene dando³⁵. Decir más es volver a Estrabón.

Posiblemente no estaríamos donde estamos sino hubiera sido Heródoto el que se extendiera por vez primera –aunque de manera harto somera– sobre la historia y la caracterización político-territorial de Tarteso. Otros derroteros hubiera tomado el asunto si se hubiera mantenido en el campo de lo fragmentario. Curiosamente Heródoto hace desaparecer las etnias hecataicas, lo que es más sorprendente dado el peso que tiene este último en su obra. A diferencia de las tradiciones anteriores, en las que

33. Cf. n. 22 *supra* y Ferrer Albelda (2006: 1997-2008) *versus* Moret (2002: 257-276). Parece cada vez más evidente que el etnónimo es de carácter arcaico y cuya continuidad hasta época romana atestigua una operatividad, y al que Hecateo le da una condición inequívocamente aglutinante que –*mutatis mutandi*– responde al área fenicia (cf. frgs. 52 Nenci y 42-43 Jacoby), y después bástulo-bastetana o libiofenicia, lo que no deja de ser interesante: Domínguez Monedero (1995: 13, 223-239; Ferrer Albelda y Prados Pérez 2001-2002: 273-282); contra esta adscripción étnica hecataica Moret (2004: 41-42).

34. Para este origen fenicio-púnico de buena parte de la “geografía” atlántica (¿y por qué no mediterránea?) primera del extremo occidente *vid.* López Pardo (2007: 133-141).

35. Tomemos nota de las acertadas palabras de Ferrer (e.p., n. 15): “Mastienos y tartesios serían, en este sentido, los habitantes de *Mastia* y de *Tartessos*, regiones colindantes cuyo límite estaría situado probablemente en el estrecho de Gibraltar. De ninguna manera establecemos correspondencia entre estas *ethne* y pueblos ‘indígenas’, en el sentido que se usa habitualmente el término. En otras ocasiones hemos insistido en que el componente étnico-cultural de ambas regiones era mayoritariamente de origen fenicio, pues aquello que los testimonios griegos más antiguos denominan *Tartessos*, río o región –probablemente el entorno de la desembocadura del río homónimo–, era una área colonizada por los fenicios y muy orientalizada”. El cambio de modelo en el tratamiento del fenómeno colonial, y de lo feno-púnico en particular, tanto desde un punto de vista histórico como en el análisis de la documentación literaria y arqueológica, está densamente resumido en: Álvarez Martí-Aguilar y Ferrer Albelda (2008: 165-204) y Ferrer Albelda y Álvarez Martí-Aguilar (2008: 205-235).

cabe reconocer un vector euboico que se continua con Herodoro (frg. 2a Jacoby), aquí vemos una fuerte impronta samio-focense explícita, los últimos en sumarse a las corrientes colonizadoras occidentales.

No vamos a repetirlas aquí, por ser de sobra conocidas, pero tomadas en total (HDT., I 163 y IV 151 a 153), las menciones a Tarteso son pura anécdota en relación al conjunto de su obra; este tipo de referencias casuales al hilo de la historia principal son muy comunes. En este caso, Tarteso y su riqueza sirven como explicación del papel nuclear del Heraion de Samos en el proceso colonizador –caso de Colaios (HDT., IV 151 a 153)–; o para explicar el amurallamiento de Focea gracias al comercio de ésta con el extremo occidente y, en última instancia, un hito más de su diáspora occidental que culmina con el incidente de Alalia –caso de la *amicitia* con Argantonio (HDT., I 163)–. Entre los dos relatos hay un margen de 70 años como si de dos fases se tratara –y de dos tradiciones distintas, posiblemente: el descubrimiento casual y con tintes heroicos de Colaios, no por nada samio y asiático, y la incorporación focense posterior a un mercado pujante. Y adornado siempre con el tema de la proverbial riqueza de los confines y hospitalidad de sus monarcas (cf. Anacreonte, frg. 4 Gentili³⁶), tan querido de toda la literatura antigua [ya Grilli (1990: 9-26) o Braun (2004: 296-303), entre muchos]: un Argantonio que termina viajando de este a oeste³⁷. En todo caso, es bien cierto que todo ello adquiere una topografía más precisa y simplificada. El mito hercúleo, que está también presente en el relato herodoteo, queda curiosamente asociado Gades, y no a Tarteso (HDT., IV 8; Cruz Andreotti 1991a: 155-166).

Para entenderlo en su contexto hay que tener en cuenta dos aspectos. En primer lugar, su posición crítica hacia la visión que hasta la fecha se tenía del extremo occidente mediterráneo. Al conjunto de tradiciones precedentes las considera poco fundamentadas en fuentes fiables (sostenidas en cantos de poetas o relatos de “bárbaros”, nos dirá –HDT., III 115–; cf. II 23 y IV 8 y 42.2-4.1 para su crítica a “noción circular” –homérica *dixit*– de Océano) dado el desconocimiento general del occidente europeo hasta escasas fechas –HDT., III 115; cf. IV 45–. Por ello, y en segundo lugar, su geografía se limitará a lo imprescindible y contrastable (según el mecanismo de lo oído, lo visto o lo escrito) por cualquiera. Frente al exceso de geometrización y

36. Anacreonte residió Samos, en un ambiente especialmente receptivo a mitos y noticias en torno al extremo occidente.

37. Para Argantonio como “nombre parlante” sinónimo de opulencia ver la n. 503 de E. Gangutia (1998), donde destaca –asimismo– que no es sólo de la Península (también en Tracia, Anatolia, etc.).

teoricismo –censura indudablemente dirigida a Hecateo, cuyo mapa está bastante difundido y no sólo en ambiente jonio –*cf.* HDT., IV 36.2³⁸–), el dibujo herodoteo resultante queda bastante abierto y, como veremos, conscientemente incompleto (HDT., IV 45). Indudablemente tiene que poner un hito en el extremo occidente, y para ello están las Columnas, que gozan de una amplísima tradición al respecto: de ahí el que no renuncie a recoger los mitos asociados a ellas, aunque matizados con el término “dicen” e incluyendo un referente histórico suficientemente conocido como es Gades. A un lado y a otro las costas europea y africana del Ponto interior y más allá el Océano que, obviamente, ya no es un río sino un mar abierto (en oposición al Caspio, que es un mar cerrado). El río Tarteso es el único elemento que aporta una cierta vertebración interna –*vid. infra*³⁹.

Dejemos a un lado la descripción de la vertiente líbica (HDT., IV 184 ss.), y ciñámonos a la hispana: seguro que siguiendo un modelo periplético en origen tenemos una ruta que va desde el “mar adriático y tirrénico” a Iberia y Tarteso –I 163–, así como a Celtas y Cinetes –II 33; IV 49.3⁴⁰–, que ocupan el “extremo europeo” que va más allá de las Columnas / Gades (frente a Píndaro, para quien Gades / Columnas es el *finis terrae*: O 3.43; I 3/4.29; N 4.69; frg. 256 Bernabé)–: dos territorios y dos etnias⁴¹. Queremos hacer notar un detalle: si en IV 152 Tarteso está más allá de las Columnas, en I 163 apunta que está “después de Iberia”, pero ¿dónde empieza una y comienza otro? Recordemos un conocidísimo texto de Estrabón (III 4.19) acerca de los nombres y la extensión que Iberia ha tenido a lo largo de los tiempos, en el que dice que “todo el territorio más allá del Ródano y del istmo configurado por los golfos galáticos fue denominado Iberia por los primeros autores (en cambio los contemporáneos le ponen como límite el Pirineo y dicen que son sinónimos las propias Iberia e Hispania); [***]

38. Será este mapa o uno similar al que su conciudadano y contemporáneo Aristágoras presentó ante Cleómenes de Esparta para convencerle de las ventajas de atacar al persa (HDT., V 49-50), a lo que Hecateo se opuso (HDT., V 36).

39. Para toda la geografía y cartografía de Iberia en profundidad, nos remitimos a los trabajos de F. Prontera [1990: 55-82; 1999: 17-29 (= 2003: 87-101); 2006: 15-29].

40. En realidad los celtas son el pueblo extremo “más allá de las Columnas” y ocupan toda amplia –e imprecisa– franja occidental y septentrional europea (*vid. infra*).

Por otro lado, si estos cinesios / cinetes son los esdetes de Hecateo (frg. 47 Jacoby) (y los conios de PLB., X 7-75) tenemos la única concesión al milesio, quizá relacionada con el posible recuerdo de los curetes cretenses y la batalla de los Titanes (*cf. Titanomach.*, frgs. 3 y 6 Bernabé) anterior a la conformación definitiva del mundo; asociación con el espacio tartésico ya explícita en Justino (XLIV 4.1) (Gascó 1987: 184-194; 1987b: 127-145).

41. No es inusual –antes al contrario, como hemos visto– que étnicos se territorialicen y a la inversa, o que coexistan territorios y etnias. Una realidad sumamente simple que contrasta con la riqueza hecataica o de un contemporáneo suyo, como es Herodoro (frg. 2a Jacoby).

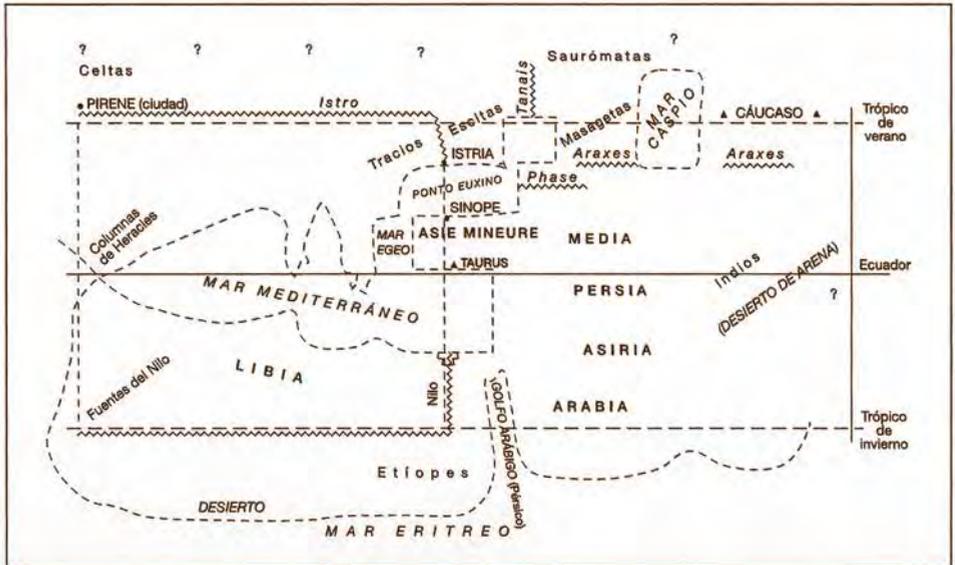
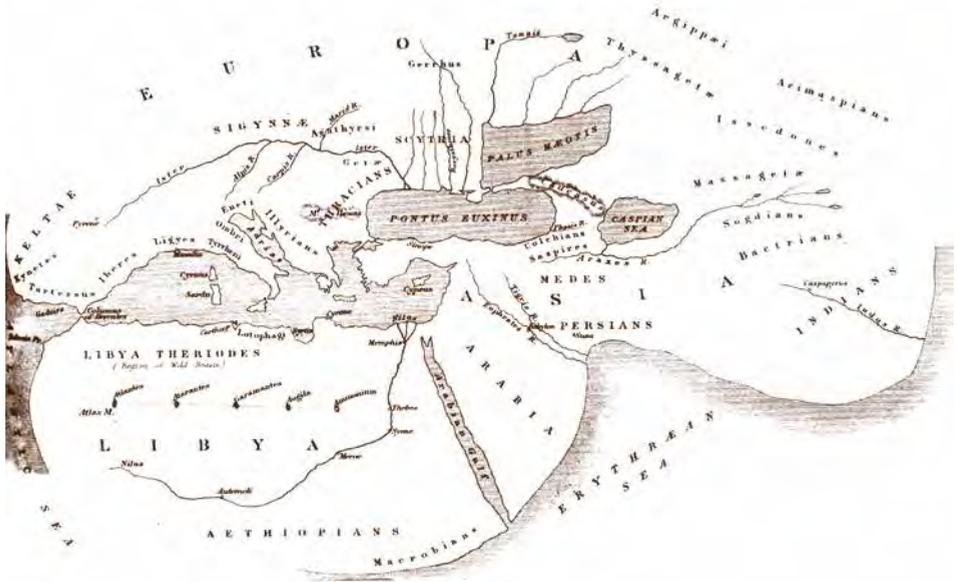


Figura 4. Arriba la ecúmene herodotea (ciertamente “recreada” por E.H. Bunbury 1879) y, abajo, el más que probable “mapa” esquemático con el que organizaba pueblos y territorios (según Ch. Jacob 2008)

solo denominaban a la región más allá del Iber; otros todavía anteriores llamaron a estos mismos, que no ocupaban demasiado territorio, igletes, según afirma Asclepiádes de Mirlea; los romanos por su parte denominaron de la misma forma Iberia o Hispania a todo el territorio, a una parte de ella la llamaron ulterior y a la otra citerior; pero sus divisiones varían con el tiempo adaptando su dominio político a las circunstancias"⁴² (trad. F.J. Gómez Espelosín: Alianza). Otro texto de Aristóteles –que sabemos que sigue modelos cartográficos arcaicos pre-alejandrinos– es fundamental: “Desde Pirene (éste es el monte <situado> hacia el ocaso equinoccial, en la Céltica) fluyen el Istro y el Tarteso. Este último <desemboca> fuera de las Columnas <de Heracles>, mientras que el Istro, <tras fluir> a través de toda Europa, <desemboca> en el ponto Euxino” (–*Meteor.*, 1.350b1; trad. M. Candel: Gredos)⁴³; traigamos a colación ahora los dos textos de Heródoto al respecto y vemos claras las analogías (II 33 y IV 49 respectivamente): “El río Istro, tras nacer en el país de los celtas y ciudad Pirene, corre dividiendo Europa por la mitad. Los celtas habitan allende las Columnas de Heracles y limitan con los cinesios, que son los habitantes más extremos hacia el occidente de los que viven en Europa (...) Corre el Istro a través de toda Europa tras nacer en el país de los celtas, los últimos que junto con los cinetes habitan las regiones del Occidente de Europa” (Trad. de E. Gangutia, *THA* IIA); añadamos uno de Escimno –contemporáneo de Polibio pero tributario de fuentes pre-eratosténicas– que parece englobar igualmente Tarteso dentro de esta Céltica *ultima*: “Gadira, donde es fama que se crían grandes / cetáceos. Después de ésta, cumplidas dos singladuras / se llega a un emporio muy floreciente / la llamada Tarteso, ciudad ilustre. / El estaño traído por el río [Tarteso?] de la tierra de los celtas / el oro y el bronce, los posee en gran cantidad. Luego se extiende la tierra llamada céltica / hasta el mar que baña Cerdeña” (PS. SCYMNUS, *Orbis D.* vv. 161-195; trad. de Alberto Bernabé, *THA* II B; cf. Marcotte 2002: 164-166); y, finalmente, el conocido “diagrama” de Éforo para quien la céltica englobaba “todo lo que hoy llamamos Iberia *hasta* Gadira” (EPHOR., frg. 131 Jacoby –*apud.* STR., IV 4.6) –la cursiva es nuestra–. En realidad una Céltica que ocuparía, sobre el horizonte de Grecia (36° N), un gran espacio que iría desde el poniente equinoccial al de verano. Como apunta D. Marcotte⁴⁴, en la representación esquemática del espacio europeo conocido de Heródoto a Aristóteles, y transmitida en la tradición

42. Esta concepción última igual en ARTEMID. EPHESES., *Geographoumena*, fr. 21 Stiehle.

43. Para los Pirineos cf. una síntesis en Beltrán Lloris y Pina Polo (1994: 103-133).

44. Marcotte (2006: 33-34).

periplética posterior, los Pirineos (orientados de N-S y en la misma latitud que Gades / Columnas) juegan el papel de límite entre dos mundos. Pero además, desde la perspectiva de la traslación de la experiencia náutica a la cartográfica ambos hitos son dos “cambios de rumbo” en la navegación: desde el golfo de León hacia Emporion para el primer caso; desde el mediterráneo al atlántico para el segundo. Ambos espacios serían, al menos hasta la “expansión masaliota” por las costas ibéricas, los mejor conocidos para los griegos y, obviamente, los que traslada Heródoto a su mapa.

De qué estamos hablando, en suma: de una geografía “en construcción” desde el mismo Heródoto, donde Iberia / Tarteso tienen una localización imprecisa, porque la misma Tarteso parece incluir una “secuencia territorial” nueva en un mundo dividido entre una Iberia restringida inicialmente al espacio entre el Ródano y el Iber (cf. AESCH., frg. 73a Radt *apud* PLIN, *nat.* 37.32, donde el Eridano / Ródano está en Iberia⁴⁵) y “el resto” ocupado por la “gran céltica” hacia el occidente con los Pirineos / Pirene como límite. Con el reconocimiento cada vez más intenso de la costa mediterránea fomentado por Massalia y los focenses, y la ampliación de su campo de acción más allá del Mar Tirreno y el Golfo de León (escenario, no lo olvidemos de Alalia –HDT. I 165-167–), la topografía adquiere una localización cada vez más concreta –no sin problemas–, produciéndose una extensión de Iberia a toda la costa mediterránea y una localización de Tarteso en el entorno a las Columnas; ya con Ps. Escilax (*Per.* 2-4, *G.G.M.*, I, pp. 16-17), un autor de época de Filipo, tenemos el primer testimonio periplético explícito de una Iberia “entre las Columnas y el Ródano” habitadas por iberos, aunque no similar a la Iberia de Polibio (PLB., III 37.10-11) o Artemidoro (*cit.* n. 42), puesto que éstos sí establecen por vez primera los Pirineos como límite⁴⁶.

Es difícil hacerse una idea de las intenciones de Heródoto, habida cuenta del escaso interés por los asuntos de occidente: lo que está claro es que frente a una “cartografía de compás” o una etnografía imprecisa –llena de analogías con la tradición épica–, nuestro autor pretende elaborar –sin demasiado entusiasmo, todo hay que decirlo, y casi de pasada– una alternativa más fundada en una cartografía que puede ser contrastada con la experiencia marinera e histórica, lo que explicaría los silencios con respecto a la tradición anterior (que indudablemente conoce). Por ello, es indiscutible la factura samio-focense de las informaciones sobre Iberia y

45. Incluso Fileas, un autor contemporáneo, pensaba que el Ródano limitaba “Europa de Libia” (*apud* AVIEN, *Ora* vv. 691-96, que obviamente se mofa de ello). Para el contexto literario *vid.* Gangutia (1998: 199-201).

46. En extenso: Marcotte (2006: 31-38).

Tarteso (cf. HDT., VIII 132: “...pareciera como si creyeran que Samos estaba tan lejos como las Columnas de Heracles...”), ya que está claro que aquéllos forman parte de la llamada rutas septentrional (o de las islas) o meridional (o africana)⁴⁷.

E. ALGUNAS CONCLUSIONES

Empecemos por el final. En un trabajo temprano (Cruz Andreotti 1991: 155-166) analizábamos la omisión sobre los fenicios occidentales por parte de Heródoto como una acción intencionada, para destacar así la preeminencia helena en el descubrimiento de la Europa occidental. Hoy en día no estaríamos tan seguros de tamaña afirmación, sabiendo del desconocimiento general del occidente mediterráneo y el escaso interés que suscita aquél, a excepción de situaciones entendidas como casuales –como el caso de Alalia. Ello no obsta para que sigamos defendiendo –como ya demostró magistralmente E.J. Bickerman (1952: 65-81)– que la “apropiación de los espacios” y su “explicación en clave griega” sigue y seguirá siendo una práctica habitual, sobre todo por parte de la historiografía greco-occidental, como se ha visto recientemente para Timeo (Sánchez Jiménez 2008: 155-169).

En todo caso, ¿qué tenemos? Estamos ante un proceso de delineación topográfica y geográfica de parte de la geografía mediterránea por exigencia de las nuevas realidades coloniales y comerciales, y con la consecuencia añadida de poner cierto orden en un conjunto de tradiciones orales, épicas o míticas de procedencia diversa –mayoritariamente anatólicas–, pero en todo caso no autóctonas. El conocido frg. 2a de Herodoro –¡también transmitido por Esteban de Bizancio!– es un buen ejemplo: ante las dos líneas pujantes que ya están consolidadas (la hecataica y la herodotea) plantea una síntesis de ambas bajo el común denominador de un *genos* ibérico inexistente hasta la fecha, que agrupa a unas tribus (*phulai*) –antes *ethne*– en torno a la costa del estrecho y bajo el paraguas del Heracles civilizador. El esfuerzo ordenador según parámetros helenos es excesivo como para responder a “cambios de realidades” en las costas peninsulares⁴⁸.

47. Pero también cabe pensar en fuentes feno-púnicas; es curiosa la asociación de Tarteso con Cartago cuando está hablando de los comadreas líbicas comparables a los hurones tartesios (HDT., IV 192.3 = STR., III 2.6) –aunque la noticia es tan anecdótica que puede funcionar el conocido mecanismo analógico–, y es indudable el origen semita del dato sobre los mercenarios ibéricos en VII 165, y otras tan conocidas como el llamado “comercio silencioso” que tanto han dado que hablar (en HDT. IV 196), así como buena parte de lo referente a Libia.

48. Moret (2004: 42-45 y 2006: 42-45).

En última instancia, este panorama viene a confirmar que el problema deja de ser etno-identitario para pasar a ser geográfico. Desde el principio, el extremo occidente visto por los griegos bascula entre Tarteso e Iberia, o si se quiere entre las rutas este-oeste / norte-sur respectivamente y, sobre ello, se superpone un confuso panorama étnico que poco puede tener de identitario y mucho de ir rellenando huecos de un espacio geográfico vacío. Dejamos abierta la posibilidad, explorada por otros colegas –como hemos apuntado–, que Tarteso / tartesios sea un territorio aglutinante que esconde más que una realidad uniforme y homogénea, un complejo panorama en torno a las costas andaluzas a uno y otro lado del estrecho y el valle del Guadalquivir en el que el factor semita tiene mucho que decir: ¿por qué sino es por ello que la tartésida de Eratóstenes (*apud* STR., III 2.11) coincide con el ámbito cultural y geográfico de las Columnas y merecerá una fuerte crítica de Estrabón?

Pero, ¿qué puede haber detrás de las dos “historias” tartésicas de Heródoto? Más allá de estas disyuntivas geográficas, el conjunto de las narraciones responden a los cánones literarios de las historias de aventura generadas por la colonización, que peden llegar hasta la *Odisea*. Nadie duda de la presencia samio-focense, pero los acontecimientos por sí mismos no forman una historia, y más cuando aquéllos han ocurrido hace muchos años: para que éstos sean creíbles hay que adornarlos, darles una estructura coherente y bella (una intriga, un argumento, una perspectiva con el recurso a la analogía o a la metáfora, con una finalidad ideológica consciente o no). Como apunta D. Pralon (2000: 14-17) la totalidad del relato (HDT., I 163-167) hay que verlo como las “tribulaciones patéticas” de un pueblo errante expulsado de su patria, hasta la fundación de Elea, sobre el modelo de una “canción de gesta”: “...los primeros griegos en practicar largos viajes... por el Adriático, Tirrenia, Iberia y Tarteso...”; viajes realizados en naves rápidas, propias de los piratas y aventureros, hasta llegar al límite de lo maravilloso: un reino más allá de las Columnas. Un lugar paradisíaco y rico cuya descripción es una ‘copia’ de la Esqueria de los Feacios (*Od.* 6-7): frontera entre la realidad y el mito, Argantonio –como Alcínoo a Odiseo– quiere retenerlos; como el rey homérico es longevo y hospitalario, y poco importa si una vez lo define como “rey” y otras como “tirano”⁴⁹; como no consigue convencerlos para que se queden, la “historia real” sigue su curso, como su curso siguió la fundación de Cirene tras el enriquecimiento casual

49. En otro contexto para Heródoto la distinción tendría su importancia; aquí no, porque lo que menos le interesa es la “naturaleza política” del lugar.

de Colaios; Tarteso desaparece del texto y de las *Historias*, una anécdota curiosa más, fundada en fáciles etimologías o vaguísimos recuerdos orales⁵⁰.

Más interesante es ver si toda esta reconstrucción de la historia tartésica tiene algo que ver con una cierta identidad turdetana. Algunos de los participantes en esta publicación saben de las dificultades –aceptando a priori el término– de llegar a algún tipo de conclusión en este sentido con la documentación arqueológica en la mano; problemas de método pero también de la calidad y cantidad de la información. Sugestivos ensayos se han hecho últimamente al respecto, combinando el factor púnico y el romano alrededor de la realidad urbana o de la moneda como un fenómeno de emulación / reafirmación (*vid.* n. 2 y Chaves Tristán 2008: 353-377).

Como hemos ido viendo, está claro que desde la perspectiva literaria Tudetania es un concepto etno-geográfico aglutinante sobre el que –partiendo de Tarteso– se ha hecho confluír de manera harto simplificada toda una serie de procesos internos y externos hasta crear un modelo homogéneo geográfica, étnica y políticamente hablando: y en ello Estrabón ha tenido mucho que ver y, posiblemente también, ese enigmático Asclepiades que vino a enseñar gramática a las élites provinciales de origen púnico y / o itálico. Evidentemente no tenemos datos para pensar que, a estas alturas, esa imagen formaba parte del acerbo cultural e identitario de una oligarquías que se construían, así, un pasado propio: como hemos dicho al principio, la “conciencia étnica” que las fuentes sacan a la luz suele ser el resultado inmediato de conflictos bélicos y, desgraciadamente, este fenómeno ha sido laminado en la imagen “pacífica y paradisíaca” del sur.

Con todo, no deja de ser curioso que todos los nombres dados a la región parezcan tener la misma raíz (**trt*) –*vid.* Rodríguez Adrados (2000: 1-18)– y que los procesos de ordenación étnica en torno a ellos (túrdulos / turdetanos-bástulos / bastetanos / libiofenicios) se estén dando durante el siglo II a.C., tras unos momentos de más que evidente inestabilidad (los tersitas de Polibio, los tartesios de Livio, la Turta de Catón...) aún insuficientemente estudiada. Incluso más: ya hemos apuntado que la tartésida de Eratóstenes (en STR., III 2.11) “coincide” geográficamente hablando con los túrdulos del sur de Ptolomeo (II 4.9) (*cf.* Untermann 2004: 204-206), y si todo ello lo ponemos en relación con la cuestión bástulo-libiofénice, puede que aquí esté una de las claves del problema: la realidad tartésica correspondería, en todo caso, a la zona costera-semita alrededor del estrecho, precisamente la que

50. *Contra* L. Antonelli (2008: 98) que no entra en la “lectura interna” del texto, y sí en los numerosos datos a favor de una pujante presencia focense; ambos aspectos no tienen por qué ser contradictorios (en extenso pp. 91-102).

finalmente se organizó en torno a una división conventual coherente. Así se explicarían mejor las noticias estrabonianas sobre las reuniones en torno a Asta (STR., III 2.2), las “confusiones” Tarteso / Gadir o Carteia que hemos comentado y, en suma, la enorme importancia que le da Estrabón a Gades como tal en comparación con otras capitales coventuales o provinciales: de hecho es de la única que describe su “historia fundacional y antigua” de manera extensa y completa.

Pero en nuestro caso se nos escapan las razones para que –al mismo tiempo– este étnico termine dándole el nombre a un territorio “diferente”, aunque no debemos olvidar la importancia del Guadalquivir como eje básico y organizador de la actividad económica, la tupida red urbana articulada alrededor suyo desde antiguo (¿es casual la fundación de *Corðuba* o *Hispalis*?) o el papel de algunas ciudades de estirpe púnica (¿Carteya-Tarteso o las decenas de caballeros en *Gadir*?). ¿Es posible que tartesios / túrdulos fueran la “etnia originaria” (a partir de la tartésida erastoténica), con una fuerte impronta semita, a partir de la que la región termina siendo la Turdetania histórica? Como posibilidad es muy interesante, aunque está claro que el esfuerzo de simplificación y síntesis estraboniana –el mejor conservado– nos lo ha puesto muy difícil⁵¹.

51. *Vid.* nuestra bibliografía citada en n. 6.

BIBLIOGRAFÍA

- ALVAR, J. (1989): "Tartessos-ciudad = Cádiz. Apuntes para una posible identificación", en *Homenaje al Prof. Santiago Montero. Anejos de Gerión* 11: 295-305.
- ÁLVAREZ MARTÍ-AGUILAR, M. (2005): *Tarteso. La construcción de un mito en la historiografía española*, Málaga.
- ÁLVAREZ MARTÍ-AGUILAR, M. (2006): "El origen del ariete: Cartago *versus* Gadir a fines del s. III a.C.", en J. Martínez-Pinna (coord.), *Initia Rerum. Sobre el concepto del origen en el mundo antiguo*: 125-140, Málaga.
- ÁLVAREZ MARTÍ-AGUILAR, M. (2007): "Arganthonius Gaditanus. La identificación de Gadir y Tarteso en la tradición antigua", *Klio* 89.2: 477-492.
- ÁLVAREZ MARTÍ-AGUILAR, M. y FERRER ALBELDA, E. (2008): "Identidad e identidades entre los fenicios de la Península Ibérica en el periodo colonial", en F. Wulff y M. Álvarez Martí-Aguilar (coords.), *Identidades, culturas y territorios en la Andalucía prerromana*: 165-204, Málaga-Sevilla-Jaén.
- ANTONELLI, L. (1997): *I Greci Oltre Gibilterra. Rappresentazioni mitiche dell'estremo occidente e navigazioni commerciali nello spazio atlantico fra VIII e IV secolo a.C.*, Roma.
- ANTONELLI, L. (1998): *Il periplo nascosto: lettura stratigrafica e commento storico-archeologico dell'Ora marítima di Avieno*, Padua.
- ANTONELLI, L. (2008): *Traffici focci di età arcaica. Dalla scoperta dell'Occidente alla battaglia del mare Sardonio*, Roma.
- ARNAUD, P. (2007): "La géographie romaine impériale, entre tradition et innovation", en G. Cruz Andreotti, P. Le Roux y P. Moret (eds.), *La invención de una geografía de la Península Ibérica. II. La época imperial*: 15-48, Málaga - Madrid.
- AUJAC, G. (2001): *Ératosthène de Cyrène, le pionnier de la géographie. Sa mesure de la circonférence terrestre*, París.
- BELTRÁN LLORIS, F. (2004): "Nos Celtis genitos et ex Hiberis. Apuntes sobre las identidades colectivas en Celtiberia", en G. Cruz Andreotti y B. Mora Serrano (coords.), *Identidades étnicas-identidades políticas en el mundo prerromano hispano*: 87-145, Málaga.
- BELTRÁN LLORIS, F. (2007): "Locorum nuda nomina? La estructura de la descripción pliniana de Hispania", en G. Cruz Andreotti, P. Le Roux y P. Moret, eds., *La invención de una geografía de la Península Ibérica. II. La época imperial*: 115-160. Málaga - Madrid.
- BELTRÁN LLORIS, F. y PINA POLO, F. (1994): "Roma y los Pirineos: la formación de una frontera", *Chiron* 24: 103-133.
- BICHLER, R. (2001): *Herodots Welt. Der Aufbau der Historie am Bild der fremden Länder und Völker, ihrer Zivilisation und ihrer Geschichte*. Mit Beilagen von Dieter Feil und Wido Sieberer, Berlín.

- BICKERMAN, E.J. (1952): “*Origines gentium*”, *Cl.Ph.* 47, 2: 65-81.
- BILLERBECK, M., trans. (2006): *Stepani Byzantii Ethnica*. Volumen I, *Alpha-Gamma*. *Recensuit germanice vertit adnotationibus indicibusque instruxit*. CFHB 43/1, Berlín.
- BIRASCHI, A.M^a. (1989): *Tradizione epiche e storiografia. Studi su Erodotò e Tucidide*, Perugia-Nápoles.
- BRAUN, TH. (2004): “Hecataeus’ knowledge of the Western Mediterranean”, en *Greek identity in the Western Mediterranean: Papers in Honour of Brian Skefton*: 287-347. Leiden.
- BUNBURY, E.H. (1879): *A History of Ancient Geography*, vol. 1, Londres.
- CADIOU, F. (2008): *Hiberia in terra miles. Les armées romaines et la conquête de l’Hispanie sous la République (218-45 av. J.-C.)*, Madrid.
- CANDAU MORÓN, J.M^a.; GONZÁLEZ PONCE, F.J. y CRUZ ANDREOTTI, G. (eds.) (2004): *Historia y Mito. El pasado legendario como fuente de autoridad*. Actas del Simposio Internacional celebrado en Sevilla, Valverde del Camino y Huelva entre el 22 y el 25 de Abril de 2003, Málaga.
- CANFORA, L. (1981): “De la logografía jonia a la historiografía ática”, en R. Bianchi Bandinelli (dir.), *Historia y Civilización de los Griegos*. 2. *El arcaísmo. Orígenes y desarrollo de la ciudad*: 357-429. Barcelona.
- CANFORA, L. (2008): *Il papiro di Artemidoro*, Bari.
- CANFORA, L. (2008a): “Recensioni a *Il papiro di Artemidoro*, edito da Claudio Galizzi, Barbel Kramer, Salvatore Settis *et al.*”, LED Edizioni Universitarie di Lettere Economia Diritto, Milano 2008 (marzol, pp. 630 + 40 tavv. —4 riproduzioni 1:1 -DVD; € 480,00”, *QS* 65 (Lul./dic.): 1-64.
- CARDETE DEL OLMO, M^a C. (2004): “*Ethnos* y etnicidad en la Grecia clásica”, en G. Cruz Andreotti y B. Mora Serrano (coords.), *Identidades étnicas - identidades políticas en el mundo prerromano hispano*: 15-29. Málaga.
- CASTRO PÁEZ, E. (2004): “La ville et le territoire d’après le Livre III de Strabon. Une méthodologie d’approche et un essai d’application”, *Gerión* 22.1: 169-199.
- CHAVES TRISTÁN, F. (2008): “Moneda local en Hispania: ¿autoafirmación o integración?”, en J. Uroz, J.M. Noguera y F. Coarelli (eds.), *Iberia e Italia: modelos romanos de integración territorial*: 353-377. Murcia.
- CHAVES TRISTÁN, F.; GARCÍA FERNÁNDEZ, F.J. y FERRER ALBELDA, E. (2006): “Relaciones interétnicas e identidades culturales en Turdetania (siglos II a.C.-I d.C.)”, en *L’Africa romana*, XVI, (Rabat 2004): 813-828, Roma.
- COUNILLON, P. (2007): “La représentation de l’espace et la description géographique dans le livre III de la *Géographie* de Strabon”, en G. Cruz Andreotti, P. Le Roux y P. Moret (eds.), *La invención de una geografía de la Península Ibérica*. II. *La época imperial*: 65-80, Málaga - Madrid.

- CRUZ ANDREOTTI, G. (1991): *Tartessos como problema historiográfico: el espacio mítico y geográfico del occidente mediterráneo en las fuentes arcaicas y clásicas griegas*, Diss. Micr. Universidad de Málaga.
- CRUZ ANDREOTTI, G. (1991a): “Heródoto y Gades”, *Baetica* 13: 155-166.
- CRUZ ANDREOTTI, G. (1993): “Estrabón y el pasado turdetano: la recuperación del mito tartésico”, *Geographia Antiqua* 2: 13-31.
- CRUZ ANDREOTTI, G. (coord.) (1999): *Estrabón e Iberia. Nuevas perspectivas de estudio*, Málaga.
- CRUZ ANDREOTTI, G. (2007): “Acerca de Estrabón y la Turdetania-Bética”, en G. Cruz Andreotti, P. Le Roux y P. Moret (eds.), *La invención de una geografía de la Península Ibérica. II. La época imperial: 251-270*, Málaga-Madrid.
- CRUZ ANDREOTTI, G. (2008): “Acerca de las identidades meridionales en época prerromana: algunos planteamientos geográficos”, en F. Wulff y M. Álvarez Martí-Aguilar (coords.), *Identidades, culturas y territorios en la Andalucía prerromana: 297-316*, Málaga-Sevilla-Jaén.
- CRUZ ANDREOTTI, G. (2008a): “Geografía y *epos* en la Iberia antigua: a propósito de Estrabón y el Libro III”, en J. Martínez-Pinna y P. Anello (eds.), *Relaciones interculturales en el Mediterráneo antiguo: Sicilia e Iberia: 163-175*, Málaga.
- CRUZ ANDREOTTI, G. (2009): “La naturaleza histórica de la *Geografía* de Estrabón”, *EVPHROSYNE* 37: 131-144.
- DOMÍNGUEZ MONEDERO, A. (1995): “Libios, libiofenicios, blastofenicios: elementos púnicos y africanos en la Iberia Bárquida y sus supervivencias”, *Gerión* 13: 223-239.
- DOMÍNGUEZ MONEDERO, A. (2008): “Reseña a Cl. Gallazzi, B. Kramer, S. Settis et al. (eds.), *Il papiro di Artemidoro*, edito da, LED, Edizioni Universitarie di Lettere Economia Diritto, Milán, 2008 y L. CANFORA, *Il papiro di Artemidoro*, Bari: Laterza, 2008”, *AEspA* 81: 305-331.
- ESTRABÓN (2007): *Geografía de Iberia*. Trad. de F.J. Gómez Espelosín; Presentación, notas y comentarios de G. Cruz Andreotti, M.V. García Quintela y F.J. Gómez Espelosín, Madrid.
- FERNÁNDEZ GÖTZ, M.A. (2008): *La construcción arqueológica de la etnicidad*, A Coruña.
- FERRER ALBELDA, E. (2006): “¿Mastia en África?”, *L’Africa romana* XVI: 1997-2008.
- FERRER ALBELDA, E. (2007): “Fenicios y cartagineses en el Tartessos postcolonial”, en M. Bendala Galán y M. Belén Deamos (eds.), *El nacimiento de la ciudad: la Carmona protohistórica: 195-223*. Carmona-Sevilla.

- FERRER ALBELDA, E. (e.p.): “Más acá y más allá de las Columnas de Heracles. Mastia Tartesion y las limitaciones al comercio de Iberia”, en *Actas del Vº Coloquio del CEFYP celebrado en Madrid entre el 16 y 18 de abril de 2007*.
- FERRER ALBELDA, E. y ÁLVAREZ MARTÍ-AGUILAR, M. (2008): “Comunidad cívica e identidad en la Iberia púnica”, en F. Wulff y M. Álvarez Martí-Aguilar (coords.), *Identidades, culturas y territorios en la Andalucía prerromana: 205-235*, Málaga-Sevilla-Jaén.
- FERRER ALBELDA, E. y PRADOS PÉREZ, E. (2001-2002): “Bastetanos y bástulo-púnicos. Sobre la complejidad étnica del sureste de Iberia”, *Studia E. Cuadrado. AnMurcia* 17-18: 273-282.
- GALLAZZI, CL.; KRAMER, B.; SETTIS, S. et al. (eds.) (2008): *Il papiro di Artemidoro*, edito da, LED, Edizioni Universitarie di Lettere Economia Diritto, Milán.
- GANGUTIA, E. (1989): “La Península Ibérica en la tradición Homérica”, en *Actas del VII Congreso de Estudios Clásicos*, vol. III: 103-109. Madrid.
- GANGUTIA, E. (1998): en J. Mangas y D. Plácido (eds.), *Testimonia Hispaniae Antiqua*. vol. II A [THA II A]. *La Península Ibérica en los autores griegos: de Homero a Platón*. ed., trad. y coment. de *Inscriptiones Graecae Antiquissimae Iberiae*. ed., trad. y coment. de Helena Rodríguez Somolinos, Madrid.
- GARCÍA BELLIDO, A. (1963): “Hercules Gaditanus”, *AEspA* 26, nº 107-108: 70-153.
- GARCÍA FERNÁNDEZ, F.J. (2002): “Turdetania, Turdetanos y cultura turdetana”, *QTNAC* 31: 191-202.
- GARCÍA FERNÁNDEZ, F.J. (2002a): *Los turdetanos en la historia: análisis de los testimonios literarios grecolatinos*, Écija.
- GARCÍA FERNÁNDEZ, F.J. (2004): “Turdetania y turdetanos en la literatura greco-latina: nacimiento, desarrollo y transformación de la imagen paradigmática de una región de Occidente”, *Polis* 16: 61-108.
- GARCÍA FERNÁNDEZ, F.J. (2007): “Relaciones interétnicas e identidades culturales en Turdetania (siglos II a.C.-I d.C.)”, *CuPAUAM* 33: 117-143.
- GARCÍA MORENO, L.A. (1979): “Justino 44, 4 y la historia interna de Tartessos”, *AEA* 52, nº 139-140: 111-130.
- GARCÍA MORENO, L.A. (1993): “Hellenistic Ethnography and the Reing of Augustus in Pompeius Trogus”, *AW: Exploration and Colonization in the Ancient World* XXIV.2: 199-212.
- GASCÓ, F. (1987): “¿Curetes o Cunetes? Justino, XLIV, 4, 1”, *Gerión* 5: 184-194.
- GASCÓ, F. (1987b): “Gárgoris y Habis. La leyenda de los orígenes de Tartessos”, *Revista de Estudios Andaluces* 8: 127-145.

- GONZÁLEZ PONCE, F.J. (1995): *Avieno y el Periplo, Écija*.
- GRILLI, A. (1990): "Il mito dell'estremo occidente nella letteratura greca", en *La Magna Grecia e il lontano Occidente*. Atti del ventinovesimo Convegno di Studi sulla Magna Grecia. Taranto, 6-11 ottobre 1989: 9-26. Tarento.
- HANSEN, M.H. (1997): "Hekataios' use of the word polis in his Periegesis", en T.H. Nielsen (ed.), *Yet more studies in the Ancient Greek Polis*: 17-27. Stuttgart.
- HOZ, J. de (1989): "El desarrollo de la escritura y las lenguas en la zona meridional", en M^a E. Aubet (coord.), *Tartessos. Arqueología protohistórica del Bajo Guadalquivir*: 523-587. Barcelona.
- JACOB, Ch. (1986): "Cartographie et Rectification: essai de lecture des 'Prolégomènes' de la 'Géographie' de Strabon", en G. Maddoli (ed.), *Strabone. Contributi allo studio della personalità e dell'opera*, II: 30-64. Perugia.
- JACOB, Ch. (1998): "La bibliothèque, la carte et le traité. Les formes de l'accumulation du savoir à Alexandrie", en G. Argoud y J.Y. Guillaumin (eds.), *Sciences exactes et sciences appliquées à Alexandrie (IIIe siècle av. J.-C-Ier siècle ap. J.-C)*. Actes du Coll. Inter. de Saint-Étienne (6-8 juin 1996): 19-37. Saint-Etienne.
- JACOB, Ch. (2008): *Geografía y etnografía en la Grecia antigua*, Barcelona.
- JACOBY, F. (1923): *Die Fragmente der Griechischen Historiker*, Berlín.
- JANNI, P. (1997): "Los límites del mundo entre el mito y la realidad: evolución de una imagen", en A. Pérez Jiménez y G. Cruz Andreotti (eds.), *Los límites de la tierra: el espacio geográfico en las culturas mediterráneas*. Serie *Mediterranea*, n^o 3: 23-40, Madrid [1998].
- LÓPEZ PARDO, F. (2005): "Crono y Briareo en el umbral del Océano. Un recorrido por la historia mítica de los viajes al confín del Occidente hasta los albores de la colonización", en V. Peña, A. Mederos y C. G. Wagner, (eds.), *La navegación fenicia. Tecnología naval y derroteros*: 1-42. Madrid.
- LÓPEZ PARDO, F. (2007): "Un nombre fenicio para Atlas", *Gerión*, vol. extra: 133-141.
- MADDOLI, G. (ed.) (1986): *Strabone. Contributi allo studio della personalità e dell'opera*, vol. II, Perugia.
- MARCOTTE, D. (2002): "Introduction générale", en *Géographes grecs*. T. 1. *Introduction générale*. Ps.-Scymnos, *Circuit de la terre*, París: Belles Lettres.
- MARCOTTE, D. (2006): "De l'ibérie à la celtique: géographie et chronographie du monde occidental avant Polybe", en G. Cruz Andreotti, P. Le Roux y P. Moret (eds.), *La invención de una geografía de la Península Ibérica*. I. *La época republicana: 35-54*. Málaga - Madrid.

- MARÍN CEBALLOS, M^a C. y JIMÉNEZ FLORES, A.M^a. (2004): “Los santuarios fenicio-púnicos como fuentes de sabiduría: el templo de Melqart en Gadir”, *Huelva Arqueológica* 20: 215-239.
- MEYER, E. (1931): *Geschichte des Altertums*, vol. 11.2, Stuttgart & Berlín.
- MORET, P. (2002): “*Mastia Tarseion* y el problema geográfico del Segundo Tratado entre Cartago y Roma”, *Mainake* XXIV: 257-276.
- MORET, P. (2004): “Ethnos ou ethníe? Avatars anciens et modernes des noms de peuples ibères”, en G. Cruz Andreotti y B. Mora Serrano (coords.), *Identidades étnicas - identidades políticas en el mundo prerromano hispano*: 31-62, Málaga.
- MORET, P. (2006): “La formation d’une toponymie et d’une ethnonymie grecques de l’Ibérie: étapes et acteurs”, en G. Cruz Andreotti, P. Le Roux y P. Moret (eds.), *La invención de una geografía de la Península Ibérica. I. La época republicana*: 39-76, Málaga - Madrid.
- MORET, P. (e.p.): “Les ethnonymes et les choronymes hispaniques dans Tite-Live. Première approche graphique et réflexions sur un cas exemplaire: *Turta, Turdetani, Turdetania*”, en *L’invention de l’Ibérie. Regards grecs et romains sur l’Extrême Occident*, Madrid, Casa de Velázquez.
- MORR, J. (1926): *Die Quellen von Strabons dritten Buch*, Leipzig.
- NENCI, G. (1954): “Introduzione”, *Hecateo Milesii. Fragmenta*: IX-XXXII, Florencia.
- NICOLET, Cl. (1989): *Le inventario del mondo. Geografia e politica alle origini dell’impero romano*, Roma-Bari.
- PEREIRA, G. (1988): “Cambios estructurales *versus* romanización convencional. La transformación del paisaje político en el norte de Hispania”, en J. González y J. Arce (eds.), *Estudios sobre la Tabula Siarensis*: 245-258, Madrid.
- PEREIRA, G. (1992): “Aproximación crítica al estudio de la etnogénesis: la experiencia de Callaecia”, en M. Almagro-Gorbea y G. Ruiz Zapatero (eds.), *Paleoetnología de la Península Ibérica*: 35-44, Madrid.
- PÉREZ VILATELA, L. (1991): “Etnias y divisiones interprovinciales hispano-romanas en Estrabón”, *Klio* 73: 459-467.
- PRALON, D. (2000): “Les pérégrinations des Phocéens (540 avant J.-C.). Hérodote, *Histoires* I 163-167”, en *Cosmopolitisme et Antiquité. Méditerranées. Revue de l’association Méditerranées* 25: 13-26.
- PRONTERA, F. (ed.) (1984): *Strabone. Contributi allo studio della personalità e dell’opera*, vol. I, Perugia.
- PRONTERA, F. (1990): “L’Estremo Occidente nella concezione geografica dei Greci”, en *La Magna Grecia e il lontano Occidente. Atti del ventinovesimo convegno di studi sulla Magna Grecia. Taranto, 6-11 ottobre 1989*: 55-82. Taranto.

- PRONTERA, F. (1999): “Notas sobre Iberia en la Geografía de Estrabón”, en G. Cruz Andreotti (coord.), *Estrabón e Iberia: Nuevas perspectivas de estudio*: 17-29, Málaga (= en ID., *Otra forma de mirar el espacio: Geografía e Historia en la Grecia antigua*: 87-101, Málaga, 2003).
- PRONTERA, F. (2001): “Hekataios und die Erdkarte des Herodot”, en D. Papenfub & V.M. Strocka (dirs.), *Gab es das Griechische Wunder? Griechenland zwischen dem Ende des 6. und der Mitte des 5. Jahrhunderts v. Chr.* (Tagungsbeiträge des 16. Fachsymposiums der Alexander von Humboldt-Stiftung veranstaltet vom 5. bis 9. April 1999 in Freiburg im Breisgau): 127-136, Mainz.
- PRONTERA, F. (2003): “Identidad étnica, confines y fronteras en el mundo griego”, en *Otra forma de mirar el espacio: Geografía e Historia en la Grecia antigua*: 103-120, Málaga.
- PRONTERA, F. (2003a): “Acerca de la exégesis helenística de la geografía homérica”, en *Otra forma de mirar el espacio: Geografía e Historia en la Grecia antigua*: 11-26, Málaga.
- PRONTERA, F. (2006): “La Penisola Iberica nella cartografia ellenistica”, en G. Cruz Andreotti, P. Le Roux y P. Moret (eds.), *La invención de una geografía de la Península Ibérica. I. La época republicana*: 15-29, Málaga - Madrid.
- RODRÍGUEZ ADRADOS, F. (2000): “Topónimos griegos en Iberia y Tartessos”, *Emerita* LXVIII.1: 1-18.
- SÁNCHEZ JIMÉNEZ, F. (2008): “Timeo y la Península Ibérica”, en J. Martínez-Pinna y P. Anello (eds.), *Relaciones interculturales en el Mediterráneo antiguo: Sicilia e Iberia*: 125-169, Málaga.
- SCHULTEN, A. (1925): *Fontes Hispaniae Antiquae*, vol. II, Barcelona.
- TRAINA, G. (2008): “Introduzione. Imperi, città e spazio mediterraneo dal 343 al 27 a.C.”, en *Storia d'Europa e del Mediterraneo*, vol. V: 17-48. Roma.
- TROTTA, F. (1999): “Estrabón, el libro III y la tradición geográfica”, en G. Cruz Andreotti (coord.), *Estrabón e Iberia. Nuevas perspectivas de estudio*: 81-99. Málaga.
- UNTERMANN, J. (2004): “Célticos y túrdulos”, *Palaeohispanica* 4: 199-214.
- WHITEHEAD, D. (1994): “Site-Classification and reliability in Stephanus of Byzantium”, en ID. (ed.), *From Political Architecture to Stephanus Byzantium. Sources for the Ancient Greek Polis*: 99-124. Stuttgart.
- WULFF, F. (2004): *Historia de Numancia, de Adolf Schulten*, Pamplona.



EL CARAMBOLO Y LA CONSTRUCCIÓN DE LA ARQUEOLOGÍA TARTÉSICA*

JOSÉ LUIS ESCACENA CARRASCO
Universidad de Sevilla

ESTAMOS DE MUDANZA

La literatura científica referida al Carambolo ha reclamado una y mil veces la ubicación en este cabezo sevillano de un asentamiento tartésico del Bronce Final, es decir, de un poblado que existiría antes de hacerse efectiva la presencia fenicia en la cuenca inferior del Guadalquivir. Las fechas atribuidas a sus restos arqueológicos más característicos habrían logrado afianzar supuestamente tal interpretación. Pero esta hipótesis no ha sido la única propuesta. Por el contrario, desde que se halló el tesoro hace ahora medio siglo, se abrió camino también, aunque de forma mucho más tímida, la defensa de que ciertos descubrimientos podrían insinuar un contexto sagrado. Así las cosas, y sobre todo debido a la fuerte influencia de J. Maluquer de Motes en el pensamiento arqueológico hispano de hace cincuenta años, continuado en la escuela catalana de sus discípulos hasta entrado el siglo XXI, la idea de que en El Carambolo se ubicara un centro ceremonial religioso y no un mero hábitat subsistió largo tiempo sólo en situación embrionaria. Con una propuesta que puede evaluarse hoy casi como una leve insinuación, el propio Carriazo mostró su disposición a aceptar explicaciones alternativas a la que reconocía en El Carambolo una simple aldea. Pero el hecho de que allí se había emplazado un templo lo adelantó de manera mucho más explícita A. Blanco Freijeiro al final de la década de los setenta del pasado siglo. Con motivo de una publicación sobre la historia más antigua de *Hispalis*, desde su cátedra de Arqueología Clásica de la Universidad de Sevilla propuso la existencia en ese cerro de la cornisa oriental del Aljarafe de un santuario tartésico en un establecimiento también tartésico. Aun reconociendo los innegables influjos orientales sobre el yacimiento, que se

* Trabajo realizado en el marco de los proyectos HUM2007-63419/HIST y HAR2008-01119, y dentro del Grupo HUM-402 del III Plan Andaluz de Investigación.



manifestaban para él y para otros autores sobre todo en el tesoro que tanta fama otorgó al sitio desde su hallazgo, no advirtió que el exvoto de Astarté del Museo Arqueológico Hispalense, cuya aparición en el propio Carambolo él mismo contribuyó a esclarecer, sugería estrechos lazos semitas para aquel enclave. Disponía de tanto arraigo historiográfico por entonces el apriorismo axiomático «fenicios en el litoral/tartesios en el interior», que todo elemento arqueológico oriental descubierto en las áreas no costeras del mediodía ibérico se suponía producto de la aculturación de la gente local, nunca de la presencia fenicia directa y efectiva en esos ámbitos. No en vano, cuando se halló el tesoro de El Carambolo y se procedió a la primera excavación del yacimiento, tenía ya más de medio siglo la idea defendida por G. Bonsor a finales del XIX de una implantación de comunidades orientales en la comarca sevillana de los Alcores, con lo que tal propuesta había sido mayoritariamente olvidada por los especialistas.

En contra de las bases interpretativas que dominaban los contextos académicos, trabajos posteriores reclamaron para El Carambolo de nuevo el papel de santuario. A la vez, defendían la existencia en ese sitio de un asentamiento subsidiario nacido al calor del templo. A diferencia de lo que había sospechado A. Blanco, no se trataría tanto de un poblado con su templo como de un templo con su poblado, matiz especialmente interesante a la hora de explicar el registro arqueológico del lugar y el de sus alrededores. Para este nuevo enfoque, a lo largo de los últimos años del siglo XX algunas publicaciones habían allanado el camino para la asimilación de los postreros hallazgos, sobre todo porque habían descubierto ciertos rasgos de carácter religioso en algunos ajuares exhumados en el yacimiento.

Las excavaciones recientes en la parte superior del cabezo, llevadas a cabo entre 2001 y 2005 en el sector que hace cincuenta años se denominó por primera vez “fondo de cabaña” o “Carambolo Alto”, han reforzado la interpretación del complejo arquitectónico descubierto como recinto de culto. Se trataría básicamente de un santuario que los fenicios habrían levantado en honor de Astarté a la vez que fundaban Sevilla, todo ello ya en la segunda mitad del siglo IX a.C. Y, aunque el edificio comenzó como una humilde construcción de dos capillas con acceso desde un patio delantero, por lo que hoy sabemos acabó como el mayor templo levantado en el área tartésica durante la fase arcaica de la colonización fenicia.

Para la arqueología de Tartessos, la consecuencia más profunda de toda esta verdadera transmutación de El Carambolo ha sido que toda la información arqueológica obtenida en dicho enclave, tenida durante cinco décadas como la más genuina guía de lo que habría caracterizado a la cultura material tartésica, ha quedado drásticamente negada como tal señal de identidad.

Y ahora, desmontado aquel armazón, se hace necesario construir otra explicación distinta, una propuesta que, en cualquier caso, no encontrará sus mayores escollos en la falta de datos sino en el Leviatán académico, plenamente dispuesto como siempre a resistir con su inmenso poder al cambio de paradigma. Parece así que el monstruo de la inercia se impondrá de nuevo durante un tiempo sobre la experiencia obtenida por los historiadores de la ciencia, aquella que nos alerta sobre las muchas veces que los investigadores han tenido que volver a empezar.

Las líneas que siguen pretenden ser un relato crítico de esta historia. Pero en esta narración podrá comprobar el lector cómo la mudanza principal, que ha llevado al Carambolo de poblado indígena a santuario fenicio, no se ha producido en el yacimiento, que siempre fue el mismo. Por el contrario, tal evolución ha ido operándose conforme arraigaban nuevos enfoques teóricos y metodológicos en el quehacer de los especialistas. No han podido aún transformar su interpretación, por tanto, quienes todavía no han cambiado sus mentes.

EL CARAMBOLO INDÍGENA Y LA PATERNIDAD DE SEVILLA

El 30 de septiembre de 1958 se hallaba en El Carambolo un conjunto de joyas de oro que acaparó la atención de los expertos, de la prensa y de toda la sociedad de la época. Desde el punto de vista de los arqueólogos de entonces, Tartessos dejó de ser de inmediato una cultura legendaria para adquirir carta de naturaleza corpórea, hasta el punto de que tal hallazgo se ha considerado un verdadero cambio de era en la historiografía de la protohistoria meridional hispana (Maluquer de Motes 1963: 301; Pellicer 1976: 235; Bendala 2000: 43-51). A raíz de aquel descubrimiento fortuito, pero más que nada desde los trabajos de campo iniciados al poco tiempo, todas las líneas de investigación consagradas al estudio de los datos allí rescatados asumieron sin más que el sitio debía ser un poblado tartésico, es decir, un asentamiento de los pueblos indígenas que los fenicios habrían encontrado al llegar a las costas andaluzas y fundar Cádiz. Esta premisa constituyó un axioma en el sentido científico del término, es decir, algo que se suponía no necesitado de demostración, condición que ha presidido otras muchas investigaciones sobre el yacimiento y, a decir de ciertos investigadores, de algunos de sus ajuares más sobresalientes (Casado 2003). Iba por entonces para cincuenta años que G. Bonsor (1899) había defendido la existencia de comunidades agrícolas de procedencia oriental en el Bajo Guadalquivir, en concreto en la comarca sevillana de los Alcores, y tan largo periodo de

tiempo había restado fuerza a la propuesta del estudioso inglés sin que en realidad hubiese existido un ataque frontal a la misma con argumentos y datos. Se imponía cada vez más la idea, heredera de una tradición historiográfica meramente filológica y aun así muy sesgada, de que los fenicios restringieron sus viajes por Occidente a operaciones comerciales y a una presencia minoritaria. Esa gente sólo habría ocupado, por supuesto, unos pocos puntos de la costa en aquellos territorios ibéricos que alcanzaron. Tal esquema de pensamiento ha imperado en la literatura arqueológica durante la segunda mitad del siglo XX.

Acorde con tal visión de las cosas, El Carambolo, en la actualidad distante del mar en torno a 80 km en línea recta, no podía ser más que un asentamiento de la gente del país, y las cosas de tipología oriental halladas en él producto sólo del mercadeo. Todavía hoy, algunas obras de especialistas de reconocido prestigio recogen sólo esta lectura (cf. Aubet 2009a: 268, 279 y 291-293). En esta explicación entraba la cerámica de barniz rojo, pero también las ánforas fenicias y algunos otros materiales. Es más, por aquello de que las hipótesis son más válidas desde el punto de vista científico cuanto más explican, hay que reconocer que esta tesis se robustecía porque daba cuenta igualmente de los aspectos simbólicos de origen oriental transferidos a las comunidades locales por un fenómeno de aculturación. El propio tesoro era fiel reflejo de esos préstamos intergrupales, porque, tanto en sus técnicas de elaboración como en su diseño y temas decorativos, mostraba el reflejo de dos universos en contacto, el occidental atlántico y el oriental mediterráneo. En este caldo de cultivo triunfó, como no podía ser de otra forma, el término *orientalizante* en calidad de útil adjetivo aplicable a objetos, a tumbas, a viviendas, a decoraciones cerámicas, a conductas religiosas y a técnicas metalúrgicas, cuando no a toda una sociedad y a la época que a ésta le tocó vivir. En relación con El Carambolo, la explicación sólo fallaba cuando pretendía dar cuenta de uno de los objetos más singulares, hallado en ese cabezo al parecer poco antes del tesoro según intentó aclarar A. Blanco (1979: 98): el exvoto de Astarté que conserva el Museo Arqueológico de Sevilla. Porque, si en otros elementos podían encontrarse posibles huellas de sincretismo según los criterios dominantes en esta concepción arqueológica de Tartessos, en esa figurilla nada había atribuible a los indígenas según estos mismos baremos. Por ello se echó mano alguna vez de consideraciones que incluían su interpretación como mera chatarra o, mejor aún, como un simple regalo a aristócratas autóctonos. Por eso, la Astarté de El Carambolo fue para R. Olmos (1992: 45), y es aún para M.E. Aubet (2009a: 293-294), un bien de prestigio de las elites tartésicas autóctonas, que podían adquirirle a los fenicios tan exótico y lujoso objeto. Para que esta explicación denote

coherencia interna al estilo kuhniano, y por tanto cuenta con un criterio más de científicidad según requieren las valoraciones epistémicas (Ruse 2001: 49), es necesario asumir que esos nativos desconocían por supuesto cualquier significado de la imagen allí representada e ignoraban lo que dice la inscripción fenicia grabada a sus pies. Esta posición ha sido explicitada de hecho por la propia Aubet, si no para la figurilla de El Carambolo sí para la iconografía plasmada en los marfiles funerarios, destinados según la autora a clases sociales intermedias en la jerarquía social. Porque las escenas representadas en ellos no narrarían nada, sino que reiterarían elementos ornamentales con los que no se quería transmitir ningún mensaje simbólico o mítico (Aubet 2009b: 292). Se ha perfilado así hasta sus máximas consecuencias, y procurando no dejar ningún fleco suelto, una explicación *ad hoc* para que tan embarazoso icono, el único indudable que tenemos de Astarté en todo el Mediterráneo porque así lo dice la leyenda de su escabel (Bonnet 1996: 127-131), tenga cabida en la hipótesis de un Carambolo interior –cosa que por cierto no era en absoluto–, aborigen y orientalizado.

Desde estos planteamientos, la cornisa oriental del Aljarafe, que se asoma al valle del Guadalquivir desde Valencina hasta La Puebla del Río, habría estado densamente ocupada por los tartesios precoloniales antes de la llegada de los fenicios. Se imaginaba un enjambre de asentamientos donde en realidad sólo se conocían dos: el propio Carambolo y el Cerro de San Juan de Coria del Río. De hecho, de este segundo sitio, donde nació la antigua ciudad de *Caura*, procedían también hallazgos singulares de época tartésica (Blanco 1976: 10; Pellicer 1976-78: 20; Belén 1986: 266; Belén y Pereira 1985: 333-335; Ruiz Mata 1977: 98-108). Lo propio se asumía para la orilla izquierda del Guadalquivir con un único lugar conocido con ocupación protohistórica, el de la Universidad Laboral de Sevilla (Fernández Gómez y Alonso 1985). Y desde esta supuesta población del Bronce Final, rebosante en su demografía sólo en la mente de algunos investigadores, se asumía, muchas veces de forma no explícita, que se habrían desgajado los fundadores de Sevilla. Por eso, el eco final de tal tradición historiográfica se puso por escrito en artículos en los que se defendía de manera abierta que El Carambolo fue el enclave que proporcionó el primer contingente poblacional de **Spal* > *Hispalis* (Pellicer 1997: 248).

La hipótesis resultaba agradable a los cronistas locales sevillanos. Dada la riqueza de El Carambolo y de su tesoro, tamaño paternidad era tan heroica para la arqueología como lo había sido la fundación hercúlea para la tradición historiográfica literaria. Además, para los especialistas en este mundo se añadía a esas raíces prehistóricas, evocadoras por lo menos de la dinastía de Gerión, la posibilidad de una unión directa entre la espectacular

arquitectura dolménica del Aljarafe y Tartessos. De hecho, cuando se descubrió El Carambolo todavía contaba con un fuerte predicamento la tesis de Gómez Moreno (1905) de que los megalitos andaluces constituían la primera muestra de arquitectura noble tartésica. Una concepción lineal y gradualista de los cambios culturales, aplicada en este caso al urbanismo de la Prehistoria reciente y fuertemente arraigada entre quienes han confundido evolución con progreso, presidía cualquier tipo de análisis. De ahí que haya llegado hasta hoy la defensa de que las chozas circulares de época tartésica tienen su origen en las de la Edad del Cobre (cf. Ruiz Mata y González Rodríguez 1994: 225). Yo mismo, ahora tan alejado de esta perspectiva pero formado en ella, me mostré especialmente deudor de dicha tradición cuando publiqué uno de mis primeros trabajos, un artículo en el que establecía una división trifásica, continuista y sin hiatos, de los primeros estadios del urbanismo en la zona (Escacena 1983); y contemplo un poco atónito cómo aquella interpretación mía con la que ya tanto discrepo es aún reivindicada por otros colegas (cf. Gómez Toscano 1999). Por esta causa, tampoco una Sevilla surgida a expensas de El Carambolo era rechazable, sino todo lo contrario, para la mayor parte de los arqueólogos.

Cuando el “fondo de cabaña” encontrado por Carriazo en la zona alta de El Carambolo era sólo eso, un fondo de cabaña, casi nadie dudó de que aquellos indígenas dueños de tan fabuloso tesoro, herederos para casi todos los investigadores de las poblaciones del cercano asentamiento calcolítico de Valencina, podrían haber sido los dignos fundadores de Sevilla. Para hacer esta historia un poco más peculiar y paradójica, sólo el mismo Carriazo puede ser considerado en parte el germen de los posteriores cambios drásticos que experimentaría la tesis tradicional.

LA CABAÑA QUE NUNCA LO FUE

Cuando apareció el tesoro de El Carambolo, Carriazo solicitó al profesor Maluquer de Motes, a la sazón catedrático de Prehistoria en la Universidad de Salamanca, que acudiese a Sevilla. Don Juan Maluquer accedió a la invitación y asistió unos días a la excavación de El Carambolo. Los trabajos se desarrollaban entonces, cuando aún no se había descubierto el llamado luego “poblado bajo”, sólo en la zona alta del cabezo, lugar del espectacular hallazgo. Durante ese tiempo de estancia en Sevilla, el ya prestigioso profesor Maluquer pudo estudiar la estratigrafía del yacimiento en aquel punto, y elaboró una lectura de la misma luego usada por el propio Carriazo en sus publicaciones posteriores. Sus notas y los dibujos originales de su libreta de campo (Maluquer de Motes 1992), publicados y comentados más tarde por

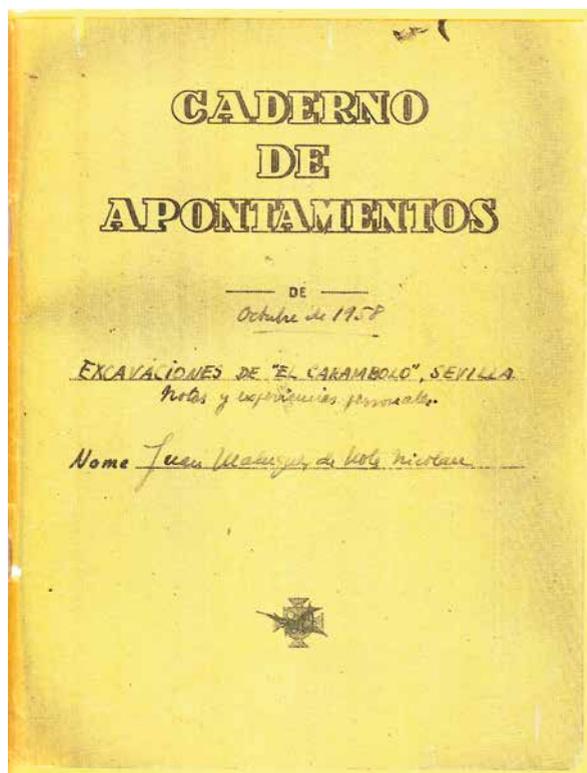


Figura 1. Cubierta del diario de excavaciones que Maluquer elaboró durante su estancia en El Carambolo

su discípula M.E. Aubet, constituyen el ya famoso *caderno de apontamentos* del catedrático catalán, que él mismo tituló de su puño y letra *Excavaciones de "El Carambolo", Sevilla. Notas y experiencias personales* (Fig. 1).

Pues bien, en esas primeras impresiones de campo, su autor cita por primera vez una función concreta para el lugar donde había aparecido el tesoro. Lo califica en dos ocasiones de "vivienda". Sin embargo, no habla para nada de la forma que ésta tendría ni ofrece argumento alguno en apoyo de tal afirmación. Tampoco lo hace en el número de *Zephyrus* correspondiente a 1958, donde introdujo una primera referencia a los hallazgos de El Carambolo y los situó en un "poblado" que existiría allí cuando se ocultó el tesoro (Maluquer de Motes 1958: 203). Por tales razones, es posible que la identificación de la mancha oval encontrada en aquella primera intervención con un fondo de cabaña proceda del propio equipo que intervino en la excavación. El mismo Maluquer refirió en el artículo recién citado de *Zephyrus* que, a pesar de que Carriazo dirigía los trabajos de campo, quienes llevaron más directamente la tarea diaria fueron C. Fernández-Chicarro y

F. Collantes de Terán (Maluquer de Motes 1958: 203)¹. Por eso, es posible que fuera el segundo quien más influyera en el uso del término “fondo de cabaña”, luego generalizado a toda la historiografía del yacimiento. De hecho, F. Collantes de Terán llevaba más directamente que el propio Carriazo muchas actuaciones arqueológicas de la entonces denominada *Delegación de Zona del Servicio Nacional de Excavaciones*, y estaba habituado a trabajar en yacimientos del Bajo Guadalquivir con abundantes estructuras semiexcavadas en el subsuelo.

Fuese o no así, Carriazo usó este término con profusión en sus publicaciones sobre El Carambolo, pues tenía también experiencia de campo sobre viviendas cuasi subterráneas en otros sitios no muy distantes de El Carambolo, por ejemplo en el llamado por él mismo “campo de silos” de La Puebla del Río (Carriazo 1974: 157). Pero también sembró la duda sobre la función de tal estructura a la vez que daba a conocer extensamente los resultados de sus investigaciones sobre El Carambolo, porque llegó a insinuar otros papeles para aquella gran mancha ovalada de ceniza (Fig. 2). Citó así la posibilidad concreta de que fuese una pira funeraria (Carriazo 1970: 58-59; 1973: 233-234).

De estas dos posibilidades sólo fue tenida en cuenta la primera, de nuevo convertida en un axioma como tantas otras cosas aparecidas en el yacimiento. Tal vez contribuyó a ello el hecho de que el propio Maluquer no expresara dudas al respecto, pues la primera sospecha relativamente trabajada de una función distinta no aparecerá ante la comunidad científica hasta 1979, cuando A. Blanco Freijeiro propone interpretar la estructura encontrada en la cima del cerro como un posible templo, muy humilde en su arquitectura pero muy rico en sus materiales arqueológicos, característica observada en el mundo helénico durante el Geométrico y el Orientalizante, en el que según Blanco los santuarios “sólo por la singularidad de los ajuares se distinguían de las casas” (Blanco 1979: 95-96).

En la literatura arqueológica sobre Tartessos posterior a los años setenta del siglo XX, o por lo menos entre ciertos autores, el término “fondo de cabaña” fue perdiendo el significado funcional al que se refería en principio, y acabó por equivaler en muchas ocasiones sólo a “Carambolo Alto”, el sitio de aparición del tesoro y que Carriazo había distinguido del “Poblado Bajo”.

1. En aquellas fechas de octubre de 1858, recién aparecido el tesoro, Maluquer estuvo en El Carambolo sólo tres días, y no completos: la tarde del jueves 16, el viernes 17 y la mañana del sábado 18. Tal vez por esta permanencia tan breve incluye algún que otro error en el nombre de los excavadores, a los que llama en el artículo de *Zephyrus* “Concepción Chicarro y S. Collantes”. En su cuaderno de notas de campo aludió al segundo sólo como “Collantes” (Maluquer de Motes 1992: 2).

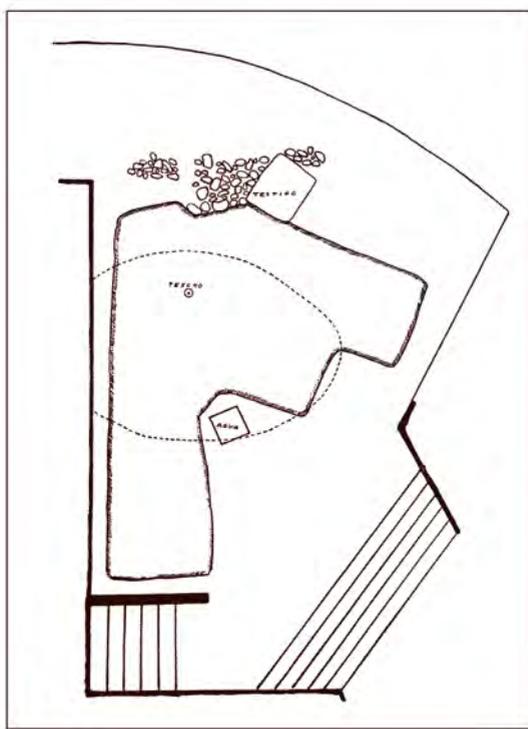


Figura 2. Planta del área excavada en El Carambolo Alto por Carriazo. La estructura oval del centro se interpretó en 1958 como fondo de cabaña

Sin embargo, varios grupos de investigadores se aferraron más estrechamente a ese papel funcional de la estructura. Destaca entre ellos M. Almagro-Gorbea (1977: 140-141), quien reconoce de hecho un relleno paulatino de la misma y por tanto la posibilidad de una cronología relativamente dilatada para los materiales contenidos en ella; pero sobre todo M.E. Aubet (1992: 33-34; 1992-93: 331-332), que insistió en ese papel de la fosa como representación más singular de las casas de un extenso poblado. Tal explicación se ha perpetuado de forma clónica en algunos de los discípulos más fieles de ambos maestros. Por eso, todavía a principios del siglo XXI se mantenía esa propuesta en M. Torres (2002: 273 ss.) o en A. Delgado (2005: 587-591) entre otros. Para D. Ruiz Mata y R. González Rodríguez (1994: 210 y 225), estaríamos además ante de una tradición arquitectónica arraigada en el Calcolítico local, una idea evocadora de la que Gómez Moreno había defendido para la arquitectura megalítica de la zona como ya he señalado.

En una línea distinta, J.M. Blázquez se hizo eco de la idea de A. Blanco sobre la posibilidad de ubicar en El Carambolo Alto un pequeño lugar de culto. Sin dejar de reconocer una construcción en aquella mancha cenicienta de planta oval, asumió, como Blanco, que en aquel promontorio se habría

adorado a Astarté, y que el tesoro formaría parte del ajuar litúrgico de los cultos celebrados en honor de la diosa (Blázquez 1995: 115). Aceptaba así los dos postulados esenciales de A. Blanco: que allí hubo un lugar de culto y que la divinidad al que estaba consagrado dicho enclave era la diosa fenicia. De hecho, y como ya he avanzado, A. Blanco Freijeiro había sido también uno de los primeros en vincular estrechamente el exvoto de bronce de la diosa que custodia el Museo Arqueológico de Sevilla con el yacimiento de El Carambolo (Blanco 1968: nota 5; 1979: 98).

Si el conocimiento científico dependiera de la aceptación de consensos mayoritarios, hay que asentir en que el lugar concreto del hallazgo del tesoro ha sido durante cincuenta años un verdadero fondo de cabaña. La inmensa mayoría de los arqueólogos lo pensaba. Se trataba además de la escasa información conseguida en 1958 de un poblado creído indígena cuya datación preferencia, asumida también por casi todos, se habría visto reforzada cuando se extendió el uso de las pruebas radiocarbónicas. De hecho, los contextos supuestamente coetáneos a este asentamiento habrían ofrecido fechas que se tenían por anteriores a la presencia semita en la Península Ibérica (Castro y otros 1996: 198). No obstante, como Carriazo (1973: 292-293) insistió en la presencia de datos que reflejarían el carácter sagrado del lugar, la hipótesis de que El Carambolo fuera, por tanto, un centro religioso más que un asentamiento común, explicitada con mayor énfasis por Blanco como he adelantado, fue retomada luego por M. Belén y por mí mismo. Así, desde fines del pasado siglo avanzamos la idea de que El Carambolo fue básicamente un santuario con sus servicios anejos, y no una ciudad con su correspondiente templo (Belén y Escacena 1997: 113). En esta explicación, lo que fuera antes fondo de cabaña quedaba como un *bóthros*, sobre la corona del cerro, asociado a un centro religioso construido por los fenicios para Astarté. A la luz de lo que hoy es El Carambolo (cf. Fernández Flores y Rodríguez Azogue 2007), está claro que también esta última explicación tenía sus fallos. Nadie podía sospechar de hecho, antes de los últimos trabajos, que debajo de las instalaciones deportivas del Tiro de Pichón se encontrarán aún los restos evidentes de ese santuario. Lo negaba incluso una prospección geofísica por entonces recién terminada, que revelaba la inexistencia de muchas más estructuras que las ya detectadas en su día por Carriazo². Por eso, esta explicación previa a las últimas excavaciones ubicó erróneamente el edificio de culto en El Carambolo Bajo. En cualquier caso, diversas aportaciones puntuales prepararon también el camino para aceptar el fuerte impacto que

2. Informe inédito elaborado por la empresa Terra Nova LTd. por encargo de la Delegación Provincial de Sevilla de la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía.

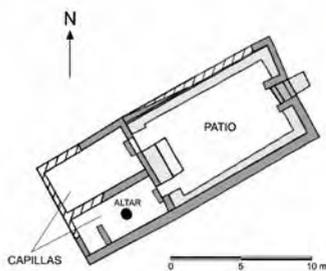


Figura 3. El Carambolo hoy. Santuario inicial (Carambolo V). Planta (izquierda) y reconstrucción hipotética (derecha). La imagen virtual ha sido elaborada por el grupo Antinoo con el asesoramiento del autor

causarían los hallazgos recientes, porque insistieron en artículos y reuniones científicas en el carácter cúltrico de algunas piezas (Izquierdo y Escacena 1998) y en un cambio radical de la función del tesoro, que de joyas reales pasaron a tenerse por atalaje para engalanar toros destinados al sacrificio y ajuar litúrgico del sacerdote encargado del correspondiente rito (Amores y Escacena 2003).

De forma creciente, los trabajos en la parte superior del cabezo han ido confirmando, en fin, la segunda hipótesis, aquella que veía en el cerro un complejo cultural. Según estas últimas excavaciones, el edificio se inició como una sencilla estructura rectangular con eje este-oeste y sólo con tres espacios internos: un patio y dos estancias cubiertas al fondo de éste (Fig. 3). Se entraba por la fachada oriental, a través de una pequeña puerta que contaba con una rampa de suave pendiente para subir hasta el umbral desde el exterior y dos escalones para bajar al interior. Tanto el umbral como los dos peldaños internos se pavimentaron con conchas marinas del género *Glycymeris*. Cada habitación del fondo del edificio disponía de un acceso independiente desde el patio. Aunque estas dos capillas aparecieron destruidas parcialmente por obras modernas, la meridional mostraba en su centro un altar circular. Dicho altar se fabricó con barro amarillento, y presentaba hacia el este una especie de prolongación, muy mal conservada, que se hizo con el mismo tipo de arcilla. En conjunto, este ara más vieja pudo disponer de un diseño parecido al altar redondo de la fase C del santuario extremeño de Cancho Roano (cf. Celestino 2001: 28-30). Los análisis radiocarbónicos sitúan este templo más arcaico, levantado sobre un cabezo entonces deshabitado, en la segunda mitad del siglo IX a.C., y desmontan por tanto la línea historiográfica que



Figura 4. El Carambolo boy. Fase de máximo desarrollo del santuario (Carambolo IV y III). Planta (izquierda) y reconstrucción hipotética (derecha). La imagen virtual ha sido elaborada por el grupo Antinoo con el asesoramiento del autor

sostenía la existencia en aquel emplazamiento de un poblado indígena a la llegada de los primeros influjos fenicios.

En un segundo momento, ya del siglo VIII a.C., este humilde santuario se desmonta, y su solar será en adelante patio trasero central de un enorme complejo templario con planta de tendencia cuadrada (Fig. 4). A esta etapa de grandes reformas se suma la construcción de un gran espacio abierto de entrada pavimentado con cantos rodados y de un conjunto de estancias rectangulares al fondo que se articulan en torno al patio central que antes fuera primer edificio. Separando estos dos ámbitos –gran explanada de entrada y salas del fondo– se extiende una zona, tal vez porticada, con un suelo de conchas marinas de la misma especie que forraba la escalinata de entrada al templo primitivo. Compone así esta superficie una especie de nártex que debió estar techado para impedir el deterioro de tan delicado pavimento. En cualquier caso, la erosión producida sobre esta especie de mosaico porticado, especialmente la ocasionada por el tránsito de personas, pudo producir en su día un fuerte contraste cromático entre el color claro de la superficie convexa de las conchas y el rojo de los intersticios que quedaban entre ellas, porque es posible que en algún momento las conchas hubiesen recibido una mano de pintura roja, o bien que se aplicara este color a toda la superficie antes de colocar los moluscos. La alternancia de rojos y blancos caracteriza de hecho a algunas de las habitaciones más sagradas del santuario.

Al norte del pequeño patio del fondo, aunque separado de éste por un área de servicio alargada, se construyó una capilla con bancos adosados a sus paredes longitudinales, que se pintaron precisamente de blanco y rojo. Este último color se aplicó sucesivamente al suelo de la estancia mediante delicadas capas de color. Hacia el fondo de esta capilla, a la que se accedía

desde el nártex de conchas, existió en su día una especie de pilar de adobes –en su mayor parte arrasado por remociones modernas– que, por simetría con la estancia similar situada al sur del patio interior, podría ser la base de un altar.

La capilla que en mejores condiciones nos ha llegado de esta fase es la situada al sur del patio central trasero, separada de éste por una estancia más estrecha destinada al parecer a la preparación de ofrendas. De esta forma, el edificio adquiriría un núcleo central diseñado con simetría casi perfecta. También esta *cella* contaba con bancos de adobe adosados a las paredes, cuyos flancos se decoraron en parte con un ajedrezado tricolor en rojo, negro y amarillo, esta última tonalidad conseguida mediante reserva de pintura para dejar libre el tono pajizo del enlucido. En el centro de esta gran sala rectangular se dispuso un altar en forma de piel de toro que apenas levantaba unos centímetros del suelo. Este peralte sólo lo alcanzó al final de su vida y a causa de los muchos retoques y restauraciones que experimentó, pues en su origen el altar no era más que una leve impronta rehundida dos o tres centímetros en el pavimento de tierra batida de la estancia. Pintado por completo de rojo, al descubrirse conservaba todavía en su centro la espectacular huella del hogar, que sobrepasaba los propios límites del ara (Fig. 5). En parte semejante al de *Caura* y a otros muchos altares protohistóricos hispanos que siguen este modelo de piel de toro extendida, este altar de El Carambolo es, en cambio, de silueta más esquemática, mucho más plano y de mayor tamaño que todos los hallados hasta la fecha en el área tartésica, y en casi todas sus características similar al diseño de las dos piezas, conocidas comúnmente con el nombre de “pectorales”, del tesoro que medio siglo antes apareciera unos 35 m más al norte. También como el de *Caura*, su eje longitudinal mira a los solsticios de verano (orto) y de invierno (ocaso), cuestión de profundo significado simbólico y ritual y de evidente utilidad práctica en la organización del calendario (Escacena 2006: 121).

En atención al exvoto de Astarté procedente de El Carambolo, se ha propuesto la consagración del santuario a esta diosa, lo que no niega en absoluto la celebración en él de cultos a la divinidad masculina bajo la advocación de Baal/Melqart. De ahí se deduciría su carácter semita, una vinculación étnica y cultural acrecentada por otros hallazgos, entre ellos diversos fragmentos de huevos de avestruz, algunos escarabeos y un barco votivo de cerámica con forma de *bíppos* fenicio (Escacena y otros 2007).

El Carambolo, situado al oeste de **Spal* > *Hispalis* (Sevilla) en una de las lomas más pronunciadas del reborde oriental de la meseta del Aljarafe, ocupaba una elevación singular de la orilla derecha del paleoestuario del Guadalquivir, muy cerca –apenas 10 km– de su antigua desembocadura



Figura 5. El altar con forma de piel de toro extendida estuvo en uso durante parte de los siglos VIII y VII a.C., momento en el que el templo alcanzó su mayor tamaño (Carambolo IV y III)

entre las ciudades de *Caura* y *Orippe* (Fig. 6). Precisamente entre Coria del Río y El Carambolo, este tramo más costero del estuario bético contaba con mayor anchura que los sectores situados más al norte (Arteaga y otros 1995: 109), hasta el punto de formar una gran llanura de inundación que pudo dar más impresión de zona marítima que de cauce fluvial, y ello a pesar de que en estos tramos finales del Guadalquivir podrían estar formándose ya los principales meandros históricos del río (Borja y Barral 2005). Hay que recalcar así, una vez más, que El Carambolo constituía un enclave litoral, y por tanto es con esta característica geográfica con la que debe ser interpretado, hasta el punto de que, tras los diversos trabajos geoarqueológicos ya elaborados sobre el tema (p.e. Gavala 1959; Menanteau 1982), cualquier olvido de este rasgo puede ser considerado más bien una manipulación de los datos, un apaño acientífico e impresentable para seguir sosteniendo un Carambolo en el “interior” de Tartessos acomodado a ciertos paradigmas académicos inamovibles sobre lo que necesariamente tuvo que ser la colonización fenicia de la Península Ibérica.

Figura 6. Reconstrucción de la antigua línea de costa en la desembocadura del Guadalquivir; con indicación de los enclaves conocidos hasta ahora para la época tartésica en las márgenes del paleoestuario



Si es este paisaje el que la *Ora Maritima* refiere en las bocas del gran río de Tartessos, y si es correcta la identificación de *Caura* con el *Mons Cassius* propuesta por M. Belén (1993: 49), este sitio puede corresponder al que Avieno denomina en los mismos versos de su poema (*Or. Mar.* 259-261) *Fani Prominens*. Tradicionalmente, este topónimo se ha traducido como “cabo sagrado” o “cabo del templo” (cf. Schulten 1955: 159), en la idea de que el vocablo *prominens* indicaría un avance horizontal de la costa. Sin embargo, es posible también asignarle la acepción vertical de su significado, acorde con lo que fue El Carambolo en su entorno inmediato entre la segunda mitad del siglo IX y el primer cuarto del VI a.C.: el “promontorio del santuario”. De esta forma, un repaso a la historiografía de El Carambolo revela la transformación radical experimentada en su interpretación, que lo ha hecho pasar de vivienda de hombres tartésicos del Bronce Final a morada de los dioses fenicios de la Edad del Hierro. Como en tantas otras ocasiones, el hallazgo arqueológico no ha hecho más que certificar el descubrimiento mental previo, cosa normal por lo demás en el quehacer científico.

LA CURIOSA CERÁMICA PINTADA DE ROJO

Cuando Carriazo intervino en El Carambolo desconocía la práctica de excavaciones con metodología estratigráfica. Hasta entonces, su formación de medievalista no le había obligado a adquirir tal destreza, sobre todo porque hace cincuenta años la investigación de las etapas históricas más recientes sólo se abordaba desde la documentación escrita. Es más, aunque observó la preocupación de Maluquer por ese requisito arqueológico de campo en los días en que éste permaneció en el yacimiento, con las zanjas del “fondo de cabaña” ya abiertas, no aplicó la técnica tampoco cuando actuó en el asentamiento bajo (Fig. 7). De ahí tal vez su famosa apreciación de que El Carambolo le pareció un poblado laberíntico (Carriazo 1973: 235).

Los efectos perniciosos de la tardía aplicación del método estratigráfico a las excavaciones de los yacimientos protohistóricos del sur de la Península Ibérica sustentan innumerables problemas arqueológicos, muchos de los cuales tienen que ver con el conocimiento de la fase más arcaica de la colonización fenicia; también incumben a los aspectos que conciernen a la situación de la gente tartésica supuestamente preexistente. Aún hoy, El Carambolo constituye un buen ejemplo de ese legado historiográfico. De hecho, algunas afirmaciones de Carriazo contradicen frontalmente las opiniones de terceros autores que rechazan datos asumidos por aquél. Si nos encontráramos ante explicaciones distintas para los mismos documentos, podríamos pensar en la consecuencia lógica de una disciplina científica que carece de unidad teórica y, por tanto, de uniformidad metodológica. Desde este punto de vista, el escenario sería lícito y saludable. Pero ésta no es exactamente la situación. Por el contrario, se constata a veces en la literatura especializada verdaderas negaciones de lo afirmado por el excavador en la mera descripción de hechos, muestra extensa de lo cual es el comentario de M.E. Aubet que acompañaba al *caderno de apontamentos* de Maluquer en la publicación que de él hizo en 1992 el Servicio de Arqueología de la Diputación de Huelva (cf. Aubet 1992: 33-34), o más aún el trabajo de esta misma autora incluido en el homenaje al profesor Pellicer de la revista *Tabona* (cf. Aubet 1992-93). Se ha rechazado así, en contra de lo sostenido por Carriazo, que el estrato más profundo del “fondo de cabaña” contuviera cerámica a torno. Un conjunto de afirmaciones expresadas a lo largo de este medio siglo evidencian con toda crudeza tal extremo, que no consiste –repito– en ofrecer explicaciones distintas para unos mismos hechos asumidos por todos sino en negar precisamente la veracidad del dato transmitido por el excavador. Esto conduce en realidad a un callejón sin salida, en especial porque el nivel de discusión se establece entonces en las supuestas diferencias de honorabilidad y honradez de cada investigador, algo siempre difícil de ponderar desde una posición objetiva.



Figura 7. Trabajos de campo dirigidos por Carriazo en El Carambolo Bajo

Carriazo dividió la cerámica de El Carambolo en una serie de tipos que él mismo describió con mayor o menor detalle según los casos. Las variedades encontradas en el nivel más viejo del “fondo de cabaña” correspondían a las clases 1, 7, 17 y 18, que describe literalmente así:

1. Cerámica lisa, a mano, de formas grandes y abiertas y barro oscuro y bien cocido [...]
7. Pequeños platos, a torno, de paredes muy delgadas y formas elegantes [...]
17. Cerámica a la rueda, con el exterior alisado y el interior decorado de *retícula bruñida* [...]
18. Cerámica de grandes vasos de boca acampanada, pintados con temas geométricos [...]

(Carriazo 1970: 44-45)

El grupo 1 se refiere a una especie bien documentada en los yacimientos tartésicos; carece de especial relevancia a la hora de analizar la cerámica pintada que ha venido a llamarse “de tipo Carambolo” y la trascendencia de ésta en la definición arqueológica de lo tartésico. No así la clase 7, porque a

ella pueden pertenecer unas copas griegas reconocidas como tales primero por F. Amores (1995: 162-165) y más tarde por T. Schattner (2000), y luego asumidas en estudios posteriores (cf. Rouillard 2008: 76). Estos elementos otorgarían precisión cronológica, en concreto los siglos VIII-VII a.C., a un mundo cerámico de datación muy polémica. Al igual que Maluquer indicó para la cerámica con decoración bruñida (Maluquer de Motes 1963: 302-303), sobre la variedad 17 Carriazo también defendió que se trataba de vasijas elaboradas “a la rueda” o torno lento, técnica que distinguió bien de la aplicada en el torno rápido de tipo fenicio a las ánforas, a los vasos de engobe rojo, a los recipientes bícromos, etc. Estas últimas variedades las estudió de hecho en otros lotes. Carriazo no mezcló, pues, conjuntos que a simple vista eran diferenciables con relativa facilidad por su técnica de fabricación. Por eso, sólo la fracción 18 corresponde a los vasos pintados de tipo Carambolo, caballo de batalla de la arqueología tartésica desde 1958 hasta la actualidad y fuente de discusión científica en lo que se refiere a su cronología y proceso formativo (Fig. 8).

El estilo ornamental de esta alfarería pintada, unido al de los temas bruñidos o grabados en otras especies afines, ha dado pie en parte al reconocimiento de un Periodo Geométrico para Tartessos (Bendala 1977: 191; 1986: 531; Escacena 2000: 103-114), fase que habría precedido a la que conocería una extensión acusada de las modas orientalizantes y que A. Blanco Freijeiro contribuyó sobremanera a construir (Blanco 1956; 1960). Tal propuesta permitía a muchos investigadores, sobre todo a los de tendencias vinculadas al Historicismo Cultural, paralelizar Tartessos con las “grandes civilizaciones” del mundo mediterráneo, especialmente con el ámbito griego. Asume además este esquema que dicha fase geométrica es en realidad la etapa generadora de Tartessos, supuestamente prefénicia, y por tanto que el apogeo de esa cultura aconteció sólo gracias al conocimiento directo de ella por los comerciantes semitas, quienes propagarían por el Mediterráneo las excelencias de ese Occidente tan rico en metales.

Como acabo de señalar, la alfarería característica de este horizonte tartésico, hipotéticamente perteneciente a una fase formativa vernácula, estaría representada por tres pilares básicos: la vajilla pintada al estilo de El Carambolo, los recipientes con decoración bruñida y la cerámica con motivos geométricos grabados. En la historiografía sobre Tartessos, los dos primeros constituyen de alguna forma los más antiguos elementos usados por la investigación como “fósiles-guía” arqueológicos de esta fase, porque el tercero ha sido valorado más tarde; y en realidad, aunque algunos representan tipos conocidos al menos desde las excavaciones de Bonsor en Los Alcores y Setefilla, ni siquiera contamos todavía con repertorios globales



Figura 8. Dibujo publicado por Carriazo en 1975. Vaso decorado al estilo de El Carambolo

y actualizados de todos los hallazgos, y menos aún con estudios generales de su producción, análisis abundantes de sus pastas, sistematización de sus motivos decorativos, etc. Quizás por tratarse en parte de documentación aún inédita, como ocurre con los muchos fragmentos de cerámica grabada localizados en Doña Blanca a decir de su excavador, los trabajos hasta ahora abordados se han dedicado a ordenar y recopilar los testimonios (cf. Buero 1984; Ruiz Mata 1988), a estudiar producciones regionales parecidas (cf. Carrasco y otros 1986) o a establecer su distribución en comarcas restringidas y no en la totalidad del territorio (cf. Murillo 1994: 316-326).

El problema cronológico es aún un tema no resuelto del todo en este asunto. Nadie discute que las tres especies cerámicas caracterizadas por una similar ornamentación –pintada, bruñida y grabada– sean coetáneas, ni que formen en realidad, en el conjunto de la vajilla cerámica decorada, la trilogía mejor avenida del repertorio vascular tartésico más arcaico, porque sus argumentos decorativos representan sendas versiones técnicas de unos mismos gustos por los aspectos geométricos (Fig. 9). Pero sus dataciones absolutas distan mucho de conocerse con precisión, y esto no tanto por la carencia de datos que proporcionen contextos estratificados como por la interferencia que producen ciertas patologías metodológicas sufridas por la investigación a lo largo de los últimos cincuenta años por lo menos (Escacena 2000: 27-80). Acerca de este tema, y con especial



Figura 9. Distintas variedades de alfarería de época tartésica decoradas con elementos geométricos. El fragmento pintado (izquierda) procede de Sevilla (C/ Abades) (cortesía de A. Jiménez Sancho). El trozo central, de técnica grabada, se halló en el Cerro Mariana, la antigua Conobarria (Las Cabezas de San Juan, Sevilla). El testimonio de la derecha, con retícula bruñida, es de Ilipa (Alcalá del Río, Sevilla), en concreto de los sondeos practicados en la plaza Mariana Pineda (cortesía de R. Izquierdo de Montes)

atención a la cerámica pintada de tipo Carambolo, M.E. Aubet ha propuesto, al menos en algún momento de este medio siglo, una cronología relativamente tardía para el Bronce Final caracterizado por tales vasos, en la idea de que el periodo precedente, representado según la autora por el estrato XIII de Setefilla, habría carecido de tal tipo de cerámica (Aubet 1992-93: 340). Esto resta quizás antigüedad al tipo Carambolo –sea en la versión del Guadalquivir sea en la de Huelva o en otras variedades más alejadas (Córdoba, Extremadura o Andalucía oriental)–, pero, sobre todo, la priva de precedentes locales. En este sentido, al estudiar los ejemplares onubenses P. Cabrera reconoció que “tampoco las formas de cerámica pintada tienen unas raíces anteriores tan claras que nos permitan suponer un gran arraigo en las tradiciones formales” (Cabrera 1981: 329). Bendala, que ha defendido en ocasiones una filiación egea para este mundo del Bronce Final bajoandaluz (Bendala 1977: 200; 1986: 532), vería en dicha falta de sustrato un nuevo argumento a favor de sus posiciones, con lo que el Tartessos precolonial contaría con más bases arqueológicas que atarían su génesis a comunidades procedentes de culturas mediterráneas donde lo geométrico habría ya florecido. Seguro que a los entendidos en este campo, conocedores de las explicaciones de Schulten al respecto, no les pasa inadvertida la similitud de enfoque más allá de los contrastes en temas de segundo orden. De todas formas, dicha tesis no tuvo muy en cuenta que en el suroeste ibérico la decoración cerámica de gusto geométrico no es más reciente que en otros ámbitos del Mediterráneo, cuestión

Figura 10. Fragmento de huevo de avestruz publicado por Carriazo en 1973. Procede del Carambolo Alto. Este testimonio, atribuible al comercio fenicio, invalidó antes de los trabajos recientes la cronología precolonial del yacimiento



afianzada recientemente por la calibración de las fechas radiocarbónicas. La propia Aubet, creo que en un intento meritorio de luchar contra los autoctonismos desacerbados y localismos cerriles de algunos grupos de investigadores hispanos, se ha opuesto a ciertas tendencias que pretenden “aislar a Tartessos como si fuera un sujeto de laboratorio, sin tener en cuenta todo el contexto internacional de entonces” (Aubet 1992: 45). En relación con la cerámica –no con la metalurgia o con determinados bienes de prestigio, que sí han sido estudiados con un enfoque supracomunitario, y recientemente también con la expansión de la cremación funeraria o de la escritura entre otros fenómenos culturales (p.e. Ruiz-Gálvez 2008)–, se ha pasado por alto de hecho la posibilidad de una *koiné* basada en la frecuencia de contactos marítimos entre los extremos del Mediterráneo al menos desde la segunda mitad del siglo IX a.C. Sólo P. Cabrera (1981: 329), ha recordado que los vasos pintados de tipo Carambolo no deberían tenerse por reflejo directo de la alfarería geométrica griega, sino más bien como una manifestación regional del gusto por lo geométrico que a partir del siglo IX a.C. se extiende por toda la cuenca de este mar.

Con los datos de Carriazo en la mano y sólo con ellos, resultaba evidente que la vajilla pintada al estilo de El Carambolo tenía en este yacimiento una posición estratigráfica que la hacía especialmente abundante en la etapa anterior a la aparición allí de la cerámica fenicia de barniz rojo. Pero esta misma contextualización no le otorgaba una fecha previa a la aparición de otros elementos que aportó la colonización fenicia, por ejemplo los huevos de avestruz (Fig. 10). Hoy no puede afirmarse tal cosa. Pero tampoco antes de los últimos trabajos en El Carambolo los datos de otros enclaves permitían defender que la cerámica pintada al estilo de El Carambolo fuese anterior a la llegada del torno fenicio. Lebrija fue uno de esos puntos donde la estratigrafía

demostraba la convivencia de ambas series (cf. Caro y otros 1996: 173). Es más, a propósito de un recipiente de esta especie procedente de Los Alcores, M.E. Aubet (1982: 387-388) sostuvo dataciones de hasta el siglo VI a.C. para las muestras finales de la producción, y ello a pesar de que esta autora ha sido durante años una señalada defensora de la cronología precolonial del estrato más bajo del antiguo “fondo de cabaña”. En esta línea, también M. Almagro-Gorbea llegó a reconocer que su mayor auge se produjo en momentos plenos de la colonización fenicia (Almagro-Gorbea 1998: 91).

Cuando se profundiza en las razones por las que muchos investigadores han considerado esta variedad cerámica más vieja de lo que demuestran los datos con calidad científica, aparece con frecuencia el fantasma de la “perduración”, sustantivo especialmente dañino en la disciplina arqueológica. Con ese recurso terminológico, quienes aman subir las fechas, a veces más allá del límite documentado, aspiran quizá a difundir la idea de que tales o cuales cosas se emplearon o se fabricaron en etapas que no les tocaban. Al sostener que esas manifestaciones “persisten” en vez de reconocer simplemente que “existen”, trasladan de forma automática la especie de que son extemporáneas, y que por tanto su momento “auténtico” de vida fue anterior. Así, para la cerámica pintada de tipo Carambolo –o Guadalquivir I–, parece ahora demostrado que durante cincuenta años se ha asumido una fecha más arcaica de la que los datos estratificados certificaban. Y por eso mismo se creó un nombre distinto –Guadalquivir II– para especímenes que supuestamente deberían ser más recientes. Lo que alguna vez he llamado *el síndrome de Matusalén* ha hecho aquí tantos estragos como en otras muchas investigaciones arqueológicas.

A pesar de que tal distinción de variedades dentro de la misma producción alfarera respondía cada vez menos a la realidad de los datos, con base en ella un análisis de hace ya más de una década pretendía dar antigüedad al primer subgrupo con un inventario de yacimientos y hallazgos que se presuponían arcaicos. Además de El Carambolo, aparecían en el elenco sitios como el Cabezo de San Pedro, Peñalosa, Cerro Macareno, Colina de los Quemados, Carmona y Alhonor (cf. Castro y otros 1996: 198). No es éste el lugar de argumentar en contra de esta datación, pero recordaré al lector al menos que, para Peñalosa y el Macareno en concreto, sus mismos excavadores dataron los niveles fundacionales en época colonial, y que los otros cuatro sitios han conocido diversas correcciones cronológicas que bajan la fecha de los estratos datados en principio en el Bronce Final (cf. Belén y Escacena 1995: 89-96). Aunque la calibración del carbono ha subido ligeramente estas dataciones, llevando a veces al siglo IX a.C. lo que en cronología tradicional se creía del VIII a.C. –todo ello al hilo de la primera

presencia fenicia en la Península Ibérica (cf. Botto 2005; Mederos 2005; Nijboer 2005; Mederos y Ruiz Cabrero 2006)–, las secuencias estratigráficas y culturales siguen siendo las mismas, y por lo tanto están vigentes también los mismos problemas de interpretación histórica aunque colgados ahora un poco más atrás en la percha del calendario.

Así pues, aunque hoy no duda nadie de que la cerámica pintada de tipo Carambolo tenga algo que ver con las producciones geométricas que por las mismas fechas caracterizan al mundo del Egeo (cf. Buero 1987: 42-45; Pellicer 1987-88: 472), algunos autores han desembarcado en propuestas más concretas dentro de este ámbito del Mediterráneo oriental. Así, se ha echado mano de la isla de Eubea (Amores 1995: 165) o de Chipre (Maluquer de Motes 1960: 286; Carriazo 1973: 529). En cualquier caso, aunque P. Cabrera refutó una clara inspiración de la serie tartésica en las producciones áticas, dejó alguna puerta abierta a este vínculo oriental cuando argumentó que otras áreas del Egeo evolucionaron en este terreno por derroteros distintos de los del Ática (Cabrera 1981: 328). Así que, si estos lazos son ciertos, todo vuelve a complicarse más cuando el mundo supuestamente inspirador para algunos, el Geométrico griego, se sumerge de nuevo en una honda polémica cronológica (Brandherm 2008).

Dar cuenta de cómo y por qué se originó este hipotético paralelismo alfarero entre Oriente y Occidente es algo todavía no solucionado, porque en el ámbito tartésico la tan traída y llevada precolonización es verdaderamente insostenible dada la mala calidad científica de los documentos en que se apoya (Escacena 2008: 321-322). Más aún cuando, excavación tras excavación, vuelven a aparecer datos que colocan siempre a la cerámica pintada de tipo Carambolo sólo a partir de los momentos más viejos de la presencia fenicia. Esto último invalidaría incluso una posible explicación sustentada en la tesis de Bendala acerca de la llegada a Occidente de gente egea a fines del segundo milenio a.C., y podría hacer responsable exclusivo de la llegada de esta moda hasta el Atlántico a las poblaciones semitas que se asentaron en los territorios del suroeste ibérico. En cualquier caso, varias cuestiones asociadas a este problema quedarían resueltas a la vez. Podrá asumirse en primer lugar que, como sugiere la identidad de los temas decorativos, la fecha de los vasos grabados y la de los pintados debió ser básicamente la misma. Después, deberemos reconocer que la decoración bruñida, tenida en general por uno de los elementos clave de esta fase geométrica, vivió claramente también en los mismos momentos, si bien su profundo arraigo y tal vez su menor coste de producción la hizo más popular. Esto pudo alargar su vida hasta el punto de conseguir impregnar series a torno de cerámica gris, que se decoraron con esta misma técnica aunque con motivos florales (cf. Ladrón de Guevara

y otros 1992: Fig. 8). En tercer lugar, aceptaríamos que el estilo grabado no sólo aparece en Tartessos, sino también en ambientes fenicios de fuera de la Península Ibérica (*Lixus* y Cartago por ejemplo), de nuevo igualmente en contextos de los siglos VIII y VII a.C. (Mansel 1998). Por último, habría de resolverse si algunas de estas variedades cerámicas pudieron constituir vajillas de uso social restringido. De ser así, tal vez no sería adecuado usarlas como elemento más característico y definidor de lo tartésico en sentido amplio, pensando que esto es necesariamente lo que debe aparecer también en los ambientes calificables sólo como domésticos, porque su presencia en contextos sagrados podría sugerir un uso ritual y simbólico, con lo que la supuesta decoración contendría quizá mensajes susceptibles de descodificar.

Esta ha sido, en fin, una historia posible de algunas de las ideas que durante cincuenta años han pululado en torno a aquella vajilla tan emblemática que acompañaba al tesoro en el “fondo de cabaña” de El Carambolo. Fue tan extraño su hallazgo para quienes asistieron en 1958 a las primeras excavaciones en el aquel cerro, que Maluquer llegó a citarla como “la curiosa cerámica pintada de rojo” (Maluquer de Motes 1992: 25). Lo que de ella se ha contado en ese medio siglo se ha afirmado en realidad de Tartessos. La polémica sobre su fecha, colocada por unos en los momentos finales de la Edad del Bronce previos al contacto oriental y por otros ya en la etapa de presencia colonial fenicia, ha sido de hecho la misma polémica aún vigente sobre cuándo comienza en realidad ese fenómeno histórico que hemos denominado cultura tartésica. Por eso, la cerámica de tipo Carambolo y las siluetas similares a las de sus vasos, ahora en alfarería no pintada, montaron el esqueleto diacrónico tartésico. Dicha vertebración podría parecer hoy más un castillo de naipes que otra cosa, pero fue en realidad para gran parte de los investigadores el único instrumento con el que ordenar cronológicamente la nueva información que la arqueología deparaba por doquier. Si el joven Carambolo se convierte ahora en el ariete que lleve a la ruina al Carambolo viejo, tampoco es para desesperar. Sólo estaríamos, como tantas otras veces en la historia del conocimiento científico, ante un nuevo volver a empezar de esos que vienen preñados de jugosos frutos. Seguro que muchos investigadores noveles desean ponerse a trabajar de inmediato.

LA PIEL DE DIOS

El conjunto de piezas de oro del tesoro de El Carambolo ha sido descrito en muchas ocasiones. Y, como este análisis puramente formal no ha originado especiales problemas, eludiré aquí su tratamiento. Lo mismo puede afirmarse sobre otras cuestiones técnicas referidas a su composición metálica y

al trabajo de los talleres y/o manos que intervinieron en la elaboración de las distintas piezas que lo componen. En estos terrenos, los principales estudios han conocido quizás tres pilares básicos. El primero tiene como más genuinos representantes dos aportes: el trabajo de E. Kukahn y A. Blanco (1959) y el de Carriazo (1970; 1973; 1978); el segundo corresponde a las aportaciones de M.L. de la Bandera, fundamentalmente a su tesis doctoral (De la Bandera 1987); y el tercero a los análisis y consideraciones de A. Perea y B. Armbruster (1998). Aunque con matices, todas estas investigaciones, que se han introducido también con mayor o menor profundidad en los aspectos simbólicos y funcionales, vienen a coincidir en la pureza de la materia prima empleada, en la intervención de distintas manos y/o talleres y en la presencia de tradiciones técnicas y decorativas diversas, unas de origen oriental y otras de influencia occidental atlántica. Sin embargo, y a pesar del relativo consenso en tales cuestiones, su papel en El Carambolo, fuera lo que fuera el sitio en su día, ha conocido una mayor polémica. En cualquier caso, el tema que he querido seleccionar para este último apartado de mi trabajo no incumbe al conjunto áureo completo, sino sólo a los denominados comúnmente “pectorales”, tal vez las piezas que por su forma extrañaron más durante muchos años (Fig. 11). En un trabajo relativamente reciente, F. Amores y yo hemos propuesto denominar a estas dos joyas “frontiles” en atención al nuevo papel que les hemos adjudicado, ya que habrían sido utilizadas para engalanar el testuz de sendos bóvidos en la procesión ritual que precedía a su inmolación (Amores y Escacena 2003: 20). Así que con ese nuevo apelativo aludiré a ellas en lo sucesivo.

Desde que apareciera el tesoro, la silueta de dichos elementos se reconoció como la correspondiente a una “piel de buey” extendida. De todas



Figura 11. A. Arribas publicó en 1965, en su libro Los Iberos, este dibujo de uno de los frontiles del tesoro de El Carambolo



formas, yo mismo he aconsejado, con base en algunas precisiones semánticas, el uso mejor de la expresión “piel de toro”. Porque, si es cierto que la forma se refiere a la piel de un bóvido y que esta relación tiene que ver algo con el dios masculino de los fenicios y de otros pueblos semitas del Oriente Próximo, la palabra “buey” sería ciertamente inapropiada, sobre todo por aludir a un animal castrado. De hecho, todas las metáforas bovinas de los textos baálicos referidas a ese dios insisten en su poder fecundante, algo que obliga a excluir de manera automática la palabra castellana “buey”. El mismo Yahvé abomina de cualquier sacrificio que incluya una bestia incompleta, incluida en esta característica la carencia de testículos (Escacena 2007: 621). Pues bien, si El Carambolo fue el primer yacimiento de época tartésica en mostrar el importante papel simbólico de este emblema a través de su plasmación en los frontiles, ha sido también, casi medio siglo después, el lugar que ha proporcionado el mayor y más espectacular altar con ese mismo diseño. Ambos hallazgos, el de 1958 y el de 2004, parecen las fronteras de un relato historiográfico apasionante y no exento de polémica, una discusión que se ha incrementado en los últimos veinte años. Advierto al lector que mi participación en ella ha sido tan directa que puedo caer fácilmente en contar ahora una versión de la misma poco objetiva. Espero poder librarme de la tentación a pesar de que la pieza clave para dar con la correcta interpretación de esta forma tan singular ha sido el altar encontrado en el Cerro de San Juan de Coria del Río, un yacimiento en el que se centraron las intervenciones del proyecto de campo que dirigí en la última década del pasado siglo (Escacena e Izquierdo 1999; 2008).

Las excavaciones llevadas a cabo en 1987 y 1988 en este cabezo del flanco oriental del Aljarafe, enclave situado a unos diez kilómetros al sur de El Carambolo y origen de la antigua ciudad de *Caura*, pusieron al descubierto un santuario fenicio que se mantuvo con vida entre los siglos VIII y VI a.C. Durante ese tiempo el edificio se levantó al menos cinco veces, aunque no puede descartarse una fase aún más vieja relacionada con un horno documentado en los niveles más bajos de ese sector del yacimiento. De esta forma, conocemos hoy una secuencia bastante completa de construcciones sagradas coetáneas a la fabricación y uso de las joyas de El Carambolo (Fig. 12). El templo de *Caura* era básicamente un recinto al aire libre delimitado por una tapia perimetral, característica muy extendida entre los santuarios fenicios de la época arcaica de la colonización. Dentro de esa cerca se disponían patios empedrados y algunas capillas cubiertas, estas últimas dotadas de suelos rojos. Se conocen posibles restos de altares de barro en varias etapas del templo, pero el más seguro es el correspondiente al Santuario III (Escacena e Izquierdo 2001).

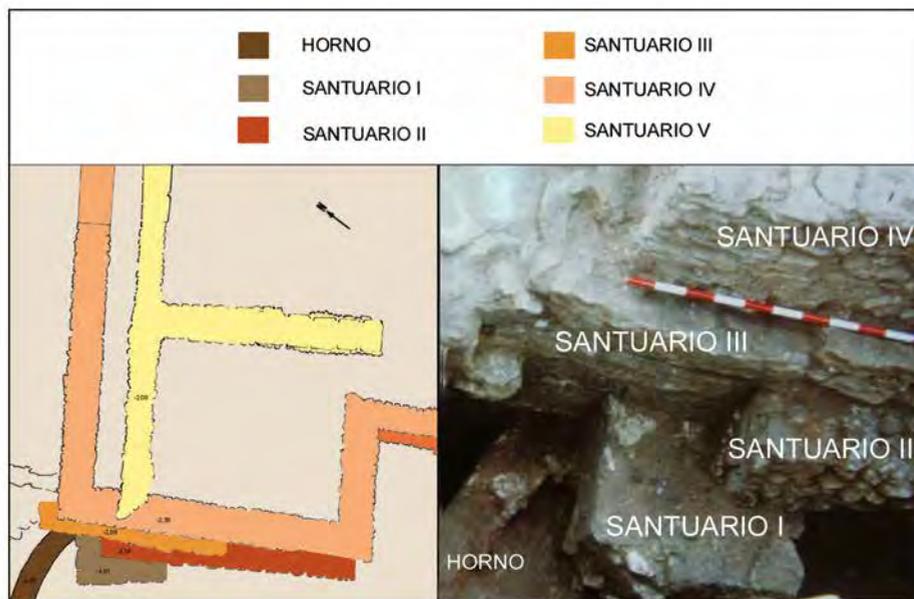


Figura 12. Cimientos superpuestos de las cinco fases del santuario hallado en el Cerro de San Juan de Coria del Río, la antigua Caura

El altar de Coria del Río está compuesto en realidad por dos aras embutidas, ya que la obra más reciente aprovecha la antigua y la remoja. Aunque su restauración futura pueda proporcionar detalles aún ocultos, lo conocido hasta ahora ha revelado ya claves importantes para arrojar luz en la simbología de su forma y de sus colores. La pieza consistió básicamente en una plataforma de barro de tendencia rectangular con los lados cóncavos parecida a la que muestran los frontiles del tesoro de El Carambolo (Fig. 13). En su estadio primitivo (fase A), se fabricó primero una estructura de planta rectangular con tierra de color castaño, que luego se rodeó de un enlucido de arcilla amarillenta. En uno de los lados menores, el que mira al este, se añadió un pequeño pocillo delimitado por un cordón del mismo barro pajizo. Todo el conjunto y la capilla que lo contenía se pintaron finalmente de rojo, excepción hecha de la plataforma superior del altar, que debía mostrar el contraste de colores entre el rectángulo central y la periferia para proporcionar siempre la clave de su significado. Sobre esta superficie se llevaron a cabo las cremaciones sacrificiales, lo que endureció una suave concavidad que marca hoy la presencia del fuego. El uso prolongado de la capilla en la que se ubicaba el altar acabó deteriorando el suelo, con lo que se procedió en determinado momento a elevar el piso y a echar una nueva película de



Figura 15. Altar de barro de Caura en sus fases antigua (izquierda) y reciente (derecha)

arcilla bermeja. Este arreglo ocultó la protuberancia del flanco oriental, que no se restituyó en lo sucesivo. En conjunto, el ara se usó básicamente durante el siglo VII a.C. Su primera fase conoció así una planta muy singular, que ha proporcionado importantes claves para su interpretación simbólica y que no responde por completo a la forma que a partir del siglo VI a.C. se generalizaría en otros altares de los santuarios protohistóricos hispanos, que siguen en muchos casos el prototipo de la fase B.

Esta modalidad de altar se tuvo durante algún tiempo por una imitación relativamente fiel de los lingotes de cobre chipriotas datados en el segundo milenio a.C. (cf. Celestino 1994), y ello a pesar de que los datos hoy controlados indican que tales objetos metálicos no llegaron a coincidir nunca, ni cronológica ni geográficamente, con los altares de tierra de la Península Ibérica. Sin embargo, al igual que los lingotes se relacionaron siempre con la silueta de la piel extendida de un bóvido, también se pensó en esta semejanza para los altares (cf. Celestino 1997: 372). Además de su diseño, tal vez influyó en esta propuesta la existencia en Chipre a fines del segundo milenio a.C. de una divinidad supuestamente relacionada con el lingote que tenía su santuario en Enkomi (Ionas 1984: 102-105). Sin embargo, los detalles de la pieza de Coria, en especial los referidos a su forma y a la disposición de sus colores, sugirieron más bien la imitación directa de la piel de un toro. Dichas propiedades podían deberse a mensajes simbólicos importantes, tan



Figura 14. Detalle del altar de Coria del Río en el momento de su hallazgo. Obsérvese el contraste de colores entre la zona central, marrón, y la franja periférica, amarillenta. Esa dualidad cromática buscaba la imitación directa de la piel de un bóvido castaño

frecuentes en el mundo de las creencias. Porque sus detalles responderían al esbozo formal y a los colores genuinos de las pieles bovinas tras su proceso de curación. Así, en egipcio medio el ideograma *piel de toro* no es más que un reflejo simplificado de la forma de estos altares, sólo matizado en el caso de la escritura egipcia por la presencia de un apéndice inferior alusivo a la cola del animal (cf. Gardiner 1982: 464), algo ausente en los altares hispanos del primer milenio a.C. hasta ahora conocidos.

En la Protohistoria de la Península Ibérica, quizás la foto más evidente de cómo eran curtidas y tratadas las pieles de toros y cabras, o las zaleas de ovejas, está plasmada en ciertas imágenes de caballos procedentes de contextos votivos y de otros ambientes sagrados. Tales figuras muestran como montura pieles que indican con fidelidad su proceso de manipulación. Así, se recortaban primero en forma aproximada de X, correspondiendo las cuatro esquinas a las patas del animal. A continuación se acotaba en el centro una zona rectangular o de forma similar al límite externo de la piel. Este sector se mantenía con pelo. No así el ribete externo, que se rapaba para obtener una franja lisa y sin vello, un contorno de color claro que contrasta fuertemente con el centro castaño en el caso del altar de *Caura* (Fig. 14)

Muestra bien tal diseño un caballito del santuario ibérico del Cigarralejo (Murcia), siendo muy parecido, aunque más esquemático, el de la pieza de bronce de Cancho Roano, en la provincia de Badajoz (Celestino y Jiménez 1996: Fig. 16). Algunas imágenes egipcias exhiben bien estos cueros con el rectángulo interno de pelo y las orillas calvas (Delgado 1996: Fig. 81). Por más precisión, algunas de estas pieles usadas como sillas de montar llevaban en su parte delantera un apéndice, semejante al de la fase A del altar de Coria, correspondiente al cuello del animal.

Si el altar de Coria semeja directamente esta idea, en concreto la de la piel de un toro castaño, su hallazgo y el descubrimiento de su significado permitió hace ya una década leer mejor la simbología de los frontiles del tesoro de El Carambolo. Estas dos piezas metálicas reflejarían con fidelidad, y a la vez con notable esquematismo alegórico, cómo se curaban las pieles de los bóvidos en aquella época. Pese a su alto grado de abstracción, exteriorizan la silueta del cuero abierto con su orla exenta de pelo, y por supuesto la parte correspondiente al cuello. Esta última, perdida en una de las joyas (Kukahh y Blanco 1959: 39; Carriazo 1973: 130; Perea y Armbruster 1998: 127), quedó convertida por simplificación en un aditamento de significado desconocido antes del hallazgo del altar de Coria. De hecho, Carriazo interpretó este apéndice añadido como un mero artilugio que facilitaría, mediante una cinta pasante, su colocación en el antepecho del personaje que lo portara (Fig. 15).

Además de estas particularidades, que son en realidad la verdadera razón de que a tales mesas sagradas se las denomine ya “altares en forma de piel de toro” (cf. Celestino 2008), el ara del Cerro de San Juan de Coria del Río suministró otra clave importante para establecer sus vínculos culturales y étnicos dentro del mundo tartésico. Hemos advertido antes que la protuberancia alusiva a la piel del cuello dibuja en su centro una pequeña oquedad, y que este apéndice se colocó en el flanco oriental del altar. Si tenemos en cuenta que en la Antigüedad los toros no se apuntillaban para sacrificarlos, sino que eran degollados, esta cubeta puede corresponder al receptáculo destinado a contener una muestra de la sangre de la víctima. Se colocó por tanto en el punto emblemático por el que el animal perdía su vida. Además, el eje longitudinal del altar se orientó hacia la salida del sol en el solsticio de verano (Fig. 16). Este último dato ha permitido identificar el recinto sagrado de Coria con el templo consagrado a Baal Saphon que Avieno sitúa en la desembocadura antigua del Guadalquivir y que cita con el nombre de *Mons Cassius* (*Ora Marítima* 259), una idea adelantada en 1993 por M. Belén como ya he señalado. Porque es posible que los fenicios festejaran cada año la muerte y resurrección baálica en esas fechas, pero también porque

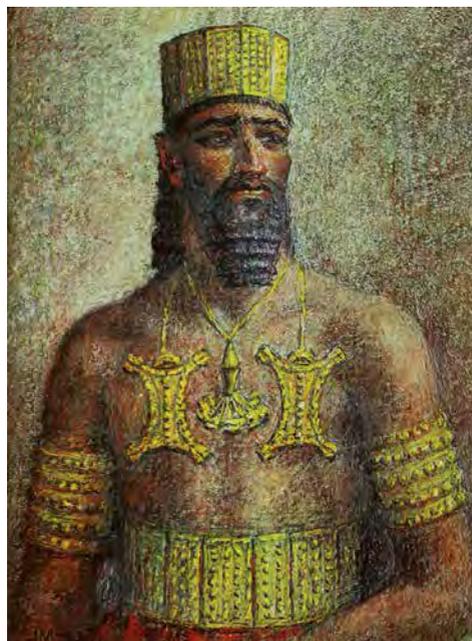


Figura 15. Función de las joyas del Carambolo, según Carriazo

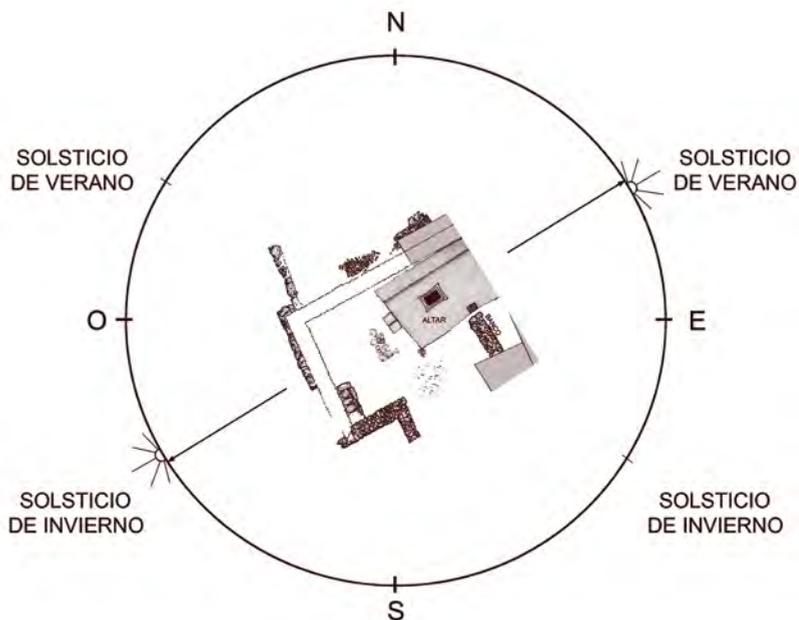


Figura 16. Disposición ritual del altar helioscópico de Caura. La orientación astronómica debe leerse como algo simbólico, de ahí las leves desviaciones observadas en relación con los solsticios



ambientaron el tránsito del dios al otro mundo entre toros androcéfalos según recogieron las tradiciones púnicas tardías, ya de tiempos romanos (Du Mesnil du Buisson 1970: 108).

Si lo deducido del altar de Coria, en especial sus connotaciones astronómicas, hubiese sido correcto, las nuevas excavaciones en El Carambolo iban a suministrar un buen laboratorio donde poner a prueba la hipótesis. Para mí, era éste uno de los valores fundamentales que tendría la nueva empresa arqueológica: poder falsar —en el sentido estrictamente popperiano del término— tantas ideas enfrentadas surgidas a lo largo de medio siglo sobre lo que era Tartessos, muchas de las cuales se basaban en lo que El Carambolo había sido para cada escuela académica o se podían verificar en él de actuarse nuevamente sobre sus restos. Hasta estas fechas de inicios del siglo XXI, y especialmente desde fines de la pasada centuria, la arqueología de Tartessos se había movido, tanto para el propio Carambolo como para otros muchos yacimientos y problemas históricos, en una acalorada polémica sobre la interpretación del registro, para muchos reflejo evidente y directo de la orientalización de la gente local y para pocos muestra palpable de la profunda presencia de comunidades orientales en el territorio. Y, aunque los primeros meses de trabajo de estas nuevas campañas revelaron la existencia de estructuras no esperadas, distintas por completo de aquel “fondo de cabaña” tradicionalmente asumido, sólo la aparición del altar en forma de piel de toro usado en los santuarios IV y III persuadió a los excavadores de encontrarse ante un centro de culto y de la filiación oriental de éste³.

La orientación helioscópica del altar de *Caura* obedece a pautas semejantes a las que se usaron para disponer hacia un punto concreto del horizonte muchos templos ibéricos, griegos y fenicios (Esteban 2002: 94). Que esto se hizo intencionadamente lo demuestra el hecho de tener una colocación no paralela a la capilla que lo albergaba. Pero un desajuste parecido entre los ejes longitudinales de los altares y los de los edificios que los cobijan está registrado en varios casos más, por ejemplo en Abul (Mayet y Tavares da Silva 2000: Fig. 60) y en El Oral (Abad y Sala 1993: 179). En este último

3. El convencimiento de los arqueólogos de campo de que exhumaban realmente un gran templo oriental se produjo entre la celebración en 2003 del Congreso de Mérida sobre *El Período Orientalizante* y la publicación de sus actas dos años después (Celestino y Jiménez 2005). A esa reunión se presentó un primer trabajo de A. Fernández Flores y A. Rodríguez Azogue que eludía pronunciarse sobre una función específica del edificio recién localizado. Sin embargo, estando en prensa los dos volúmenes en los que se editaron las aportaciones, el hallazgo del altar en 2004 convirtió a la causa a ambos autores. Lo reconocieron así en un nuevo trabajo que vio la luz también en esas actas, pero que lógicamente no fue presentado a la reunión en su día. En el título de esa nueva contribución se reconocía ya el carácter sagrado del complejo al calificarlo literalmente como “santuario” (Rodríguez Azogue y Fernández Flores 2005: 863).

Figura 17. Barca sagrada del Carambolo IV. Imita el barco fenicio denominado híppos

enclave, el elemento en forma de piel de toro, que es una impronta sobre el suelo más parecida al altar de El Carambolo que al de *Caura*, también mira al mismo horizonte celeste (Abad y Sala 2007: 76). Pues bien, ahora conocemos en El Carambolo un complejo ceremonial que, erigido por vez primera en la segunda mitad del siglo IX a.C. según hemos visto, alcanzó su máximo desarrollo entre el siglo VIII y los inicios del VI a.C., en unas fechas que se ajustan a la



perfección con la colonización fenicia arcaica del Bajo Guadalquivir. Esta misma presencia oriental explicaría ahora la fundación de **Spal* (Sevilla), y daría razón a la antigua tradición literaria que vinculaba su origen con Hércules, tan querida por los estudios locales (p.e. Montoto 1990: 34-35), y a los análisis lingüísticos que han reconocido desde hace ya casi tres décadas que en el topónimo se aloja una voz cananea (Díaz Tejera 1982: 20; Lipinski 1984: 100; Correa 2000).

Tal vinculación étnica vendría avalada, además de por los paralelos arquitectónicos siropalestinos y chipriotas señalados para el conjunto, por otros hallazgos que se estudian en esta misma obra, entre ellos restos de cáscaras de huevos de avestruz, algunos escarabeos y una vasija de cerámica interpretada como barca sagrada y que pudo desempeñar una importante misión litúrgica en los cultos del santuario, sobre todo en aquellos que tenían que ver con las manifestaciones astrales de los dioses (Fig. 17). La orientación de todo el edificio V y de la capilla sur de los siguientes santuarios al naciente solar del solsticio de verano –hacia ese punto miran sus puertas– ha reforzado la hipótesis que vincula tal disposición a creencias baálicas de



muerte y resurrección (Fig. 18). En efecto, tanto el templo prístino como los que lo sucedieron denotan detalles minuciosos sobre estas prácticas religiosas. Por lo pronto, la estructura más vieja no se construyó en la misma cima del cabezo, sino que buscó rebasar ésta hacia poniente para que el edificio contara delante de su puerta con un pequeño montículo. Al parecer, esta ligera elevación, hoy desaparecida pero detectada gracias a la inclinación de los estratos geológicos, formaba parte de una escena singular que podían contemplar los fieles durante el amanecer del solsticio de junio. Quienes miraran desde la entrada del templo hacia el este notarían que el Sol parecía elevarse sobre ese montículo de no más de tres metros de altura situado en la explanada delantera. Esa imagen recuerda sin duda toda una larga y fecunda tradición iconográfica fenicia que representó al Sol sobre la montaña sagrada (Fig. 19). Se mostraban de esta forma en conjunción lineal el propio santuario, ese pequeño cerrete y el punto concreto del horizonte por donde el Sol nacía, situado a 30 km de distancia al menos. Hacia el interior del templo en cambio, siempre había que bajar, tal vez como alusión simbólica también a la asociación de Astarté con el mundo subterráneo. Así pues, en El Carambolo estaban organizados hacia la misma orientación celeste tanto el recinto sagrado original como la capilla meridional que se añade en la primera gran reforma del edificio, incluyendo por tanto el espectacular altar en forma de piel de toro extendida que ocupaba el centro de esta nueva *cella*. Semejante disposición no la cumplen en cambio las más pobres construcciones que se extienden por la ladera norte de la colina, simples viviendas nacidas al calor del culto y que enlazaban en su día con el sector que Carriazo llamó “Carambolo Bajo”. Por esa subordinación de las construcciones a la creencia, al complejo sagrado se le hizo inexcusable crecer como un abanico que se abriera. El dogma dirigió así el ojo del arquitecto.

El altar de El Carambolo, o lo que quede de él después de haber estado dos largos años casi a la intemperie por culpa de quienes, paradójicamente, se empeñaron en su conservación inmaculada, yace hoy bajo una costrosa capa de vergonzoso hormigón. Pero su excelsa figura y su sacralidad darán aún mucho trabajo a los investigadores. En su ayuda al conocimiento del pasado, tal vez lo de menos haya sido su contribución a destruir lo que fue durante mucho tiempo Tartessos, porque es sin duda mucho más importante su auxilio a la hora de conocer el origen de la creencia oriental en un dios que fallece y que vuelve a la vida al tercer día, una fe que todavía marca la vida espiritual de muchos humanos. Esa divinidad y sus avatares de muerte y resurrección, que suponen una deificación de nuestra estrella y una explicación mítica de su aparente parada solsticial durante poco más de dos jornadas, fue sin duda el credo medular de los orientales de Tartessos, tanto

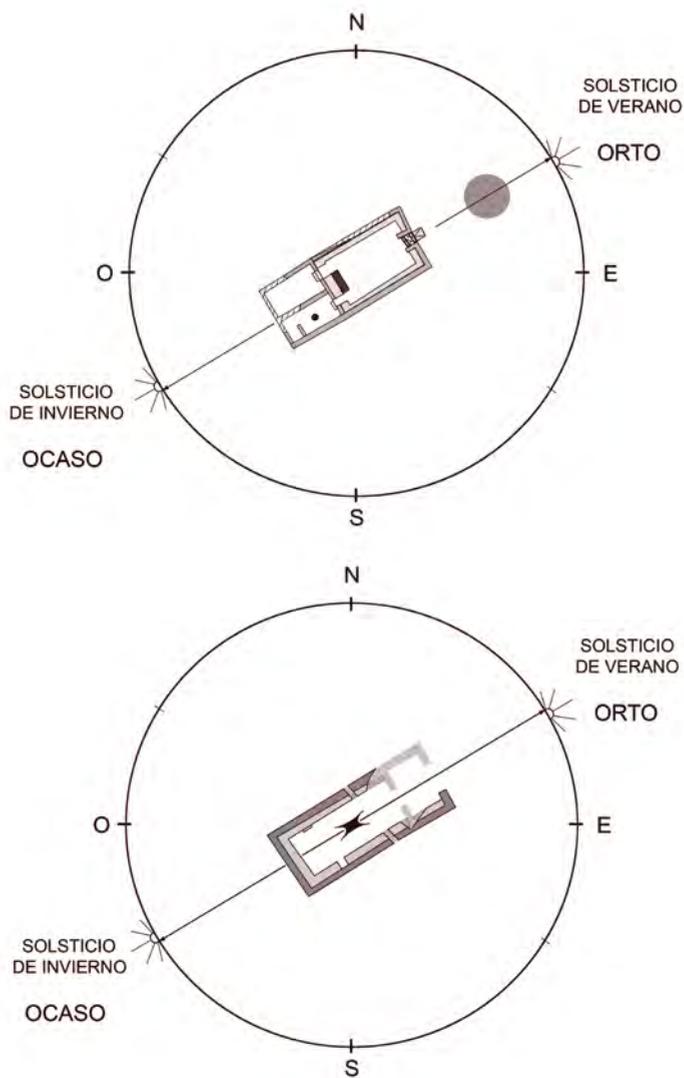


Figura 18. Orientación astronómica de El Carabolo V (arriba) y de la capilla de Baal de El Carabolo IV-III (abajo). La disposición a los solsticios del santuario primitivo es más correcta que la de las fases posteriores, que muestran un leve error



Figura 19. Altar circular de El Carambolo V (abajo). Arriba, distintos elementos que simbolizan la montaña sagrada bajo el disco solar en orfebrería de Tbarros (izquierda) y en el altar de Cancho Roano (centro). Quienes asistieran a la salida del Sol durante el solsticio de verano en El Carambolo V observarían una imagen parecida (parte superior derecha)

de los que frecuentaron El Carambolo como de otros muchos que medraron al menos por la parte suroccidental de la Península Ibérica. En parte, ese mito fue perfilado entre los cananeos del segundo milenio a.C., y vivió en Siria hasta fines del Imperio Romano si no más. Sabemos hoy, incluso, que a tierras de la antigua Dacia llegaron dichos cultos de la mano de poblaciones sirias trasladadas hasta allí en época tardoantigua, entre las que se han



Figura 20. Imagen chipriota conocida como “Dios del lingote” (izquierda), altar de El Carambolo (centro) y Pantocrátor (derecha)

documentado epigráficamente militares, comerciantes y sacerdotes (Carbó 2007: 569). Por eso fue en aquella parte de Europa oriental donde surgieron las primeras imágenes del Pantocrátor. Al contemplar la figura chipriota del llamado “dios del lingote”, el altar de El Carambolo y esas representaciones medievales de Jesucristo como divinidad omnipotente, se comprende toda una evolución iconográfica que, a pesar de los muchos cambios acontecidos en el Mediterráneo en los últimos cuatro mil años, ha conservado lo más sustancial de su representación: un dios que redime al hombre mediante su inmólación en el altar como víctima de salvación (Fig. 20).

BORRÓN Y CUENTA NUEVA

A lo largo de las distintas partes de este trabajo, hemos visto cómo El Carambolo contribuyó a configurar una imagen arqueológica de Tartessos que ha estado vigente durante cincuenta años. Es más, podría aún asegurarse que este andamiaje tardará algún tiempo en morir del todo, porque es norma común en los ambientes académicos cierta resistencia a abandonar paradigmas en los que parte de los investigadores instalados se han sentido cómodos e incluso socialmente reconocidos como estudiosos de prestigio. Aparte de otros aspectos menores, he elegido para esta síntesis historiográfica tres temas que han sido sin duda fundamentales en la construcción de la arqueología de Tartessos. He tenido en cuenta así la advertencia de M.A. Querol (1997: 397-398) de que abarcar la totalidad en cualquier estudio arqueológico es una verdadera falacia. Esos tres problemas han sido: el primero, el “fondo de cabaña” como espejo de lo que supuestamente se creyó la

vivienda típica de la gente local de finales de la Edad del Bronce; el segundo, la cerámica a mano pintada con motivos geométricos como rasgo esencial de la alfarería hipotéticamente preferencia; y el tercero, la silueta de la piel de toro plasmada en los frontiles del tesoro de El Carambolo y en los altares de los santuarios como emblema simbólico y religioso de aquel mundo. Estas tres cuestiones podrían completarse con otras muchas en las que El Carambolo fue pionero a la hora de ofrecer un registro material con cierta sustancia. Pienso por ejemplo en los pavimentos de conchas, hoy señalados en un gran número de yacimientos protohistóricos del mediodía hispano pero encontrados también por vez primera en El Carambolo Alto (cf. Carriazo 1970: 39). Tampoco esos delicados suelos acaban de reconocerse hoy como algo traído por los fenicios, cuando en realidad carecían por completo de tradición en Occidente y están constatados en el área siropalestina durante el segundo milenio a.C., por ejemplo en Tell Kazel entre otros sitios (cf. Capet 2003: 74 y 87). Muchos aspectos han quedado, pues, en el tintero, pero los tratados han sido posiblemente unos de los principales caballos de batalla en el estudio de Tartessos durante el último medio siglo. Por esta razón, la conclusión que extraigamos del análisis de este triple pilar arqueológico puede ser extendida en gran parte al resto de los problemas que en la actualidad tiene planteados el conocimiento de este mundo.

El hecho de que el tan traído y llevado “fondo de cabaña” no sea tal, ha dejado a los especialistas sin saber qué rasgos fundamentales caracterizaban a la casa tartésica preferencia. A partir de la identificación de esta oquedad en El Carambolo Alto como vivienda, se supuso que todos los hallazgos similares también habrían de serlo, y se interpretaron así las estructuras encontradas, por ejemplo, en el asentamiento metalúrgico de San Bartolomé de Almonte (Ruiz Mata y Fernández Jurado 1986) y en el de Vega de Santa Lucía (Murillo 1994: 63-131 y 132-188), además de en otros muchos sitios compilados por R. Izquierdo (1998). Casi nadie ha reparado en que un mismo registro formal puede ser reflejo de funciones distintas. Es más, tanto en la Colina de los Quemados de Córdoba (Luzón y Ruiz Mata 1973: 10) como en la ciudad de *Acinipo*, junto a Ronda (Aguayo y otros 1986), o en Montemolín (Chaves y de la Bandera 1991), el hallazgo de verdaderas casas circulares con sus correspondientes muros pétreos, con sus pavimentos de tierra apisonada, con sus puertas, con sus porches de acceso, e incluso con sus estufas interiores, no suscitó la más mínima duda acerca de si lo eran o no esos otros hoyos oblongos de distinto diseño y registro y verdaderamente inhabitables. Al igual que se ha hecho con otras cavidades abiertas en el suelo correspondientes a épocas más viejas (cf. Jiménez y Márquez 2006), es necesaria una revisión crítica del papel

atribuido a los “fondos de cabaña” tartésicos, que pudieron ser en algunos casos simples fosas para alojar cocinas o estructuras de combustión en general, distribuidas en espacios al aire libre junto a las verdaderas viviendas o al margen por completo de ellas. Así puede interpretarse una de planta oval encontrada hace poco en la localidad sevillana de Las Cabezas de San Juan (Beltrán y otros 2007: 83). Ello permitiría explicar por qué, en la mayor parte de los casos, esas cavidades no muestran señal alguna de haber tenido paredes ni postes de sustentación, o por qué exhiben en innumerables ocasiones plantas absolutamente irregulares.

Parecido examen hay que aplicarle a la cerámica tartésica. Si El Carambolo proporcionó un agarre para definir qué era lo local frente a lo fenicio, es evidente que ese cimiento también se ha derrumbado. El mismo hecho de que la alfarería pueda servir de marcador étnico, o en qué medida pueda usarse para tal fin por la arqueología protohistórica, ha sido motivo de controversia entre los especialistas, sobre todo cuando se trata de la vajilla puramente utilitaria carente de carga simbólica e identitaria (Escacena 1992; Quesada 2008: 149). Y, desde luego, lo que se ha precipitado al más absoluto vacío ha sido la urdimbre cronológica tejida a partir de los tipos cerámicos supuestamente precoloniales hallados en El Carambolo. Con este soporte se han fechado durante los últimos cincuenta años casi todos los asentamientos de época tartésica, de forma que se han dado como anteriores a la colonización fenicia muchos sitios que tal vez no lo fueron. Aunque el trabajo estaba metodológicamente bien hecho, sus cimientos se sustentaban en datos que hoy se han revelado erróneos, con lo que todo el escenario se ha desplomado. El caso paradigmático de la propia Huelva, uno de los primeros enclaves donde se aplicó la norma, ha revelado recientemente cómo hemos podido quedarnos de pronto sin asentamiento de la Edad del Bronce, sobre todo desde el punto y hora en que lo atribuido a esa etapa preferencia ya no puede ser datado en esos momentos aun sin cambiarle la fecha absoluta (González de Canales y otros 2004: 195), es decir, que la archicitada Fase I del Cabezo de San Pedro (Blázquez y otros 1979) ya no puede seguir siendo usada como paradigma de la etapa tartésica anterior al impacto semita, si la hubo. Habíase sustentado tal armazón en los estudios cerámicos de Ruiz Mata (1979; 1995), que supusieron un pilar útil y absolutamente necesario para el trabajo arqueológico durante casi veinte años, pero que ya tienen que ser revisados; o más bien deberán ser abandonados por completo sin que ello suponga la más mínima crítica sobre su calidad científica. Porque hoy, el nuevo Carambolo ha demolido la idea de que esos tipos de recipientes atribuidos a un momento anterior a la presencia oriental fuesen necesariamente de épocas tan viejas dentro del diagrama temporal tartésico.



De hecho, si existieron antes de la llegada de los fenicios deberán ser otros yacimientos los que lo demuestren, porque en El Carambolo pretartésico sólo hay dos breves horizontes de ocupación: uno de época calcolítica y otro del Bronce Medio –este último desconectado cronológicamente del santuario posterior según las dataciones radiocarbónicas– (Fernández Flores y Rodríguez Azogue 2005: 846). Más aún; parece que los propios colonos semitas usaron en abundancia cerámica a mano, en otra época creída un elemento exclusivo de la población autóctona de Tartessos. Así las cosas, podría ponerse en cuarentena incluso la misma ocupación intensa del territorio por una gente occidental antes de la aparición en este contexto de los primeros colonos orientales.

En el terreno de lo simbólico, la tarea por hacer es sin duda también ardua, sobre todo por su vastedad. La misma tecnología con que se elaboró el tesoro de El Carambolo, que muestra rasgos culturalmente mixtos sin duda, ha podido engañar sobre su función y sobre su atribución étnica y cultural. Que un cáliz para celebrar misa se haya elaborado en cerámica de tradición incaica no supone necesariamente una aculturación de los indígenas del Perú por parte de los conquistadores españoles cristianos, a pesar de que ésta se dio; puede ser simplemente un objeto litúrgico de los colonos europeos católicos a pesar de su aspecto formal. En este sentido, si el conjunto de joyas de El Carambolo era parte del ajuar litúrgico empleado en rituales orientales y por orientales, sería tan fenicio como cualquier otro *sacra* que se empleara, por ejemplo, en el santuario gaditano de Melqart. Precisamente es en el terreno de las creencias en el que los antropólogos y otros especialistas en el estudio de la religión observan más dificultades para la permeabilidad ideológica intergrupar en situaciones de contacto, algo que, reconocido explícitamente por J. Alvar entre otros (Alvar 1993), casi nadie ha tenido en cuenta. Aún así, en Tartessos se ha trabajado con la mayor alegría y con no menos inocencia teórica, seguramente porque la segunda ha desembocado necesariamente en la primera. Como acontece en numerosas situaciones vitales, aquí la ignorancia también ha traído felicidad. De este modo, la identidad de lo tartésico se ha erigido en reivindicación patria y hasta en orgullo de ideologías políticas o de identidades comunitarias, fenómeno bien estudiado por M. Álvarez Martí-Aguilar (2005: 72-77). Y parece que hubiera existido una sangre ancestral de los andaluces que les dotó a lo largo del tiempo de una capacidad sin límites para engullir todo lo venido de fuera, convertido así junto a lo propio preexistente en una tópica, acrisolada y deliciosa mixtura cual antigua “alianza de civilizaciones”, en este caso el feliz Orientalizante. Y, salvo honrosas excepciones (p. e. González Wagner 2007), se olvida sistemáticamente que Tartessos fue un conflictivo mundo

repleto de signos de guerra, entre ellos la presencia de potentes murallas en casi todos los enclaves. Tal vez no tuvo una visión tan idílica de las cosas quien ocultó el tesoro de El Carambolo, porque desde luego no pudo volver a rescatarlo.

Al igual que ha ocurrido en la historia de la ciencia innumerables veces, se hace necesario desandar lo andado y tomar un sendero diferente. Esta situación no es reflejo en absoluto de que la arqueología de Tartessos haya fracasado como disciplina científica. Todo lo contrario. Que el pensamiento astronómico copernicano o que los enfoques darwinistas sobre la naturaleza hayan supuesto giros bruscos en nuestra concepción del mundo no implica que los conocimientos anteriores que teníamos de él fuesen ilógicos, más bien representaban otra lógica, o en cualquier caso la misma lógica trabajando con otros datos. Por eso, incluso pudiendo considerarse científica alguna parte de la arqueología tartésica elaborada en los últimos cincuenta años, muchas reconstrucciones históricas derivadas de ella pueden hoy ponerse en tela de juicio, aun las obtenidas por las investigaciones más cualificadas. Esa es la tarea que, si quieren, pueden llevar a cabo las futuras generaciones de arqueólogos especialistas en este mundo: construir un nuevo Tartessos a partir de una documentación rejuvenecida y de la revisión a fondo de la que han recibido. Para ello, hará falta además que esos especialistas vayan pertrechados de un buen bagaje teórico sobre cómo debe plantearse la adquisición de saberes científicos, cosa que, desafortunadamente, está lejos de proporcionar la enseñanza universitaria de las ciencias sociales. Y que, a ser posible, trabajen con la suficiente humildad como para reconocer que no están diseñando verdades absolutas sino propuestas elaboradas con criterios de científicidad. Habrá que ser conscientes primero de cómo nos acechan por todas partes nuestros valores sociales no epistémicos o nuestros programas ideológicos y políticos, para así intentar zafarnos de sus presiones en la medida de nuestras posibilidades y, sobre todo, de nuestra voluntad.

BIBLIOGRAFÍA

- ABAD, L. y SALA, F. (1993): *El poblado ibérico de El Oral (San Fulgencio, Alicante)* (Trabajos Varios del S.I.P. 90). Diputación de Valencia, Valencia.
- ABAD, L. y SALA, F. (2007): “En torno al urbanismo ibérico en la Contestania”, *Lxcentvm XXVI*: 59-82.
- AGUAYO, P.; CARRILERO, M.; DE LA TORRE, M.P. y FLORES, C. (1986): “El yacimiento pre y protohistórico de Acinipo (Ronda, Málaga): un ejemplo de cabañas del Bronce Final y su evolución”, *Coloquio sobre el Microespacio 3. Arqueología Espacial* 9: 33-58.
- ALMAGRO-GORBEA, M. (1977): *El Bronce Final y Período Orientalizante en Extremadura (Bibliotheca Praehistorica Hispana XIV)*. CSIC, Madrid.
- ALMAGRO-GORBEA, M. (1998): ““Precolonización” y cambio socio-cultural en el Bronce Atlántico”, en S.O. Jorge (ed.), *Existe una Idade do Bronze Atlântico?* (Trabalhos de Arqueologia 10): 81-100. Instituto Portugûes de Arqueologia, Lisboa.
- ALVAR, J. (1993): “Problemas metodológicos sobre el préstamo religioso”, J. Alvar y otros (eds.), *Formas de difusión de las religiones antiguas. Segundo encuentro coloquio de ARYS*: 1-33. Madrid.
- ÁLVAREZ MARTÍ-AGUILAR, M. (2005): *Tarteso. La construcción de un mito en la historiografía española*. Diputación de Málaga, Málaga.
- AMORES, F. (1995): “La cerámica pintada estilo Carambolo: una revisión necesaria de su cronología”, *Tartessos 25 años después. 1968-1995. Jerez de la Frontera*: 159-178. Ayuntamiento de Jerez de la Frontera, Jerez de la Frontera.
- AMORES, F. y ESCACENA, J.L. (2003): “De toros y de tesoros: simbología y función de las joyas de El Carambolo”, en A. García-Baquero y P. Romero (eds.), *Fiestas de toros y sociedad*: 41-68. Universidad de Sevilla, Sevilla.
- ARTEAGA, O.; SCHULZ, H.D. y ROOS, A.M. (1995): “El problema del ‘Lacus Ligustinus’. Investigaciones geoarqueológicas en torno a las Marismas del Bajo Guadalquivir”, *Tartessos 25 años después, 1968-1995, Jerez de la Frontera*: 99-135. Ayuntamiento de Jerez de la Frontera, Jerez de la Frontera.
- AUBET, M.E. (1982): “Un vaso a mano con decoración pintada de Los Alcores de Carmona”, *Trabajos de Prehistoria* 39: 385-388.
- AUBET, M.E. (1992): *Maluquer y la renovación de la arqueología tartésica* (Clásicos de la Arqueología de Huelva 5). Diputación de Huelva, Huelva.
- AUBET, M.E. (1992-93): “Maluquer y El Carambolo”, *Tabona VIII* (II): 329-349.
- AUBET, M.E. (2009a): *Tiro y las colonias fenicias de Occidente*. Tercera edición actualizada y ampliada. Crítica, Barcelona.

- AUBET, M.E. (2009b): “Los marfiles de Carmona”, en M. Bendala y otros (comis.), *El tesoro arqueológico de la Hispanic Society of America* (Catálogo de la Exposición): 286-298. Fundación Cajasol y Comunidad de Madrid, Sevilla.
- BELÉN, M. (1986): “Importaciones fenicias en Andalucía Occidental”, en G. del Olmo y M.E. Aubet (dir.), *Los fenicios en la Península Ibérica*, vol. II: 263-278. AUSA, Sabadell.
- BELÉN, M. (1993): “Mil años de historia de Coria: la ciudad prerromana”, en J.L. Escacena (coord.), *Arqueología de Coria del Río y su entorno, Azotea* 11-12 (Monográfico de la Revista de Cultura del Ayuntamiento de Coria del Río): 35-60.
- BELÉN, M. y ESCACENA, J.L. (1995): “Acerca del horizonte de la Ría de Huelva. Consideraciones sobre el final de la Edad del Bronce en el Suroeste Ibérico”, en M. Ruiz-Gálvez (ed.), *Ritos de paso y puntos de paso. La Ría de Huelva en el mundo del Bronce Final europeo* (Complutum Extra 5): 85-113. Universidad Complutense, Madrid.
- BELÉN, M. y ESCACENA, J.L. (1997): “Testimonios religiosos de la presencia fenicia en Andalucía occidental”, *Spal* 6: 103-131.
- BELÉN, M. y PEREIRA, J. (1985): “Cerámicas a torno con decoración pintada en Andalucía”, *Huelva Arqueológica* VII: 307-360.
- BELTRÁN, J.; IZQUIERDO, R. y ESCACENA, J.L. (2007): “El “Cerro Mariana”: excavaciones de 1998-99”, en J. Beltrán y J.L. Escacena (eds.), *Arqueología en el Bajo Guadalquivir. Prehistoria y Antigüedad de Las Cabezas de San Juan*: 73-92. Universidad de Sevilla – Ayuntamiento de Las Cabezas de San Juan, Sevilla.
- BENDALA, M. (1977): “Notas sobre las estelas decoradas del Suroeste y los orígenes de Tartessos”, *Habis* 8: 177-205.
- BENDALA, M. (1986): “La baja Andalucía durante el Bronce final”, *Homenaje a Luis Siret (1934-1984)*: 530-536. Junta de Andalucía, Sevilla.
- BENDALA, M. (2000): *Tartessos, iberos y celtas*. Temas de Hoy, Madrid.
- BLANCO, A. (1956): “Orientalia. Estudio de objetos fenicios y orientalizantes en la Península”, *Archivo Español de Arqueología* 29: 3-51.
- BLANCO, A. (1960): “Orientalia II”, *Archivo Español de Arqueología* 33: 3-43.
- BLANCO, A. (1968): “Los primeros ensayos de representación plástica de la figura humana en el arte español”, *España en las crisis del arte europeo* (coloquio celebrado en conmemoración de los XXV años de la fundación del CSIC). Instituto “Diego Velázquez”, Madrid.
- BLANCO, A. (1976): “Cerámica ibérica de Andalucía y Levante”, *Cuadernos del Seminario de Estudios Cerámicos de Sargadelos* 14: 7-18.
- BLANCO, A. (1979): *Historia de Sevilla. I (1) La ciudad antigua (desde la Prehistoria a los Visigodos)*. Universidad de Sevilla, Sevilla.

- BLÁZQUEZ, J.M. (1995): “El legado fenicio en la formación de la religión ibera”, en *I Fenici: Ieri, Oggi, Domani. Ricerche, scoperte, progetti (Roma 3-5 marzo 1994)*: 107-117. Accademia Nazionale dei Licei y Consiglio Nazionale delle Ricerche, Roma.
- BLÁZQUEZ, J.M.; RUIZ MATA, D.; REMESAL, J.; RAMÍREZ, J.L. y CLAUS, K. (1979): *Excavaciones en el Cabezo de San Pedro (Huelva). Campaña de 1977* (Excavaciones Arqueológicas en España 102). Ministerio de Cultura, Madrid.
- BONNET, C. (1996): *Astarté. Dossier documentaire et perspectives historiques*. Consiglio Nazionale delle Ricerche, Roma.
- BONSOR, G. (1899): *Les colonies agricoles pré-romaines de la vallée du Bétis (Revue Archéologique XXXV)*. Ernest Léroux, Paris.
- BORJA, F. y BARRAL, M.A. (2005): “Evolución histórica de la vega de Sevilla. Estudio de geoarqueología urbana”, en A. Jiménez (ed.), *La catedral en la ciudad (I). Sevilla, de Astarté a San Isidoro*: 6-36. Aula Hernán Ruiz, Sevilla.
- BOTTO, M. (2005): “Per una reconsiderazione della cronologia degli inizi della colonizzazione fenicia nel Mediterraneo centro-occidentales”, en G. Bartoloni y F. Delpino (eds.), *Oriente e Occidente: metodi e discipline a confronto. Riflessioni sulla cronologia dell’Età del Ferro Italiana* (Mediterranea. Quaderni dell’Istituto di Studi sulle Civiltà Italiche del Mediterraneo Antico 1): 579-628. Istituti Editoriali e Poligrafici Internazionali, Pisa-Roma.
- BRANDHERM, D. (2008): “Vasos a debate. La cronología del Geométrico griego y las primeras colonizaciones en Occidente”, en S. Celestino y otros (eds.), *Contacto cultural entre el Mediterráneo y el Atlántico (siglos XII-VIII a.n.e.). La precolonización a debate*: 93-106. CSIC, Madrid.
- BUERO, M.S. (1984): “Los motivos naturalistas en la cerámica a mano pintada del Bronce Final del Suroeste peninsular”, *Habis* 15: 345-364.
- BUERO, M.S. (1987): “El Bronce Final y las cerámicas “tipo Carambolo”, *Revista de Arqueología* 70: 35-47.
- CABRERA, P. (1981): “La cerámica pintada de Huelva”, *Huelva Arqueológica* V: 317-335.
- CAPET, E. (2003): “Tell Kazel (Syrie), rapport préliminaire sur les 9^e-17^e campagnes de fouilles (1993-2001) du Musée de l’Université Américaine de Beyrouth, chantier II”, *Berytus* XLVII: 63-121.
- CARBÓ, J.R. (2007): “De Siria al Danubio: consideraciones sobre las formas de difusión de los cultos sirios en la Dacia romana”, en J.J. Justel y otros (eds.), *Las aguas primigenias. El Próximo Oriente Antiguo como fuente de civilización* (Actas del IV Congreso Español de Antiguo Oriente Próximo): 567-585. Instituto de Estudios Islámicos y del Oriente Próximo, Zaragoza.

- CARO, A.; ACOSTA, P. y ESCACENA, J.L. (1987): "Informe sobre la prospección arqueológica con sondeo estratigráfico en el solar de la calle Alcazaba (Lebrija-Sevilla)", *Anuario Arqueológico de Andalucía / 1986. II, Actividades Sistemáticas*: 168-174. Junta de Andalucía, Sevilla.
- CARRASCO, J.; PACHON, J.A. y ANIBAL, C. (1986): "Cerámicas pintadas del Bronce Final procedentes de Jaén y Córdoba", *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada* 11: 199-235.
- CARRIAZO, J. de M. (1970): *El tesoro y las primeras excavaciones en «El Carambolo» (Camas, Sevilla)* (Excavaciones Arqueológicas en España 68). Ministerio de Cultura, Madrid.
- CARRIAZO, J. de M. (1973): *Tartesos y El Carambolo*. Ministerio de Educación y Ciencia, Madrid.
- CARRIAZO, J. de M. (1974): *Protohistoria de Sevilla*. Ayuntamiento de Sevilla, Sevilla.
- CARRIAZO, J. de M. (1978): *El Carambolo*. Universidad de Sevilla, Sevilla.
- CASADO, M. J. (2003): "Reflexiones sobre la cerámica tipo Carambolo. ¿Un axioma de la arqueología protohistórica del suroeste andaluz?", *Spal* 12: 283-298.
- CASTRO, P.V.; LULL, V. y MICÓ, R. (1996): *Cronología de la prehistoria reciente de la Península Ibérica y Baleares (c. 2800-900 cal ANE)* (BAR Intern. Ser. 652). Archaeopress, Oxford.
- CELESTINO, S. (1994): "Los altares en forma de "lingote chipriota" de los santuarios de Cancho Roano", *Revista de Estudios Ibéricos* 1. *La escultura ibérica*: 291-309.
- CELESTINO, S. (1997): "Santuarios, centros comerciales y paisajes sacros", *Espacios y lugares culturales en el mundo ibérico. Cuadernos de Prehistoria i Arqueologia de Castelló* 18: 359-389.
- CELESTINO, S. (2001): "Los santuarios de Cancho Roano. Del indigenismo al orientalismo arquitectónico", en D. Ruiz Mata y S. Celestino (eds.), *Arquitectura oriental y orientalizante en la Península Ibérica*: 17-56. Centro de Estudios de Próximo Oriente - CSIC, Madrid.
- CELESTINO, S. (2008): "Los altares en forma de piel de toro de la Península Ibérica", en J.J. Justel y otros (eds.), *Las culturas del Próximo Oriente Antiguo y su expansión mediterránea*: 321-348. Instituto de Estudios Islámicos y del Oriente Próximo, Zaragoza.
- CELESTINO, S. y JIMÉNEZ, J. (1996): "El palacio santuario de Cancho Roano V –el sector oeste–", en S. Celestino (ed.), *El palacio-santuario de Cancho Roano V-VI-VII. Los sectores oeste, sur y este*: 13-222. Junta de Extremadura, Madrid.
- CELESTINO, S. y JIMÉNEZ, J. (eds.) (2005): *El Periodo Orientalizante* (Anejos de *Archivo Español de Arqueología* XXXV). CSIC, Mérida.

- CORREA, J.A. (2000): "El topónimo *Hispal(ia)*", *Philologia Hispalensis* XIV: 181-190.
- CHAVES, F. y DE LA BANDERA, M.^a L. (1991): "Aspectos de la urbanística en Andalucía occidental en los s. VII-VI a.C. a la luz del yacimiento de Montemolín (Marchena, Sevilla)", *Atti del II congresso internazionale di studi fenici e punici II*: 691-714. Consiglio Nazionale delle Ricerche, Roma.
- DE LA BANDERA, M.^a L. (1987): *La joyería orientalizante e ibérica del s. VII al I a.C. (mitad sur peninsular)*. Universidad de Sevilla, Sevilla.
- DELGADO, A. (2005): "La transformación de la arquitectura residencial en Andalucía occidental durante el Orientalizante: una lectura social", en S. Celestino y J. Jiménez (eds.), *El Período Orientalizante (Anejos de Archivo Español de Arqueología XXXV)*: 585-594. CSIC, Mérida.
- DELGADO, C. (1996): *El toro en el mundo mediterráneo. Análisis de su presencia y significado en las grandes culturas del mundo antiguo*. Universidad Autónoma de Madrid, Madrid.
- DÍAZ TEJERA, A. (1982): *Sevilla en los textos clásicos greco-latinos*. Ayuntamiento de Sevilla, Sevilla.
- DU MESNIL DU BUISSON, R. (1970): *Études sur les dieux phéniciens hérités par l'empire romain*. E.J. Brill, Leiden.
- ESCACENA, J.L. (1983): "Problemas en torno a los orígenes del urbanismo a orillas del Guadalquivir", *Gades* 11: 39-83.
- ESCACENA, J.L. (1992): "Indicadores étnicos en la Andalucía prerromana", *Spal* 1: 321-343.
- ESCACENA, J.L. (2000): *La arqueología protohistórica del sur de la Península Ibérica. Historia de un río revuelto*. Síntesis, Madrid.
- ESCACENA, J.L. (2006): "Allas el estrellero, o Darwin en las sacristías", en J.L. Escacena y E. Ferrer (eds.), *Entre Dios y los hombres: el sacerdocio en la Antigüedad (Spal Monografías VII)*: 103-156. Universidad de Sevilla, Sevilla.
- ESCACENA, J.L. (2007): "El dios que resucita: claves de un mito en su primer viaje a Occidente", en J.J. Justel y otros (eds.), *Las aguas primigenias. El Próximo Oriente Antiguo como fuente de civilización (Actas del IV Congreso Español de Antiguo Oriente Próximo)*: 615-651. Instituto de Estudios Islámicos y del Oriente Próximo, Zaragoza.
- ESCACENA, J.L. (2008): "Cantos de sirena: la precolonización fenicia de Tartessos", en S. Celestino y otros (eds.), *Contacto cultural entre el Mediterráneo y el Atlántico (siglos XII-VIII a.C.). La precolonización a debate*: 301-322. CSIC, Madrid.
- ESCACENA, J.L.; FERNÁNDEZ FLORES, A. y RODRÍGUEZ AZOGUE, A. (2007): "Sobre El Carambolo: un *bíppos* sagrado del santuario IV y su contexto arqueológico", *Archivo Español de Arqueología* 80: 5-27.

- ESCACENA, J.L. e IZQUIERDO, R. (1999): "Proyecto Estuario. Intervención Arqueológica de 1994", *Anuario Arqueológico de Andalucía / 1994. II, Actividades Sistemáticas*: 161-166. Junta de Andalucía, Sevilla.
- ESCACENA, J.L. e IZQUIERDO, R. (2001): "Oriente en Occidente. Arquitectura civil y religiosa en un barrio fenicio de la *Caura* tartésica", en D. Ruiz Mata y S. Celestino (eds.): *Arquitectura oriental y orientalizante en la Península Ibérica*: 123-157. Centro de Estudios del Próximo Oriente - CSIC, Madrid.
- ESCACENA, J.L. e IZQUIERDO, R. (2008): "A propósito del paisaje sagrado fenicio de la paleodesembocadura del Guadalquivir", en X. Dupré y otros (eds.), *Saturnia Tellus. Definizioni dello spazio consacrato in ambiente etrusco, italico, fenicio-punico, iberico e celtico*: 431-455. Consiglio Nazionale delle Ricerche, Roma.
- ESTEBAN, C. (2002): "Elementos astronómicos en el mundo religioso y funerario ibérico", *Trabajos de Prehistoria* 59 (2): 81-100.
- FERNÁNDEZ FLORES, A. y RODRÍGUEZ AZOGUE, A. (2005): "Nuevas excavaciones en El Carambolo Alto, Camas (Sevilla). Resultados preliminares", en S. Celestino y J. Jiménez (eds.), *El Periodo Orientalizante* (Anejos de *Archivo Español de Arqueología* XXXV): 843-862. CSIC, Mérida.
- FERNÁNDEZ FLORES, A. y RODRÍGUEZ AZOGUE, A. (2007): *Tartessos desvelado. La colonización fenicia del suroeste peninsular y el origen y ocaso de Tartessos*. Almuzara, Córdoba.
- FERNÁNDEZ GÓMEZ, F. y ALONSO, J. (1985): "Un fondo de cabaña campaniforme en la Universidad Laboral de Sevilla", *Noticario Arqueológico Hispánico* 22: 7-26. Ministerio de Cultura, Madrid.
- GARDINER, A. (1982): *Egyptian grammar*. Oxford University Press, Oxford.
- GAVALA, J. (1959): *La geología de la costa y bahía de Cádiz y el poema "Ora Marítima", de Avieno*. Instituto Geológico y Minero de España, Madrid. Ed. facsímil en Cádiz, Diputación Provincial de Cádiz, 1992.
- GÓMEZ MORENO, M. (1905): "Arquitectura tartesia. La necrópolis de Antequera", *Boletín de la Real Academia de la Historia* XLVII: 81-132.
- GÓMEZ TOSCANO, F. (1999): "El Bronce Final en el Suroeste Peninsular: una contribución al debate", *Huelva en su Historia* 7: 25-41.
- GONZÁLEZ DE CANALES, F.; SERRANO, L. y LLOMPART, J. (2004): *El emporio fenicio precolonial de Huelva (ca. 900-770 a.C.)*. Biblioteca Nueva, Madrid.
- GONZÁLEZ WAGNER, C. (2007): "El barco negro en la costa. Reflexiones sobre el miedo y la colonización fenicia en la tierra de Tarsis", vol. extra de *Gerión*: 121-131.
- IONAS, I. (1984): "L'architecture religieuse au Chypriote Récent (Kition et Enkomi)", en G. Roux (dir.), *Temples et sanctuaires* (Travaux de la Maison de l'Orient 7): 97-105. GIS - Maison de l'Orient, Lyon.

- IZQUIERDO, R. (1998): "La cabaña circular en el mundo tartésico. Consideraciones sobre su uso como indicador étnico", *Zephyrus* 51: 277-288.
- IZQUIERDO, R. y ESCACENA, J.L. (1998): "Sobre El Carambolo: «La trompeta de Argantonio»", *Archivo Español de Arqueología* 71: 27-36.
- JIMÉNEZ, V. y MÁRQUEZ, J.E. (2006): "«Aquí no hay quien viva». Sobre las casas-pozo en la Prehistoria de Andalucía durante el IV y el III milenios AC", *Spal* 15: 39-49.
- KUKAHN, E. y BLANCO, A. (1959): "El tesoro de «El Carambolo»", *Archivo Español de Arqueología* XXXII: 38-49.
- LADRÓN DE GUEVARA, I.; SÁNCHEZ, M.; RODRÍGUEZ DE ZULOAGA, M. y LAZARICH, M. (1992): "Materiales inéditos de Setefilla (Lora del Río, Sevilla)", *Spal* 1: 293-312.
- LIPINSKI, E. (1984): "Vestiges phéniciens d'Andalousie", *Orientalia Lovaniensia Periodica* 15: 81-132.
- LUZÓN, J.M. y RUIZ MATA, D. (1973): *Las raíces de Córdoba. Estratigrafía de la Colina de los Quemados*. CSIC, Córdoba.
- MALUQUER DE MOTES, J. (1958): "Nuevos hallazgos en el área tartésica", *Zephyrus* IX: 201-219.
- MALUQUER DE MOTES, J. (1960): "Nuevas orientaciones en el problema de Tartessos", *I Symposium de Prehistoria Peninsular Ibérica*: 273-301. Universidad de Barcelona, Pamplona.
- MALUQUER DE MOTES, J. (1963): "Sobre la cerámica tartésica con decoración de retícula bruñida", *A Pedro Bosch-Gimpera en el septuagésimo aniversario de su nacimiento*: 301-306. Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- MALUQUER DE MOTES, J. (1992): *Excavaciones de «El Carambolo», Sevilla. Notas y experiencias personales* (Clásicos de la Arqueología de Huelva 5). Diputación Provincial de Huelva, Huelva.
- MANSEL, K. (1998): "Verzierte handgemachte Keramik des 8. und 7. Jhs. v.Chr. aus Karthago. Ein Beitrag zur Keramik nichtpunischer Tradition", *Veröff. Joachim Jungius-Ges. Wiss. Hamburg* 87: 559-571.
- MAYET, F. y TAVARES DA SILVA, C. (2000): *Le site phénicien d'Abul (Portugal). Comptoir et sanctuaire*. E. de Boccard, Paris.
- MEDEROS, A. (2005): "La cronología fenicia. Entre el Mediterráneo oriental y el occidental", en S. Celestino y J. Jiménez (eds.), *El Periodo Orientalizante* (Anejos de *Archivo Español de Arqueología* XXXV): 305-346. CSIC, Mérida.
- MEDEROS, A. y RUIZ CABRERO, L.A. (2006): "Los inicios de la presencia fenicia en Málaga, Sevilla y Huelva", *Mainake* XXVIII: 129-176.

- MENANTEAU, L. (1982): *Les Marismas du Guadalquivir; exemple de transformation d'un paysage alluvial au cours du Quaternaire récent*. Université de Paris-Sorbonne, Paris.
- MONTOTO, S. (1990): *Biografía de Sevilla*. J. Rodríguez Castillejo, Sevilla.
- MURILLO, J.F. (1994): *La cultura tartésica en el Guadalquivir medio*. *Ariadna* 13-14. Museo Municipal de Palma del Río, Palma del Río.
- NIJBOER, A.J. (2005): "La cronología absoluta dell'età del Ferro nel Mediterraneo, dibattito sui metodi e sui risultati", en G. Bartoloni y F. Delpino (eds.), *Oriente e Occidente: metodi e discipline a confronto. Riflessioni sulla cronologia dell'Età del Ferro Italiana* (Mediterranea. Quaderni dell'Istituto di Studi sulle Civiltà Italiche del Mediterraneo Antico 1): 527-556. Istituti Editoriali e Poligrafici Internazionali, Pisa-Roma.
- OLMOS, R. (1992): "Religiosidad e ideología ibérica en el marco del Mediterráneo", en D. Vaquerizo (coord.), *Religiosidad y vida cotidiana en la España ibérica (Seminaris Fons Mellaria 1991)*: 11-45. Diputación de Córdoba, Córdoba.
- PELLICER, M. (1976): "Historiografía tartésica", *Habis* 7: 229-241.
- PELLICER, M. (1976-78): "Problemática general de los inicios de la iberización en Andalucía occidental", *Ampurias* 38-40: 3-22.
- PELLICER, M. (1987-88): "La cerámica a mano del Bronce Reciente y del Orientalizante en Andalucía occidental", *Habis* 18-19: 461-483.
- PELLICER, M. (1997): "El nacimiento de Sevilla", *Boletín de la Real Academia de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría* XXV: 231-254.
- PEREA, A. y ARMBRUSTER, B. (1998): "Cambio tecnológico y contacto entre Atlántico y Mediterráneo: el depósito de «El Carambolo», Sevilla", *Trabajos de Prehistoria* 55 (1): 121-138.
- QUEROL, M.A. (1997): "Reflexiones en torno a la objetividad y a la totalidad, nuestras más queridas falacias", *Homenaje a Celso Martín de Guzmán*: 393-401. Universidad de Las Palmas, Las Palmas de Gran Canaria.
- QUESADA, F. (2008): "Entre bastetanos y turdetanos: arqueología ibérica en una zona de fronteras", en A.M. Androher y J. Blánquez, *I^{er} Congreso Internacional de Arqueología Ibérica Bastetana* (Serie Varia 9): 147-177. Universidad de Granada y Universidad Autónoma de Madrid, Madrid.
- RODRÍGUEZ AZOGUE, A. y FERNÁNDEZ FLORES, A. (2005): "El santuario orientalizante del cerro de El Carambolo, Camas (Sevilla). Avance de los resultados de la segunda fase de la intervención", en S. Celestino y J. Jiménez (eds.), *El Periodo Orientalizante* (Anejos de *Archivo Español de Arqueología* XXXV): 863-871. CSIC, Mérida.

- ROUILLARD, P. (2008): “Les céramiques grecques dans le sud-est de la Péninsule Ibérique”, en A.M. Androher y J. Blánquez, *I^{er} Congreso Internacional de Arqueología Ibérica Bastetana* (Serie Varia 9): 73-92. Universidad de Granada y Universidad Autónoma de Madrid, Madrid.
- RUIZ-GÁLVEZ, M. (2008): “Writing, counting, self-awareness, experiencing distant worlds. Identity precesses and free-lance trade in the Bronze Age/Iron Age in transition”, en S. Celestino y otros (eds.), *Contacto cultural entre el Mediterráneo y el Atlántico (siglos XII-VIII a.C.). La precolonización a debate: 27-58*. CSIC, Madrid.
- RUIZ MATA, D. (1977): “Materiales de arqueología tartésica: un jarro de Alcalá del Río (Sevilla) y un broche de cinturón de Coria del Río (Sevilla)”, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid* 4: 68-127.
- RUIZ MATA, D. (1979): “El Bronce Final –fase inicial– en Andalucía occidental. Ensayo para la definición de sus cerámicas”, *Archivo Español de Arqueología* 52: 3-19.
- RUIZ MATA, D. (1988): “Puntualizaciones sobre la cerámica pintada tartésica del Bronce Final –Estilo Carambolo o Guadalquivir I–”, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid* 13-14: 225-243.
- RUIZ MATA, D. (1995): “Las cerámicas del Bronce Final. Un soporte tipológico para delimitar el tiempo y el espacio tartésico”, *Tartessos. 25 años después, 1968-1993, Jerez de la Frontera: 265-313*. Ayuntamiento de Jerez de la Frontera, Jerez de la Frontera.
- RUIZ MATA, D. y FERNÁNDEZ JURADO, J. (1986): *El yacimiento metalúrgico de época tartésica de San Bartolomé de Almonte (Huelva)*, en *Huelva Arqueológica* VIII (nº monográfico).
- RUIZ MATA, D. y GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, R. (1994): “Consideraciones sobre asentamientos rurales y cerámicas orientalizantes en la campiña gaditana”, *Spal* 3: 209-256.
- RUSE, M. (2001): *El misterio de los misterios. ¿Es la evolución una construcción social?* Tusquets, Barcelona.
- SCHATTNER, T.G. (2000): “Formas de Grecia oriental en la cerámica «tartésica»”, *Habis* 31: 63-72.
- SCHULTEN, A. (1955): *Fontes Hispaniae Antiquae I*. Universidad de Barcelona, Barcelona.
- TORRES, M. (2002): *Tartessos (Bibliotheca Archaeologica Hispana 14)*. Real Academia de la Historia, Madrid.

RESEÑA

El Carambolo (Camas, Sevilla) es uno de los yacimientos paradigmáticos de la Arqueología española a raíz del hallazgo casual del tesoro que lleva su nombre y de las posteriores excavaciones realizadas por el profesor de la Universidad de Sevilla D. Juan de Mata Carriazo. Desde el primer momento hubo un asentimiento académico y social sobre la pertenencia de los hallazgos a la cultura tartésica, y El Carambolo se convirtió en un modelo de secuencia cronológica-estratigráfica y de funcionalidad -un poblado de cabañas- por el que se rigieron las ulteriores excavaciones en la Baja Andalucía.

El aniversario del feliz hallazgo y las recientes excavaciones llevadas a cabo en el cerro constituyen la ocasión oportuna para revisar no sólo la cronología y función del yacimiento sino también para reflexionar sobre Tartessos y sobre su identidad cultural y étnica. La organización tripartita del libro responde a tres formas de abordar la investigación sobre este fenómeno: el análisis historiográfico de la documentación literaria antigua y contemporánea sobre El Carambolo y Tartessos, el análisis arqueológico de los restos materiales recuperados en las campañas de excavación, que implica a otras disciplinas (paleogeografía, arqueozoología, arqueometalurgia), y en tercer lugar, el estudio de El Carambolo en el contexto histórico en el que se inserta, la colonización fenicia en el Mediterráneo.

